

FIESTA NACIONAL

La inauguración del Monumento Nacional mandado erigir para conmemorar la epopeya del 56 y del 57, se verificará el día 15 de setiembre próximo.

Con tal motivo, el Supremo Poder Ejecutivo ha dispuesto que se celebren fiestas durante los días 13, 14 y 15, razón por la cual esta autoridad excita á los vecinos de esta capital para que en esos días adornen é iluminen el frente de sus casas, contribuyendo de este modo á dar mayor lucidez y solemnidad á los festejos con que la Nación celebrará una de sus fechas más gloriosas.

*Gobernación de la provincia de
San José, 28 de agosto de 1895*

C. VOLIO

PROGRAMA

De la fiesta nacional que se celebrará con motivo de la inauguración del monumento erigido en esta capital en memoria de los triunfos alcanzados en las campañas de los años de 1856 y 1858 y del LXXIV aniversario de la Independencia de Centro América

DÍA 12

A las 8 p. m.—Iluminación de parques, juegos pirotécnicos y retreta en el Parque Central por las cuatro bandas, en el siguiente orden:

1.^a—Himnos nacionales de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Salvador y Costa Rica.

2.^a—Obertura fantástica. A. Gobaert.

3.^a—Fantasía. *Le Paridon de Proelmrel*. Meyerbeer.

4.^a—Fantasía. *Le Lion de Belfort*. J. Hemmerlé.

5.^a—Gran valse. *Aimée*. Waldteufel.

DÍA 13

A las 5 a. m.—Diana por las cuatro bandas recorriendo las calles de la ciudad.

A las 9 a. m.—Marcha del regimiento de Infantería y un destacamento de Artillería al llano de Mata Redonda.

A las 9 y 30 a. m.—Marcha de la comitiva oficial y del Estado Mayor al llano de Mata Redonda, partiendo de la Casa Presidencial.

A las 10 a. m.—Maniobras militares de Infantería y Artillería en el llano de Mata Redonda, y tiro al blanco practicado por el cuerpo de artilleros milicianos con una batería de cañones de campaña de 80 mm, sistema Bange.

A la 1 p. m.—Regreso á la ciudad de la comitiva oficial, del Estado Mayor y de los diferentes cuerpos del ejército.

A las 8 p. m.—Iluminación de parques, juegos pirotécnicos y retreta á cuatro bandas en el Parque de Morazán, ejecutándose las siguientes piezas:

- 1.^a—Obertura. *La Aurora*. A. J. Clement.
- 2.^a—Fantasía. *Souvenir de Russie*. J. Heymans.
- 3.^a—Fantasía. *Una noche en Granada*. V. Buot.
- 4.^a—Valse. *Neige et Volcan*. J. Delhise.

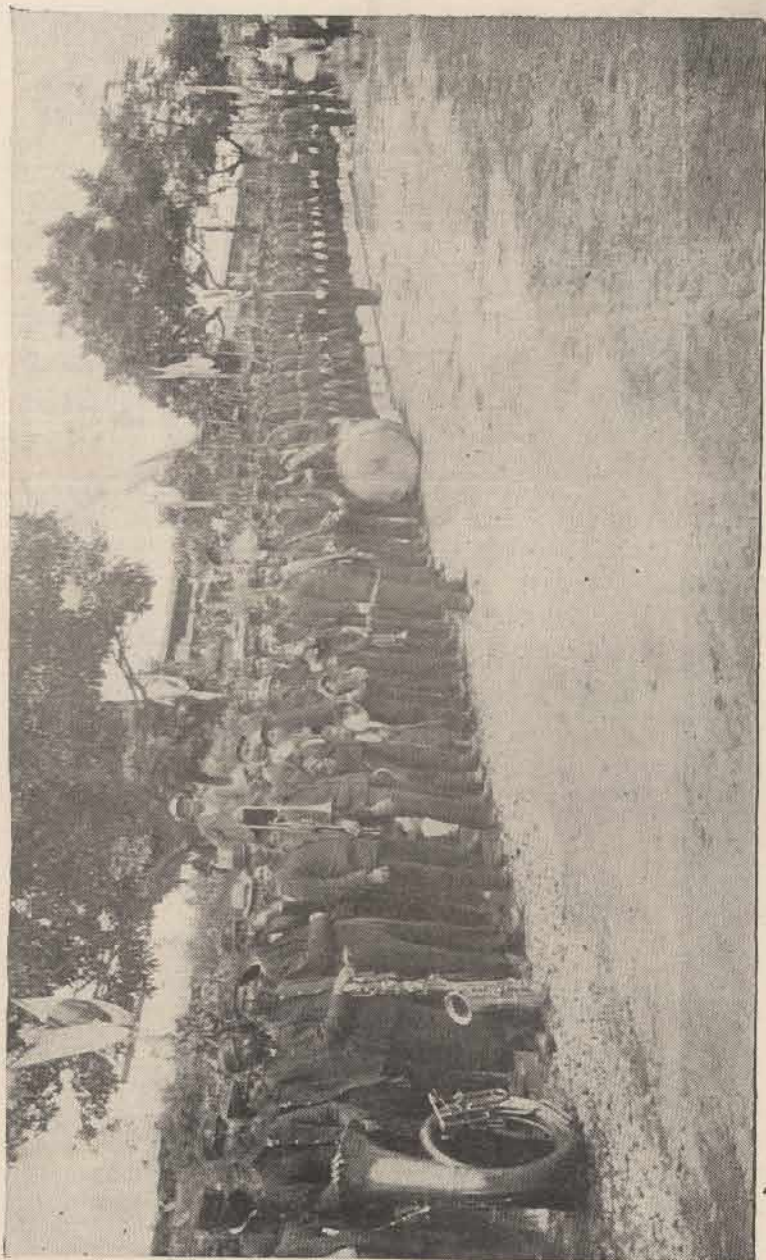
DÍA 14

A las 11 a. m.—Salida del Presidente de la República y de la comitiva oficial, de la Casa Presidencial al Palacio de Gobierno.

A las 11 y 30 a. m.—Recepción de las colonias extranjeras en el Salón de Sesiones del Congreso, y condecoración de sus respectivos Cónsules.

A las 12 m.—Despedida de las colonias extranjeras y regreso del Presidente de la República y de la comitiva oficial á la Casa Presidencial.

A las 8 p. m.—Iluminación de parques, juegos pirotécnicos y retreta por las cuatro bandas en el Parque de Morazán, ejecutándose las siguientes piezas:



Compañía de Preferencia

- 1.^o—Ópera. *Lohengrin*. Wagner.
 2.^o—Ópera. *La Africana*. Meyerbeer.
 3.^o—Himno Centroamericano á los héroes del 56 y 57,
 por R. Chaves T.
 4.^o—Ópera. *Sansón y Dalila*. Saint Saens.

DÍA 15

A las 5 a. m.—Salvas de Artillería, toque de diana por las cuatro bandas y paseo de las mismas por las calles de la ciudad.

A las 9 y 30 a. m.—Reunión en el Palacio de Justicia de la Comitiva oficial.

A las 10 a. m.—Marcha al lugar de la inauguración, en el orden siguiente:

1.^o—La Compañía de Infantería formada por los alumnos del Liceo de Costa Rica, llevando á vanguardia una banda de clarines.

2.^o—Cuerpo de Jefes y Oficiales del 56 y 57.

3.^o—Cuerpo de música militar de la capital.

4.^o—Soldados de la Campaña Nacional.

5.^o—Comitiva oficial, en el orden siguiente:

a)—Presidentes de los Supremos Poderes, Arzobispo de Guatemala y Obispo de la Diócesis.

b)—Primer Designado, Delegados de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Salvador.

c)—Segundo Designado, Ministros de Guerra, de Relaciones Exteriores; Tercer Designado, Ministros de Gobernación, Policía y Fomento y de Hacienda y Comercio.

d)—Encargado de Negocios de Costa Rica en Wás-

hington, Subsecretarios de Estado y los demás miembros de las Delegaciones de Centro América.

e)—Diputados al Congreso y Magistrados de la Corte de Justicia.

f)—Estado Mayor, llevando á vanguardia á los representantes de los Generales Moras y Cañas.

g)—Colegio de Abogados y Facultad de Medicina.

h)—Cuerpo Consular.

j)—Alto Clero.

l)—Jefes de Departamentos generales del orden administrativo.

m)—Gobernadores y Jueces de 1ª instancia.

n)—Representantes de la Prensa.

ñ)—Municipios y otras corporaciones públicas.

o)—Regimiento de infantería.

p)—Cuerpo de música militar de Alajuela.

q)—Destacamento de Artillería.

6º—A las 12 a. m., colocada la comitiva oficial dentro del Parque Nacional en los lugares que al efecto se designe á cada agrupación, el cuerpo de inválidos se presentará á constituirse en Guardia de Honor del monumento, debiendo hacérsele los respectivos honores militares.

7º—Discurso inaugural, pronunciado por el señor Ministro de Guerra, descubrimiento del monumento, honores militares y salvas de artillería.

8º—Himnos nacionales de Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Salvador, cantados por las escuelas de varones de esta capital, acompañados por el cuerpo de música militar de San José y colocación de coronas al pie del monumento.

9º—En seguida se procederá á condecorar á los representantes de los Generales Moras y Cañas, al Coronel don

Nicolás Aguilar Murillo y Jefes del Ejército expedicionario del 56 y 57, por el Presidente de la República; á los inválidos de la Campaña Nacional, por el señor Ministro de la Guerra y Presidentes del Congreso y de la Corte Suprema de Justicia; y á los soldados del 56 y 57, por los Jefes y Oficiales de aquellas campañas. Al condecorar al Representante del Benemérito General don Juan Rafael Mora y del General don José Joaquín Mora, las tropas, los cuerpos de banda y música militar les tributarán los honores de General en Jefe.

Al condecorarse á los demás Jefes, Oficiales é inválidos de la Campaña Nacional, las tropas terciarán las armas y las músicas militares tocarán el himno de Santa Rosa, y al condecorar á los soldados de la misma Campaña, las bandas y músicas militares tocarán las dianas de ordenanza.

10.—Desfile de las tropas frente á la estatua, en columna de honor.

11.—Marcha de regreso del cuerpo de inválidos y honores militares á su paso, frente á las tropas.

12.—Regreso de la comitiva oficial, en el mismo orden de su salida.

Refresco en el Palacio Municipal, en obsequio de los Jefes y Oficiales del 56 y 57, y refresco en obsequio de los soldados de la misma época, en el edificio metálico de las Escuelas Graduadas.

8 p. m.—Iluminación de parques, juegos pirotécnicos y retreta á cuatro bandas en el Parque Nacional, ejecutándose las siguientes piezas:

1.^a—Obertura. *Caballería ligera*. Suppé.

2.^a—Ópera. *Enrique VIII*. Saint Saens.

3.^a—Fantasía. *Fausto*. R. Chaves T.

4.^a—*Marcha nupcial*. A. Monestel.

9 p. m.—Baile oficial en el Palacio de Gobierno, en

obsequio de los señores Delegados de las Repúblicas Hermanas de Centro América.

NOTA:

a)—Todos los que, como Jefes ú Oficiales, formaron parte del Ejército expedicionario de la Campaña del 56 y 57; llevarán como divisa una banda de los colores del Pabellón Nacional, cruzada del hombro derecho al costado izquierdo; los ascendidos á Jefes ú Oficiales después de la Campaña, llevarán una cucarda de los mismos colores, prendida á la altura del pecho, del lado izquierdo; y los soldados de la referida Campaña, una cinta roja al rededor de la copa del sombrero: ninguno llevará uniforme militar, salvo los que estuvieren en servicio activo: unas y otras divisas tendrán la siguiente inscripción: *Vencedor en Santa Rosa, Rivas y San Juan.*

b)—Se prohíbe la entrada al público á los lugares reservados á la comitiva oficial dentro del Parque Nacional, para el acto de la inauguración del monumento.

c)—La comitiva oficial saldrá del Palacio de Justicia con dirección á la esquina S. E. del Mercado, seguirá por la Avenida Central hasta el cruce de ésta con la calle 22 Norte, en la que continuará hasta tomar la 5ª Avenida. De regreso recorrerá la 5ª Avenida hasta su cruce con la Calle Central, entrando después por la 6ª Avenida hasta el Palacio Municipal.

Secretaría de la Guerra. Palacio Nacional, San José, 11 de setiembre de 1895,

El Gobierno del Licenciado don Bernardo Soto dispuso dar fiel cumplimiento á la ley, obra del Congreso Constitucional de 1857, que manda erigir un monumento en honor á los vencedores de Santa Rosa, Rivas y San Juan, y el Gobierno del Licenciado don José J. Rodríguez contribuyó á la realización de aquella idea en toda la parte que hubo de corresponderle hasta dejar instalado el monumento en el lugar que hoy ocupa. Nada más digno de elogio, en verdad, que el acuerdo dictado por aquel Gobierno para ejecutar una disposición tan justiciera como la citada y que los esfuerzos de la administración siguiente para darle cima. Tócale ahora al Gobierno presente, y de ello se gloria, cumplir la parte final de ella: esto es, inaugurar de una manera digna y solemne el monumento que perpetuará en el bronce la memoria de los héroes por cuyo denuedo y abnegación se libró nuestra patria de las cadenas que le tendía el filibusterismo.

Comprende el Gobierno toda la importancia que debe revestir un acto encaminado á honrar la memoria de los hombres que, mediante esfuerzos y sacrificios sin límites, supieron defender nuestras libertades amenazadas y legarnos una herencia de gloria con la cual podemos estar justamente orgullosos. Por eso no ha omitido medio alguno para que la *fiesta de inauguración*, en que también celebraremos nuestra pacífica independencia de la madre patria, reúna la grandiosidad y la magnificencia propias de su alto objeto.

Así se deduce al menos del programa de las fiestas preparadas para celebrar el acto de la inauguración y á la

vez el LXXIV aniversario de la Independencia de Centro América, que publicamos en la sección correspondiente de este órgano oficial. Espera el Gobierno que el brillo de las fiestas corresponda á sus deseos, á sus esfuerzos y, sobre todo, al objeto grandioso con cuyo motivo están dispuestas, para lo cual cuenta, por otra parte, con el contingente patriótico del pueblo costarricense, tan amante de sus glorias, y con la honrosa presencia de los Delegados venidos en representación de las hermanas repúblicas de Centro América.

[De *La Gaceta* número 212 de 11 de setiembre de 1895].

RESEÑA DE LAS FIESTAS

La ciudad estaba ricamente engalanada. Por doquiera airoso gallardetes y banderas se agitaban en suaves ondulaciones, como si, animadas por secreto impulso, quisieran tomar parte activa en la suntuosa fiesta de la Patria. El público regocijo se manifestaba por mil diversos modos, ya en alegres vítores, ya en francas y simpáticas demostraciones de alegría, y el pueblo entero, dadas de mano las cotidianas labores, se preparaba para celebrar los magníficos festejos que habían de preceder á la inauguración del monumento levantado en honor de los héroes del 56 y del 57. Y el pensamiento y la fantasía, como excitados por los preparativos que por todas partes se observaban, complaciáanse en recordar aquellas épicas jornadas en que el heroísmo centroamericano conquistó laureles inmarcesibles.

El programa era brillante. Especial cuidado se había puesto en que por elocuente modo se enalteciera y honrara la memoria de los soldados invencibles que detuvieron la ola del filibusterismo. Era preciso que el soberbio bronce, al ser descubierto, fuera saludado por todo un pueblo. Y no hay que olvidar que Centro América entera asistió, en la persona de sus Delegados, á la solemne apoteosis de los vencedores de Santa Rosa, Rivas y San Juan.

Verificóse el día trece de septiembre la parada militar con que se había dispuesto dar principio á los públicos festejos. El llano de *Mata Redonda*, hermoso campo matizado de verde grama, perfectamente plano y de más de 150 manzanas cuadradas de extensión, fué el sitio escogido para que maniobraran un regimiento de infantería y un destacamento de artillería. El primero de estos cuerpos, cuya primera compañía estaba compuesta de distinguidos jóvenes de la capital, maniobró con soltura y precisión, y la oficialidad del segundo practicó, con los más halagüeños resultados, un tiro al blanco. Seis de los proyectiles disparados pegaron en el blanco; dieciocho cayeron al pie de él; diez se embotaron en el terreno adonde fueron á dar, y los demás se agruparon al rededor del punto que servía de blanco, en un radio que no pasaba de diez metros.

El General Sierra, Ministro de Honduras, y los Delegados Militares de El Salvador y de Guatemala, señores Aragón y Méndez, no tuvieron más que palabras de aplauso para aquellos entendidos oficiales que tan alta muestra habían dado de nuestra cultura militar.

Concluídas las maniobras, el numeroso público que á ellas había asistido, principió á desparramarse por la amplia avenida que conduce á *Mata Redonda*, en la cual fué tomando posiciones para presenciar el soberbio desfile.

Con paso que hacía levantarse una nube de polvo, se fué desplegando poco á poco el ejército. Ahora, puesto de cuatro en fondo, parece una inmensa serpiente, cuyas escamas brillan con fulgor metálico al ser heridas por los rayos del sol.

Desde la boca de la Sabana hasta el edificio de la Cárcel Pública, en una extensión de más de dos mil varas, se agrupa abigarrada multitud. Todo el mundo se empina so-

bre los pies para no perder ni un detalle. El cuadro es grandioso. Infinita la variedad del conjunto. Al lado de la aristocrática dama que viste sedas, la humilde mujer del pueblo que luce por únicas galas una falda de percal y un *rebozo* de vivos colores. Miles de rostros todos distintos, miles de aspectos diferentes. Pero en todos los semblantes, como dando uniformidad á esa muchedumbre heterogénea, la alegría sin reservas, el entusiasmo que entona patrióticos himnos sin palabras.

¡Los sombreros al aire! El ejército desfila á paso redoblado, invadiendo las rectas avenidas de la capital.

* * *

Fué escogido el día catorce para dar á las colonias extranjeras público testimonio de la gratitud nacional por la noble conducta que ellas observaron en los días de prueba por que pasó Centro América en el 56 y en el 57, y por la importante y feliz cooperación que sus miembros nos han prestado siempre en la conquista de la cultura y progreso de que nos ufanamos. Acto de justicia fué este, sin duda, porque es innegable que el elemento extranjero ha sido entre nosotros, como en todas partes, valioso elemento de civilización.

La ceremonia fué de sencilla elegancia. Correspondiendo á la atenta invitación del Poder Ejecutivo, se presentaron á las once y media del día en el Salón de Sesiones del Congreso, los señores Cónsules acreditados en esta ciudad, seguidos de numerosos é importantes miembros de sus correspondientes colonias. Fueron en el Salón de la Cámara recibidos por el señor Presidente, los Altos Dignatarios de la

República, los miembros de la Suprema Corte de Justicia, los señores Delegados, el Alto Clero y el Estado Mayor. El señor Presidente de la República, después de leer el sencillo pero expresivo discurso que en seguida de esta reseña publicamos, condecoró á las colonias extranjeras en las personas de sus Cónsules. El Doctor don Miguel W. Angulo, Decano del Cuerpo Consular, contestó, en términos de simpatía y agradecimiento, al discurso del Primer Magistrado de la Nación, y, concluido el acto entre los aplausos del numeroso público que á él asistió, el señor Presidente despidió personalmente á los señores Cónsules y á cada uno de los extranjeros presentes en la interesante ceremonia que de manera tan clara patentizó la gratitud del pueblo costarricense.

Poco después fué obsequiada la Compañía de Preferencia por la colonia alemana, que, con ese motivo, derrochó rico champaña y, más que todo, palabras de cariño para nuestra patria.

El mismo día, el Cuerpo de Artilleros, presidido por su Jefe el General don Lesmes Jiménez, hizo atenta visita al señor Presidente de la República, el cual poco después recibió asimismo á la bizarra primera Compañía del primer batallón del regimiento que el día anterior maniobró en Mata Redonda. Anteriormente, el Estado Mayor, á su vez, había presentado sus respetos al Primer Magistrado de la Nación.

Con pompa inusitada se procedió el quince á la solemne inauguración del Monumento. Todas las Corporaciones nacionales estuvieron representadas en esta conmovedora ceremonia, á la cual asistió, además, numeroso y compacto público de todas las esferas sociales.



Desde el Palacio de Justicia desfiló lentamente, por las adornadas calles de la capital, la comitiva oficial, el Ejército y la entusiasmada multitud, ofreciendo al espectador soberbio golpe de vista. Y á las doce del día se encontraban colocados en su puesto respectivo, al rededor del Monumento, los miembros de los tres Supremos Poderes de la Nación, los señores Delegados, el Alto Clero, el Estado Mayor, los representantes de las Corporaciones y los Jefes de las principales oficinas oficiales. El Ejército se situó en perfecta formación en los costados del Parque. Entonces, entre las aclamaciones de diez mil almas, avanzaron trabajosamente hasta ocupar puesto de honor los invictos veteranos que iban á presenciar su propia y ruidosa glorificación. En el rostro de todos aquellos venerables ancianos podía leerse la íntima satisfacción de quien ve que, después de largo período de indiferencia y olvido, se premian y enaltecen sus hechos.

El señor Ministro de la Guerra, General don Juan Bautista Quirós, pronunció el patriótico discurso que al final de esta reseña insertamos también, y á la excitativa de sus últimas palabras, como al poder de mágico conjuro, el lienzo que cubría el Monumento fué descorrido, entre los vítores de la multitud, los himnos triunfales de las bandas y el ronco tronar de los cañones. Había quedado consagrada la perpetuación en bronce de la gigantesca epopeya del patriotismo centroamericano!

Seguidamente, los señores Delegados pronunciaron bellos y expresivos discursos, calurosamente aplaudidos por el pueblo costarricense, para el cual habían múltiples palabras de afecto en las fogosas piezas oratorias de los dignos Representantes de nuestras hermanas las repúblicas de Centro América. A continuación, las escuelas graduadas de la capital entonaron los himnos nacionales centroamericanos, mientras los

miembros de los Supremos Poderes y de las demás Corporaciones allí presentes colocaban en el pedestal del Monumento, numerosas y artísticas coronas de verde laurel ó de frescas y frangantes flores.

Después, se procedió á condecorar á los representantes del Benemérito ex-Presidente don Juan Rafael Mora y de los Generales don José Joaquín Mora y don José María Cañas. Hízolo en persona el señor Presidente de la República é igual cosa practicó con los Generales don Víctor Guardia y don Federico Fernández, con el Coronel don Nicolás Aguilar Murillo y con los Jefes y Oficiales de los antiguos batallones que se cubrieron de gloria en las jornadas de Santa Rosa, Rivas y San Juan. Los inválidos fueron condecorados á su vez por los Presidentes del Poder Legislativo y del Poder Judicial y por el Representante del ex-Presidente don Juan Rafael Mora, y los Jefes y Oficiales que pertenecieron á la clase de tropa durante aquellas campañas lo fueron por los señores Ministros de Justicia y de Guerra. Concluída esta patética ceremonia, desfilaron las tropas por la quinta Avenida, saludando á su paso el Monumento. La comitiva oficial, precedida entonces por el cuerpo de veteranos, se dirigió al Palacio Municipal, en donde estaba preparado un refresco en obsequio de aquellos próceres. Al mismo tiempo, los inválidos y demás soldados de las campañas contra el filibusterismo, eran igualmente obsequiadas en el edificio metálico de las Escuelas Graduadas.

* * *

Vino á cerrar la serie de festejos de la inauguración el espléndido baile dispuesto en la noche del mismo día en ho-

nor de los señores Delegados de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

Se verificó esta pomposa fiesta en los amplios salones del Palacio Nacional, que había sido adornado con gusto exquisito. Y cuantos medios estuvieron al alcance del Gobierno se agotaron á fin de que este último festejo fuera por todos conceptos digno de nuestros honorables huéspedes y de la soberbia apoteosis que se celebraba.

— FIN —

DISCURSO

pronunciado por el señor Presidente de la República en el acto de condecorar
á los Cónsules extranjeros el día 14 de setiembre de 1895

Señores

Poderoso medio de fuerza y de desarrollo para las jóvenes Repúblicas del continente americano ha sido el íntimo contacto establecido con centros superiores á los nuestros por su antigüedad, por sus glorias y por las conquistas alcanzadas en el campo del progreso universal. Costa Rica, al influjo del espíritu extranjero, ha sentido las corrientes de la civilización moderna, se han dibujado para ella nuevos y más dilatados horizontes, se ha puesto en pie y ha marchado resuelta á la conquista de prósperos destinos.

No es posible desconocer, sin incurrir en grave error histórico, la influencia benéfica que los extranjeros han ejercido en todas las esferas de la vida nacional: las vías de comunicación desde el Pacífico hasta el Atlántico; la agricultura con sus valiosísimas empresas y más adecuados métodos de explotación; el comercio con la vasta extensión en que hoy se efectúa; las empresas bancarias que han proporcionado desarrollo á todas las industrias; las artes y las ciencias con la relativa perfección que han alcanzado; los hábitos de tolerancia, amor al orden, á la economía y al trabajo, todo en fin, lo que es base de progreso, cultura y civilización, da pleno testimonio de mis afirmaciones. Mas no es esto sólo: hay

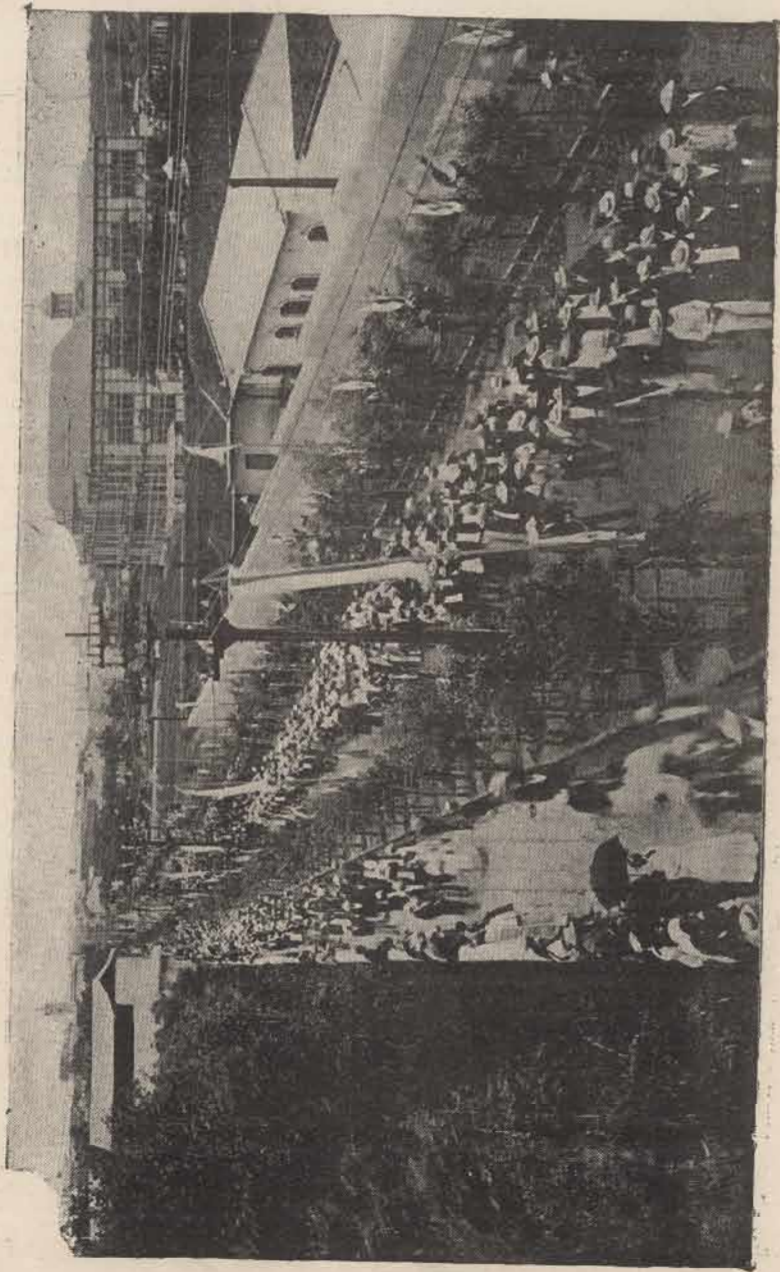
un título por las colonias extranjeras adquirido en la epopeya nacional que revela su empeñoso esfuerzo en pro de las instituciones libres de Centro América: cuando la falange filibustera á las órdenes de William Wálker dominaba parte del territorio centroamericano, y la libertad, la autonomía y las instituciones de la América Central estaban amenazadas de muerte, las colonias extranjeras hicieron suya nuestra causa y ofrecieron noble y generosamente sus personales servicios y su fortuna en aras de nuestra libertad é independencia. De altísimo precio fué su concurso en tan críticos momentos y por ello son dignas de la gratitud nacional.

El Decreto número 3 que, á iniciativa del Poder Ejecutivo, con especial recomendación, emitió la Comisión Permanente el 11 del mes en curso, les otorga medalla de oro á las colonias extranjeras, en las personas de sus respectivos Cónsules, tributo sincero de los sentimientos del pueblo y del Gobierno de Costa Rica por tan meritoria conducta.

La presente recepción oficial, dispuesta por el Poder Ejecutivo en obsequio de los extranjeros aquí residentes, es al propio tiempo una manifestación* de particular aprecio y estima, con la cual ha querido el Gobierno solemnizar la más patriótica de nuestras fiestas nacionales, y por ello ha considerado ser este el momento oportuno para dar cumplimiento à lo dispuesto por la ley en honor á la memoria y como tributo de gratitud á las colonias extranjeras de 1856 y 1857, tan dignamente representadas hoy por este selecto personal.

Señores Cónsules: la insignia de honor que vais á recibir, espero que lucirá mañana en vuestros pechos al inaugurarse el Monumento Nacional que conmemora las gloriosas hazañas que han dado origen á tan señalada muestra de distinción.

HE DICHO



Yendo para la Inauguración

DISCURSO

pronunciado por el señor Secretario de Estado en el despacho de la Guerra, en el
acto de la inauguración del Monumento Nacional, el día
15 de setiembre de 1895

Señores

Setenta y cuatro años hace hoy que Centro América fué libre por la voluntad enérgica de nuestros antecesores, que, inspirados en el ejemplo grandioso de los pueblos de América, se decidieron á romper los lazos de la servidumbre colonial para asumir el ejercicio de su soberanía. Fortuna grande fué sin duda alguna para Centro América el no haber tenido que conquistar sus derechos y libertades mediante el esfuerzo de su brazo juvenil, lo que no amengua, sin embargo, en un ápice la gloria de nuestra adquisición, porque es digno de ser libre no sólo el pueblo que lucha bravamente por su libertad en los campos de batalla, sino también el que, rompiendo el obstáculo de tradiciones y costumbres esclavizadoras, pone en ella su mano desarmada, pero firme, y con declaración solemne y resuelta desafía á los hombres de cuyo poder se emancipa para siempre. En efecto, la declaración de nuestros padres constituye el único monumento que guarda y simboliza las glorias de nuestra primera independencia: justo y natural es, por consiguiente, que en día como el de

hoy, nos mostremos agradecidos para con los próceres de Centro América que en 1821 conquistaron, gracias á su energía y á su resolución de patriotas, la libertad de que hoy disfrutamos; y justo y natural es también que nos mostremos orgullosos de vernos independientes, en ejercicio de nuestra autonomía doméstica y señores de nuestro suelo. Pero, señores, si en 1821 hicimos la conquista pacífica de nuestra independencia, más tarde en 1856 y 1857, sellamos con sangre generosa, con actos de heroísmo sublime y con esfuerzos denodados, propios de la leyenda, la obra incruenta, pero trascendental, de nuestros padres, demostrando de esta suerte, al cabo de treinta y cinco años, que éramos dignos de la independencia para nosotros conquistada por nuestros gloriosos antecesores, y que sabíamos apreciar y defender el rico legado de libertad que se nos viene transmitiendo de generación en generación, como un depósito sagrado é invulnerable. Nos faltaba en verdad, como la consagración final y definitiva de nuestros naturales derechos á la independencia, nos faltaba esa fórmula según la cual un pueblo no goza ante el mundo de las prerrogativas y respetos de pueblo libre, mientras no haga la prueba de su aptitud para serlo, mientras no se muestre digno de la libertad, por su denuedo, por su heroísmo y por su abnegación en la defensa de ella. La campaña contra el filibusterismo cosmopolita vino á ser de este modo para Centro América, el complemento de su independencia, su consagración de pueblo libre.

Después del suceso trascendental de 1821, de ese suceso de un día, que trasformó el antiguo reino de Guatemala en una República libre é independiente, Centro América decayó en vez de ascender: luchas intestinas desgarraron el seno de la joven república americana, y en 1839 sólo quedaban cinco jirones de la bandera azul y blanca que el 15 de

setiembre de 1821 fué izada en la Capitanía General de Guatemala como emblema de nuestra unidad nacional. El filibusterismo nos encontró dispersos y divididos los unos de los otros, entregados á locas disenciones de familia, y totalmente desligados de los vínculos que nos unían con un lazo común y legítimo en torno de la antigua patria. En tal estado, fácil cosa era para astutos y audaces aventureros sorprender, primero, nuestra buena fe y nuestra ingenuidad de pueblo joven, y completar después la obra de la astucia y de la villanía por medio de la fuerza.—Ese fué en realidad el procedimiento artero empleado por el filibusterismo para apoderarse de nuestro suelo y para establecer en él el más odioso de los dominios: el de la esclavitud. Pero esa división puramente de familia no impidió que los corazones de los centroamericanos latieran al calor de unos mismos sentimientos, y la sangre hirvió de indignación en sus venas cuando se sintieron burlados, cuando vieron invadidos sus hogares y cuando el audaz intruso, de simple auxiliar que era, se convirtió en amo y señor.

Entonces pasó por sobre todo Centro América, para remover el patriotismo indiferente, algo así como un soplo vigoroso producido por el espíritu indignado de los próceres muertos, y entonces fué cuando los centroamericanos de aquella década á la vez infortunada y gloriosa, corrieron abrazados al lugar del peligro para reconquistar el suelo, para recobrar los derechos hurtados, para arrojar de nuestros hogares á las huestes esclavistas del filibustero: ¡gloriosa reacción del patriotismo adormecido, que hace reconocerse hermanas á estas cinco fracciones de un mismo pueblo; que allana, en un momento, todas sus antiguas diferencias, y que, sin vacilar, las hace lanzarse á la lucha en defensa de la patria común!



Lo que el amor á la patria y á la libertad, unido al valor, lograron hacer entonces en los campos de batalla, en los asedios, en las marchas, en los vivacs, en todas partes, es cosa que, por lo sencillamente sublime, pertenecería hoy á la leyenda, si pudiéramos colocar esos cuadros de nuestra historia en el fondo brumoso de los tiempos antiguos. Vese, en efecto, á los noveles soldados de Centro América recorrer con indiferencia estoica las abrasadoras regiones de nuestro suelo tropical: dormir á la intemperie bajo las lluvias torrenciales propias de nuestra zona; sufrir con noble silencio toda suerte de privaciones: estar siempre prontos á acometer ó á rechazar; sorprender y diezmar en Santa Rosa, en quince minutos nada más, á un ejército de filibusteros en ese lugar atrincherado; sobreponerse en Rivas á una sorpresa; mantener á raya á un enemigo superior durante una noche y un día y hacerle desalojar al cabo sus trincheras por el esfuerzo heroico de aquel soldado sublime, Juan Santamaría, que, con abnegación de romano antiguo, supo sacrificar la dulce existencia en aras de la Patria; poner en San Jacinto al enemigo en la más completa y vergonzosa derrota; rechazar siempre de Masaya las mil acometidas rabiosas del filibustero; arrojarle de Granada, pasando por sobre las ruinas de esa bella ciudad; apoderarse, mediante la combinación aunada del valor y de la astucia, de los vapores que constantemente le traían á Wálker refuerzos y elementos exteriores de toda clase; cerrarle luego la entrada á todo género de auxilios, y estrechar, por último, al enemigo hasta obligarle á capitular en Rivas el 1.º de mayo de 1857.

Señores, la historia de este corto, pero fecundo período de dos años, constituye una epopeya en pequeño, pero grandiosa, cuyos detalles nos hacen recordar, por natural asociación de circunstancias, los tiempos heroicos de la Grecia.

Nuestra patria tiene también asunto para un poema homérico, pero mientras tanto nace el poeta sublime destinado por Dios á cantar en estrofas inmortales los hechos heroicos de nuestros antecesores, Costa Rica ha querido consagrar en un monumento simbólico las glorias alcanzadas por Centro América toda en la más justa y noble de las causas.

Tal es el motivo que aquí nos reúne en estos instantes, y el monumento de nuestras glorias, ahí le tenéis. Ese monumento, señores, representa las glorias más puras y más legítimas de nuestra patria común: Centro América; él las perpetúa en bronce y estará ahí permanentemente para recordarnos, á manera de ejemplo que pueda servirnos é inspirarnos en lo futuro, cómo supieron sacrificarse nuestros padres para conservar la libertad que de sus mayores recibieron; para hacernos ver todos los días que estos cinco pueblos de Centro América están no solamente ligados por su origen y por sus antecedentes históricos, sino también por sus glorias, y para excitarnos, en fin, con excitativa eficaz y constante, á reanudar los antiguos lazos de la familia centroamericana.

¡Vosotros, ilustres representantes de aquella generación de patriotas, reliquias venerandas de aquellos tiempos gloriosos, descorred el velo que cubre ese bronce donde están esculpidas las hazañas que, con vuestros camaradas de ayer, hoy en el seno de la eternidad, supisteis llevar á cabo para mantener incólume la patria de 1821!

HE DICHO

COSTA RICA



El 5 de octubre de 1502 el inmortal Colón descubrió nuestras playas, y la historia nos dice que fué en ellas donde por la primera vez en la América Central encontró el oro, que los naturales usaban como simple artículo de adorno; también nos refiere la historia la serie de vicisitudes que siguieron á todos los proyectos de colonización iniciados en esta parte del territorio centroamericano.

Los infortunios y la muerte de Diego de Nicuesa, en 1509; el desastre de Diego Gutiérrez, en 1544; el naufragio de Juan Vásquez de Coronado, en 1565, sin que hasta entonces hubiera podido establecerse base firme de conquista de esta tierra, no sólo detuvieron sino que alejaron de ella muchos elementos de población y mejoramiento.

Se alcanzó más tarde cierto grado de prosperidad, que marca el recuerdo de aquel período al primer cuarto del siglo XVII, y que recomienda la memoria de algunos bien intencionados servidores de la Provincia; pero luego, el constante alarma en que los mosquitos y piratas mantuvieron á sus habitantes casi hasta fines del siglo XVIII, así como la falta de apoyo de parte de las autoridades superiores, hizo que los que no emigraran se concentrasen en el interior, quedando

sujetos, como único medio de subsistencia, á un miserable comercio por tierra con Nicaragua y Panamá.

Bien explica las circunstancias aflictivas por que atravesó Costa Rica el hecho de que, cuando se promulgó la Constitución Española de 1812, la población de la Provincia quedaba á tal grado reducida que no le permitió representarse separadamente, sino en unión de Nicaragua.

El estado de atraso, de pobreza y desamparo del país, hizo que en aquel mismo año las dos Provincias clamaran contra el abandono y los abusos de la autoridad superior, y que en 1814 se empeñaran en sustraerse de la tutela de la Capitanía General. La Diputación describe la miseria del pueblo contrastando con las grandes riquezas del suelo, estéril por la falta de comercio y por la opresión fiscal, que, aun faltando á las leyes, hacía prevalecer la Real Audiencia de Guatemala.

En ese lamentable estado, y para su mayor gloria, Costa Rica suscribió la declaración de independencia y vino á la vida de pueblo libre.

Sin caminos, sin escuelas, sin imprenta, apenas era signo de unión entre el pasado y el presente la masa informe de algún derruido templo!

No hay en Costa Rica monumentos que recuerden la Madre Patria, ni se confirma en las propias el nombre de alguna antigua institución, [1] porque no heredó ni aquéllos ni éstas: quedóle sí, como dón el más precioso, un caudal de las virtudes y de la energía de sus progenitores.

Abandonada á sí misma, aprendió en el aislamiento á valerse por si sola; fué la primera en Centro América en darse una legislación propia, y con justicia se ha dicho que nin-

[1] Excepción hecha de los monopolios del tabaco y licores, que tampoco existen ya, según leyes recientes.

guna otra ha alcanzado tan rápidos progresos en la creación de la riqueza pública y en la inteligente utilización de sus recursos naturales.

Sin caminos, ha sido la primera en tender rieles hacia los dos grandes océanos, será la primera en unirlos y lo es en la facilidad de sus comunicaciones.

Sin escuelas, y en instrucción pública ocupa hoy lugar preferente en nuestra América.

Sin imprenta, y sus instituciones dan crédito á un Gobierno estable, puramente civil, bien organizado y respetuoso á la ley.

Si Costa Rica no constituye una nación famosa por su grandeza y temida por su poder, es en cambio un pueblo rico, inteligente, relativamente muy culto, próspero y feliz, que por su laboriosidad, respeto al derecho ajeno y su amor á la paz y al orden, goza del aprecio y de la consideración del mundo civilizado.

Sus relaciones con los Estados hermanos se han inspirado siempre en un verdadero espíritu fraternal. Fué la última en declararse separada de la federación; ha concurrido gustosa á las negociaciones de una unión pacífica, nunca fué causa del fracaso de ninguna de ellas; y es gloria del ejército de labradores que dió el triunfo á Centro América sobre Wálker y sus filibusteros, que ni antes ni después de esa guerra haya cruzado las fronteras de su propio territorio sino para la defensa común de los más caros intereses de la América Central.

Consideramos oportuno reproducir aquí, con lo cual le daremos mayor interés y mayor amenidad á este libro, el bello discurso, referente á la Campaña Nacional, que, en una fiesta patriótica, pronunció el año pasado el conocido y eminente orador Doctor don A. Zambrana. Helo aquí:

DISCURSO

pronunciado en la noche del 1.º de mayo de 1895, en el Salón del

Congreso Nacional, por A. Zambrana

SEÑORAS Y SEÑORES

El 1.º de mayo es un símbolo indeleble en la historia de Centro América, un día marcado con luz en los fastos de Costa Rica. En ese día quedó virtualmente terminada la campaña de la independencia centroamericana, por más que la obstinación insolente del invasor extranjero hubiera de atraer sobre su cabeza el castigo harto merecido de 1860. El día 1.º de mayo de 1857 salía de Rivas para volar por todas partes, lanzada por cierto por una mano costarricense, la buena nueva de la victoria decisiva, y es imposible que no recordéis con júbilo inmenso y con sentimiento de legítimo orgullo el acontecimiento memorable. Por lo que en aquellos días se hizo, por la sangre por vuestros padres vertida, por su indiferencia hacia la muerte, por ellos heroicamente desa-

fiada, por privaciones y dolores cuyo recuerdo hace palidecer, por su ingente ánimo, por su empeño vigoroso, por su resolución inquebrantable, por el pecho firme que opusieron, como muro no tomado, al paso del conquistador, sois ahora un pueblo, una sociedad que vive por sí, un grupo humano que tiene personalidad y nombre propio: suerte envidiada por otros sin ventura, destino en realidad grande y hermoso. No fué aquella una de esas guerras que llenan con su estrépito el mundo, notable por los grandes ejércitos que pelean, por el lago de sangre que dejan á su paso; no hay en ella nombres como Austerlitz y Marengo, ó como Solferino ó Sadowa; recuerda, empero, otras que tienen página más brillante y leída en el libro de la historia que todas las campañas napoleónicas: las hazañas de las diminutas repúblicas griegas cuando fueron asaltadas por el Asia: vosotros tenéis vuestro Maratón y vuestra Salamina, tenéis un recuerdo nacional glorioso que hace pensar en el desfiladero de las Termópilas. ¿Qué importa, en realidad, el número de los combatientes y el fragor de las armas? Para fijar el valor humano del suceso, lo que hay que establecer es el carácter de la lucha, la causa de la pugna, las virtudes de los que combatieron, el resultado que pendía de la victoria. Lucha de menor tamaño fué la de los Horacios y Curiaceos, que ha inmortalizado la Historia; luchas análogas en el tamaño á la vuestra son las que dibujó en mármol indestructible el estilo de Homero. Soldados fueron los vuestros de la libertad y la justicia; la falange de la patria, el regimiento que bastó para afirmar en América la independencia de nuestra sangre, el derecho de posesión de nuestra familia, un grupo, sí, pero un grupo de leones; día es este que conmemoramos en que, por lo mismo, debéis traer ante el pensamiento la imagen de aquellos soldados humildes, de aquellos próceres modestos, de aquella democracia sin

oropeles, de aquellas costumbres sin vicio, de aquel heroísmo sin arrogancia, de aquel pueblo sencillo y valiente, laborioso y honrado,—ocasión, escenario y personal del drama patético y solemne, que dejó, en su desenlace, alta y bordada de laurel vuestra bandera, limpio de extraña opresión el patrio suelo, cimentada entre vosotros la tradición gloriosa de que la tempestad de la guerra, barriendo ó incendiando los hogares,—la casa sin hijos, la colmena sin abejas, los pensiles sin flores, los pequeñuelos huérfanos, las doncellas sin novio, la madre anciana sin amparo, el veneno de la peste unido á la segur de la batalla, el campo abandonado, la cosecha perdida, la semilla seca y aventada, el hospital lleno de enfermos, la llanura llena de tumbas, los sobrevivientes inválidos ó heridos, el ahorro gastado, la caja de la nación vacía, los caminos sin componer, el taller cerrado, la escuela sin maestros y sin discípulos;—la tradición gloriosa de que el desastre y la muerte, el suicidio de un pueblo, toda desgracia sin excepción, es preferible á la vileza del extranjero despotismo.

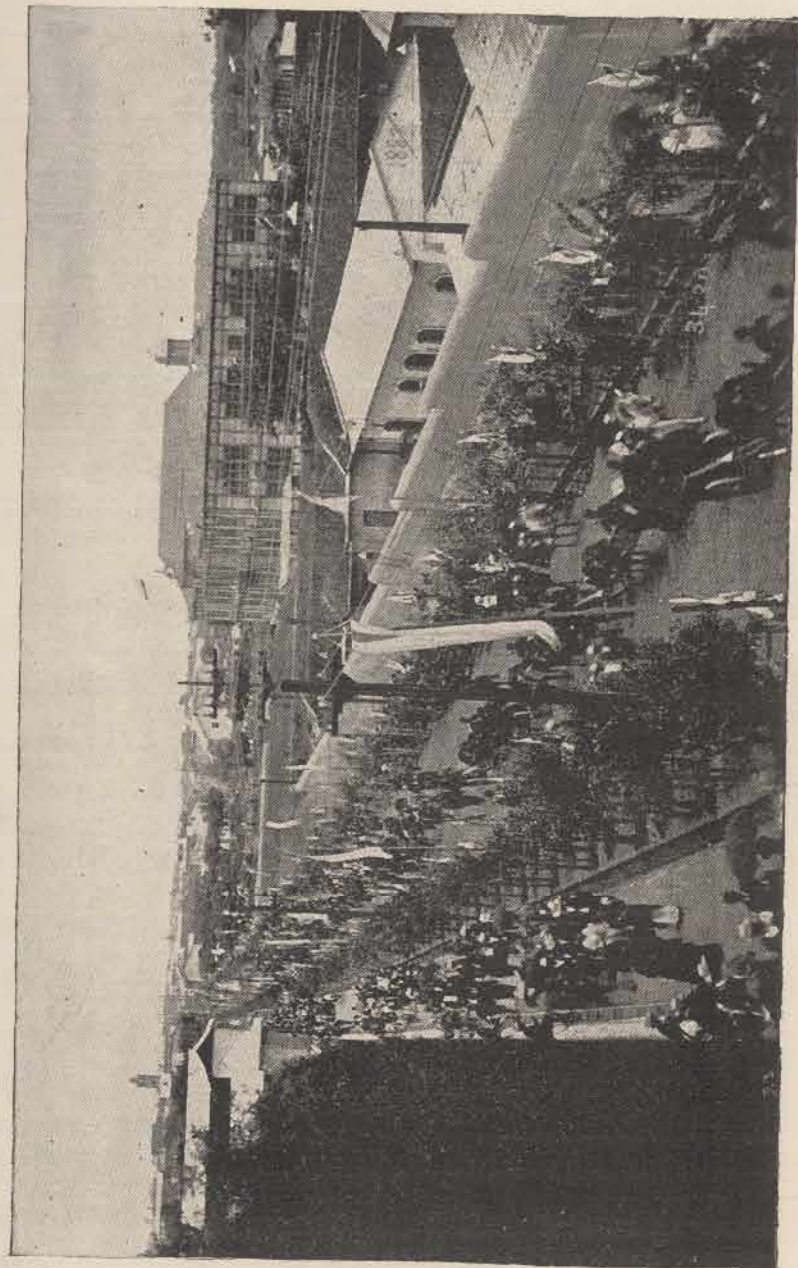
Como amigo de Costa Rica y como devoto de los ideales excelsos que alumbran la marcha de la Historia, entiendo que es buena obra la de señalar las grandes líneas que marcan el cuadro de los sucesos á que me refiero, para que obtengamos juntos las lecciones que de su contemplación resultan. ¡Y cómo no habría de ser provechoso retemplar el alma en aquella fuente pura de democracia sincera, de heroísmo altivo y de patriotismo fervoroso! Creo que volviendo la vista hacia aquellos tiempos y hacia aquellos hombres experimentaréis, como yo, la delicia que suele gozarse—y aun este placer es más intenso, elevado y fecundo—la delicia que se goza ante los grandes monumentos del arte y ante los grandes espectáculos de la Naturaleza, porque los prodigios de las artes del dibujo, los restos de los templos clásicos, los

mármoles de un Miguel Angel ó de un Canova, las pinturas de un Rafael ó de un Correggio, y aun los poemas de un Milton ó de un Goethe, la música misma de un Beethoven, la aurora que atraviesa con rayo de oro el velo de sombras de la noche, ó el mar moviendo las gigantescas olas hasta romperlas en la roca de la orilla, producen goces menos grandiosos y menos sugestivos que la realización de lo bello y de lo sublime hecha á través de la miseria humana, en el oleaje de la Historia; que la encarnación de lo ideal en la realidad, que la transfiguración de los egoísmos, de las cobardías y de las concupiscencias que forman el espectáculo ordinario de la vida, en las abnegaciones generosas, en los hermosos atrevimientos, en los nobles martirios: que si lo bello siempre eleva, no hay hermosura que se equipare en lo eficaz y en lo trascendente á la moral belleza, no hay trozo de piedra convertido en estatua soberbia que pueda compararse á la colonia norteamericana alcanzando la potencia más alta de su expresión en las virtudes de un Wáshington, á la colonia hispanoamericana levantándose hasta la altura de un Bolívar; no hay página de catecismo, ni prédica elocuente, ni horizonte dilatado, ni levante de estrella, ni milagro de arte que fortifique y restaure las fuerzas de la voluntad para el bien, como la contemplación, en la vida, de un hombre ó de un pueblo que atraviesa la calle de la Amargura llevando sobre los agobiados hombros la cruz de su heroico, voluntario sacrificio; de una generación que se abre las venas para librar á su descendencia del yugo de la esclavitud; de una sociedad humana que, azotada por el infortunio, se lanza intrépida, como la de vuestros padres, á las cimas del patriotismo y del valor; mansa, humilde y plebeya hasta el día antes, se viste la armadura del adalid y se calza la espuela de la caballería; pacífica hasta entonces, corre al encuentro de la muer-

te; holgada, se familiariza con la miseria; de vida luenga, robusta y bien entrefenida, desata sobre su cabeza la podredumbre y el estrago de la peste; de manos usadas á manejar sólo la azada y el arado, empuña la clava, y sin cansancio, sin vacilación y sin miedo sube, á la postre, á la cúspide de la victoria, y aparece ahora, en el panorama de las tradiciones, en la perspectiva del recuerdo, rodeada de los signos que atestiguan la grandeza de su condición: rota en sus manos la tajante espada, desgarrado el traje, pálido y manchado de pólvora el rostro varonil, deshilachada á lo largo del asta la bandera querida; pero caída á sus plantas la cadena que se había forjado para ella; altiva y fulgurante la mirada, vestida con los esplendores de la gloria, y sellada sobre la frente con la marca que el martirio por la libertad coloca en las sienes de los redentores, escribiendo con su sangre, en las páginas de la Historia, la sentencia de Tácito: no hay fuerza extraña capaz de reducir á servidumbre las naciones; son la cobardía y el menguado carácter de los pueblos los que los sujetan á la mutilación y á la ignominia, á la degradación y al atropello, á la miseria y á las vergüenzas de la tiranía.

Existe, sin embargo, cierta tendencia á disminuir el valor de estas hazañas, para loar las cuales no encuentro yo excesivo el ditirambo; al mismo tiempo que algunos entusiasmos candorosos, que proceden de la inexperiencia, dan á la guerra contra el filibustero una importancia militar que no pudo tener, hay aquí, y en todo Centro América, en la gente enterada y culta, que ha viajado, que ha leído, que sabe lo que es un ejército y lo que es una batalla, desdén de reacción que no encuentro yo menos injustificado. El suceso no suele verse sino en el sentido del aumento ó en el sentido de la disminución de un antejojo de teatro. Ya dejo fuera de duda que no abrigo el menor intento de confundir la campaña de la in-

dependencia centroamericana con las campañas de Alejandro el Macedonio, y mucho menos con los grandes conflictos modernos en que se colocan frente á frente algunos miles de cañones, y harto conozco que lo que suele llamar la atención del mundo y ser materia de comentario y de meditaciones es lo que hace mucho ruido, ó resplandece mucho, ó compromete muchos intereses, ó excita muchas y poderosas ambiciones. Estimo, sin embargo, que el valor moral de los hechos humanos no depende de esas circunstancias, con frecuencia externas, y estoy en la convicción, fácil de comunicar á los que me oigan, de que los sucesos que conmemoramos, como se estudien bien, no sólo ponen como de relieve altas y aun sublimes virtudes, sino que tuvieron consecuencias tales y tan estrechamente con ellos enlazadas, que no vacilo en colocarlos, en ambos conceptos, entre los más grandes y trascendentes que han dado aliento á los clarines de la fama. Es inútil, y sería acaso indecoroso insistir ahora en lo que originó aquella invasión de aventureros y de hombres equivocados, traída á Nicaragua para ayudar el triunfo de un partido político interior sobre otro partido nacional, en virtud de deslumbramientos que tienen explicación y disculpa y de pasiones ó demencias irresponsables muy análogas. El jefe de los invasores extranjeros, cualesquiera que fuesen sus prendas personales, á que no hay motivo para excusar la debida justicia, era, sobre todo, un ambicioso, un hombre que buscaba el camino del medro; que se había ensayado sucesivamente como médico, como abogado, como periodista, como hombre político, sin encontrar la mina que apetecía y que, tras esas derrotas, concibió un día, ó más bien una noche de fiebre, la empresa audaz de extender el esclavismo norteamericano por las regiones de la América Española. Bueno es recordar que el esclavismo norteamericano vivía en esos momentos lleno



Yendo para la Inauguración

de angustia por la guerra constante que le hacían las generosas ideas abolicionistas de la servidumbre del negro en la gran República de Wáshington, y que su empeño de preferencia era el de extender la órbita de la institución infame, para contrarrestar, con tierras ricas y colmadas de siervos, con territorios que podían convertirse en Estados de la Unión Norteamericana, y llevar miles de ciudadanos nuevos, esclavistas, á la urna y decenas de votos nuevos esclavistas al Senado; para contrarrestar, digo, con esos elementos la ola de indignación cristiana que estaba viendo subir con sobresalto en los mares de la política nacional y que podía sobrepasar de un momento á otro las murallas de su tráfico indigno. Wálker, como todo aventurero, tenía los bolsillos llenos de diccionarios: decía al iluso demócrata de Nicaragua, vamos á importar á vuestro país la democracia; decía al codicioso comerciante de uno y otro suelo, vamos á garantizar la paz en que el comercio vive; decía á ciertos hombres candorosos, que estaban al alcance de su influjo, vamos á extender los dominios de la libertad y la justicia por el mundo; pero sus diálogos sinceros eran con el soldado de fortuna, con el mercenario, con el *bravo* moderno, con el *condottieri*, cuyas miras eran idénticas á las suyas, y con el esclavista, con el negrero norteamericano, en cuyo poder tenía confianza y cuyo oro lo atraía. Creyó, con desprecio, no del todo por nuestra gente inmerecido, que la América Española era tierra propicia para sembrar la esclavitud, y si hubiera triunfado, agrandada la codicia, exaltada la soberbia, gloriosa la piratería, ¡cómo se hubiera establecido en poco tiempo y sin grandes obstáculos, cómo se hubiera fijado en estas comarcas el puente por donde, no ya el *yankee* emprendedor, amigo del lucro, pero respetuoso del ajeno derecho y cristiano, sino la espuma del

mundo, los devotos de todos los países de la fortuna rápida hecha sin conciencia, hubieran inundado la América Española, sustituyendo nuestra raza, arrancando de cuajo nuestras instituciones y nuestras ideas, extinguiendo nuestra sangre, apagando los resplandores y ensordeciendo las armonías de nuestra lengua, borrándonos del mundo y de la historia y ¡oh desgracia sin nombre! afianzando, robusteciendo, haciendo invencible la ignominiosa esclavitud de las razas más ignorantes y más débiles; haciendo imposibles las hazañas de un Sherman y de un Grant, que miro yo, y que miráis sin duda vosotros, como hazañas de Arcángeles de luz contra el Príncipe de las tinieblas; haciendo imposible que la pluma de un Lincoln rompiera en un minuto la cadena de cinco millones de esclavos; haciendo imposible que se hundiera para siempre en el mar el monstruo más horrible de cuantos han visitado sus abismos, el barco del negrero, ocultando con el eclipse de titánica sombra ese foco de luz, ese sol de la vida moral, que las instituciones de la República Norteamericana difunden en torrentes de esplendor sereno y en calor de energía y de libertad por todas las regiones de la tierra.

No voy, por supuesto, à hacer, ni siquiera en resumen, la historia de aquellos acontecimientos: eso no cabe en los límites de una conferencia; trato sólo de recordarlos en rápida síntesis; trato sólo de que resalte la tesis histórica que se desprende del suceso: la afirmación heroica de la independencia y de la personalidad de todo Centro América, y de una manera bien característica de Costa Rica. Los hechos, por otra parte, no son tan antiguos que sea tarea interesante irlos à buscar para vosotros entre la niebla del pasado. ¿Quién no recuerda aquí, por haberlo leído ú oído, muchas veces, el conjunto de aquellas luchas entre *legitimistas* y *demócratas* en Nicaragua; cómo los segundos llamaron Wálker y à su

gente; cómo en poco tiempo, á pesar de algunas resistencias denodadas, se adueñó de aquella República, y cómo cuando se llamaba Comandante de sus fuerzas, consintiendo á su lado la sombra y el nombre de un gobierno del país, del que su propia voluntad era el criterio y el único resorte, envió comisionados á los EE. UU. del Norte y á Costa Rica, y notas semi amenazantes y semi amistosas á las demás repúblicas del Centro, procurando entablar relaciones y que se aceptara el crimen consumado y se tomara en serio el aparato de gobierno nacional republicano que sostenía él con las bayonetas de su tropa. Pero al llegar á ese punto en la corriente del recuerdo, la justicia exige que nos detengamos un instante; porque, por mucho que se haya sospechado que el gobierno norteamericano de aquel tiempo miraba con grande simpatía la tarea y el éxito del audaz aventurero, precisa reconocer que sus procedimientos oficiales fueron de una corrección escrupulosa, y que trató alguna vez con singular desembarazo y máximo desprecio al iluso Agente del flamante pretense gobierno de Nicaragua, quien invocaba, por cierto, el Derecho de gentes, por esa conducta, en su sacrosanta persona conculcado, cuando no era más que un correveidile de los que estaban conculcando todo el derecho humano; y por qué, por mucho anhelo que me mueva de respetar hasta lo sumo las más inquietas susceptibilidades, precisa reconocer é importa recordar que los gobiernos de Guatemala, Salvador y Honduras, que en los primeros días de la invasión tuvieron algunos sobresaltos, manifestando disposiciones á terciar en la contienda, y terciando alguno de ellos en efecto, procedían guiados por consideraciones á personas y á partidos políticos, estando en los momentos de que hablo sumidos en cabal indiferencia; mientras que Costa Rica, representada esos días de un modo inolvidable por el insigne don Juan Rafael Mora, y

obrando con él en entusiasta acuerdo, despidió sin dejarlo hablar, y sin permitirle que pasara del puerto del Pacífico, al comisionado del usurpador y levantándose á una altura que bien medida se encuentra prodigiosa, sin mirar á hombres ni mirar á partidos, y aun teniendo que ver el peligro más grande en realidad de lo que era, lanzó su guante de pelea, ella, la pacífica por excelencia, á la hueste que por invencible entonces se tenía, para defender,—tal fué el lenguaje del Presidente de la República y del Congreso Soberano,—para defender á la República de Nicaragua y para arrancar del sagrado suelo de Centro América la invasión extranjera.

Tan pronto como el comisionado de Wálker fué despedido de Puntarenas, Costa Rica se preparó para la guerra. Preparados estaban los filibusteros para hacerla: ese era su oficio; de la guerra, y para la guerra vivían; matar hombres para ganar dinero;—esa era su profesión, ese su ideal. Pero éste era un pueblo de labriegos, de gente á la que le gustaba trabajar, descuajar la selva, romper el terrón, sembrar la vida para recoger la cosecha con el pecho sereno; mas la tarea que á medio concluir sorprendió el llamamiento de la patria, allí, sin concluir, se quedó interrumpida; era pueblo sin grandes riquezas y con gobierno que no le metía la mano en el bolsillo, sino que, si necesitaba su dinero, se lo pedía con la mano extendida en nombre de la patria; pero dinero no faltó para la batalla. Tan pronto, repito, como el comisionado de Wálker fué despedido de Puntarenas, Costa Rica se preparó para la guerra. Tan pronto como supo Wálker el desaire, declaró la guerra y la hizo declarar al sedicente gobierno de Nicaragua que tenía bajo la mano, y en seguida que la declaró, ya venía de camino la tropa encargada de castigar y de conquistar á Costa Rica: de prisa vinieron los conquistadores, pero no estaban sino en Santa Rosa, inmediata á la fron-

tera, cuando les dió el alto el ejército de Costa Rica. En Santa Rosa estaban, hacienda que era una fortaleza, así lo declara Wálker en sus memorias, "donde todo nos favorecía, agrega, donde no se concibe que fuéramos derrotados, sino con derrota ignominiosa, con humillación de que en los anales de la América no hay ejemplo alguno;" pero, así y todo, allí fueron derrotados. Pudo, debió acaso, el general de Costa Rica no empeñar en Santa Rosa la acción; pudo, debió acaso, vigilar al enemigo, estudiar sus movimientos, sorprenderlo en su marcha, en posición formidable, en emboscada bien dispuesta, matándolo sobre seguro, casi sin peligro, sin que escapara uno solo de la hábil asechanza: eso aconsejaba acaso la estrategia: la cólera impetuosa, el valor irreprimible de los costarricenses no anduvo en esos cálculos ni en esas estratagemas; allí, sobre las trincheras casi inexpugnables que formaban los corrales de la hacienda, y en que estaban las fuerzas invasoras guarnecidas; allí, á campo raso, en que estaban esparcidos, en su habitual guerrilla, los riferos casi infalibles en el tiro; alemanes, norteamericanos, franceses, cazadores de hombres; allí, como río que sale de su cauce, como huracán que se desata, cayeron los costarricenses bisonños sobre los conquistadores aguerridos; el Coronel Lorenzo Salazar atacó por el frente, el Capitán José María Gutiérrez por el fondo; por bravura rayana en arrebató, murieron pronto el Capitán José M^a Quirós y el Teniente Rojas; pero crónica ¿quién la puede hacer ni para qué se necesita? "Fué el de nuestra tropa un terror sin medida, un pánico horrible." dice Wálker; "nuestro jefe"—de propósito no lo mencionó, la historia puede hacerle la merced de su olvido—"nuestro jefe, dice un oficial importante de los invasores, quedó pálido como la muerte al ver cómo avanzaban los costarricenses, pálido co-

mo la muerte, con las piernas temblorosas, con la voz anudada á la garganta."

De las cinco compañías venidas para invadir á Costa Rica, dos sólo resistieron el primer empuje, con el auxilio de los rifleros esparcidos en guerrilla que las acompañaban. "Parecía, dice el importante oficial á que antes me referí,—y que es testigo más que imparcial en este caso,—parecía el costarricense, no ejército de estas tierras, sino hueste europea, y era de ver la serenidad prodigiosa con que realizaba sus movimientos y cargaba sus armas en medio del humo y de los peligros del combate." Catorce minutos contó en su reloj don José Joaquín Mora desde la primera descarga hasta la victoria cabal. Relativamente á la situación militar de que se trata, bien puede decirse: la duración de un relámpago y el efecto de un rayo, no sin estrago, por desgracia, en las filas de los que defendían su libertad y su derecho. Esa memoria, sin embargo, no puede ser luctuosa. El de la muerte y el de las torturas del heroísmo no es un recuerdo triste. Llénase de gozo y de luz el alma de los buenos con estas desgracias que dan testimonio de que la patria tiene suelo de granito y la libertad quien se ponga delante de ella en el peligro y el derecho quien le dé su carne. Echan á volar los pueblos sus campanas, y grita el clarín regocijado, y se estremece el parche y el cañón retumba con rugido sonoro cuando la patria se acuerda de estos muertos bien amados y de estos inválidos gloriosos. No, no puede ser gemido de amargura, sino hosanna entusiasta, el que provoque la evocación de esos héroes caídos. Manchado de propia y ajena sangre, negro por el humo, sucio por la pólvora, es cómo está de gala el estandarte de la patria, si, como en la hacienda de Santa Rosa, se amenaza de yugo su libertad y de mancilla su honra. Con esa bandera, ya podía el ejército decir, sin

jactancia, que estaba cumpliendo el encargo del Congreso: defender á Nicaragua y echar del suelo de Centro América la invasión extranjera; allí por Salazar y por Gutiérrez, por Rojas y Quirós, por Joaquín Ortiz y Clodomiro Escalante, por Carlos, Miguel y Jesús Alvarado, por Santiago Millet y Joaquín Fernández, por Velarde y Marín, por Felipe Ibarra y Macedonio Esquivel; allí por los muertos y los sobrevivientes, por los muertos sobre todo,—quedó consagrada esa bandera como lábaro de la defensa nacional, como oriflama de honor y de patriotismo, como símbolo del país, como emblema de vuestra nobleza hereditaria: el pedazo de trapo que pinta el pensamiento con sus colores, por el cual desaparecen las divisiones, cuando está en peligro,—formando un lazo que á todos los reúne,—para el que se vive con entusiasmo y por el que se muere con orgullo, que hace surgir donde quiera que flamée la patria entera con todos sus recuerdos sacrosantos, que visto después de larga ausencia arranca sonrisas á la desgracia y llena los ojos de lágrimas en la felicidad, que es resumen de lo que hay de más caro en la familia, de más puro en el amor y de más elevado en la vida: la santa, la querida, la reverenciada, la inolvidable bandera de la patria.

Y no fué este de Santa Rosa el único laurel guerrero por Costa Rica en aquella campaña conseguido. El 20 de marzo de 1856 se verificó la batalla de Santa Rosa, y el 11 de abril de ese año trató de sorprender el mismo Wálker á la fuerza costarricense que al mando del ilustre prócer, padre de la patria, del esclarecido don Juan Rafael Mora, Jefe de la República, se encontraba en la ciudad de Rivas, ya bien adentro de Nicaragua. No diré yo que, tanto por inexperiencia militar, como por arrojo bélico fuera del límite de la discreción, no se perdiera en aquel encuentro mucha sangre

preciosa: bastaría para no decirlo acordarse de aquel héroe á la antigua, de aquel vuestro General José M. Quirós que, invitado por sus compañeros á inclinarse un tanto para resguardarse del peligro,—*Los Generales no se agachan*, contestaba con altivez. Diré sólo que la victoria, en malas condiciones disputada y á bien alto precio obtenida, fué al cabo del ejército de Costa Rica. Lo niegan los contrarios; pero la regla, fácil de aplicar, para resolver estas disputas, que no suelen ser raras, entre dos ejércitos que se suponen al mismo tiempo victoriosos, es la de reconocer el triunfo al que permanezca, concluída la lid, en la posesión del campo de batalla. Por sorpresa, dijeron alguna vez los invasores que habían sido derrotados en Santa Rosa; la que ellos realizaron en la ciudad de Rivas, por los costarricenses ocupada, no tuvo el mismo resultado. No hubo allí pánico, ni señales de flaqueza: peleóse por ambas partes con valor temerario; la constancia de los de Costa Rica obtuvo el lauro de la pugna, y maltrecho, desengañado y abatido, hubo de volver á Granada, de donde había salido para Rivas el jefe de los invasores. Si ello cupiera en la rapidez de mi relato, más de un hecho insigne, más de un rasgo glorioso, lo esmaltaría ahora, á propósito de Rivas: allí murió el General Quirós; allí lució el General Cañas; allí Salazar, Argüello, Juan Alfaro, Santiago Millet y otros valientes; pero aun guardando silencio, por ahora, sobre la hazaña famosa en que todos tenéis de seguro, al oírme hablar de Rivas, detenido y á la vez palpitando el pensamiento, no puedo menos de recordar con reverencia á un soldado de Costa Rica, que sorprendido de centinela al comenzar la acción, y separado por las vicisitudes de la batalla del grupo de los suyos, permaneció en su puesto hasta que, por la tarde, interrumpido el combate, vinieron á relevarlo en debida forma: no hay ejército del mun-

que no hubiera de estar orgulloso de contar en sus filas un soldado semejante. En Sarapiquí, con lustre para el General Alfaro y el Coronel Orozco; en el Sardinal, que fué gloria de Cañas; en San Jorge, en que se cubrió de laureles por su gallardía el Teniente Coronel don Tomás Guardia, que con el tiempo había de gobernar esta República; en el combate naval del buque llamado *Onco de abril* con el *Granada* de los filibusteros; en otros choques de diversa importancia, y sobre todo en la confluencia del Sarapiquí y el San Juan, antes de apoderarse de los vapores que por el río de este nombre comunicaban á Granada con el Atlántico, proporcionando al enemigo recursos de valor inestimable, demostraron los soldados de Costa Rica heroísmo y virtudes militares que tocan en lo inverosímil; en esta última oportunidad principalmente, en que en balsas frágiles y en botes baladíes, cuando no marchando entre el agua y entre el lodo, atravesaron el San Juan con armas y bagajes, con penalidades, privaciones y peligros sin número, hasta derrotar al enemigo en *La Trinidad*, después que en *El Castillo*, apoderándose, al fin, de los vapores en el mar. La expedición á que aludo tiene carácter de leyenda; es de lo más hermoso que encierra la campaña, y el General Blanco, á cuyo cargo estuvo, así como los bravos que lo secundaron, ganaron derecho á las inspiraciones del poeta. Por cierto que, más tarde, atacadas en *El Castillo* las fuerzas de Costa Rica de él apoderadas, resistieron con prodigios de valor, distinguiéndose, asimismo, el extranjero Cauty, con servicios extraordinarios de bravura y destreza. Oportuno es decir en este momento que las demás Repúblicas de Centro América enviaron, saliendo del marasmo, fuerzas que coadyuvaron á la lucha contra los invasores, que habían acabado por enseñorearse sin disimulo del

país, desconociendo Wálker la sombra de gobierno nacional con que había contemporizado al principio, obteniendo una mentida elección que lo puso con apariencia de legalidad al frente del Estado, y logrando más de una vez, por otra parte, que de los EE. UU. del Norte vinieran nuevos aventureros en su auxilio. Tanto los que servían al partido político de Nicaragua en cuyo daño se había fraguado la invasión, como los valerosos soldados de Guatemala, Salvador y Honduras, pelearon con admirable empuje muchas veces, lo mismo en Rivas, que en Granada y en Masaya, y los nombres de *Diriomo* y *San Jacinto* son suficientes para su orgullo y su renombre. Los prohombres del bando político á que antes aludí, dieron más de una prenda de insuperable bizzarria, siendo imposible dejar en el olvido al eminente patriota y estadista don Pedro Joaquín Chamorro, que tanta grandeza había de mostrar más tarde en el servicio de su tierra; y algunos de los mismos políticos que apadrinaron, ciegos por el encono, la invasión extranjera, acabaron por prestar mano fuerte para combatirla, caída la venda ante la ambición desapoderada y cruel y ante los planes esclavistas de Wálker. Triste es acordarse de las discordias traídas por celos pueriles y otras pasiones de la misma índole entre los jefes de los ejércitos aliados de Nicaragua, Salvador, Guatemala y Honduras, y no deja de ser un gran consuelo que la gente de Costa Rica no anduviese en manera alguna mezclada en esas divisiones que tanto hubieron de debilitar á Centro América. Cúpole, por lo contrario, la honra señalada de que, habiéndose hecho evidente que entre aquellos jefes era imposible todo acuerdo, recayese para mandarlos la elección común en el General de esta República don José Joaquín Mora, que por esa suerte, cuando caído Wálker de sus ilusiones por la tenaz resistencia que se hizo general contra su mando, cediendo al desaliento

y á las discretas y generosas gestiones de un norteamericano imparcial y humano, el Capitán Davis, de gratísima memoria, se dispuso á abandonar su empeño; que por esa suerte, digo, el día 1.º de mayo de 1857 firmó como Jefe de los ejércitos aliados las paces ajustadas para que, saliendo de Centro América los filibusteros, se restableciese en toda ella el imperio de la independencia nacional.

Victoria inmensa, por más que no todos quieran verlo; vuelvo á esta idea, porque es la capital de mi discurso. No escasean los que la miran como insignificante, no falta quien como desventajosa la contemple. No es inaudito que el entusiasmo por ciertos progresos, la admiración merecida á que llevan ciertas aptitudes de otras razas, inspiren algo como la deserción cobarde de la propia, la renuncia de sus glorias, la desconsideración de sus grandezas, la apreciación parcialmente adversa de sus hazañas y de sus fatigas en la historia. Ni deja de haber quien tenga á menos todo movimiento de simpatía y de adhesión á lo que no se traduce en inmediatas ventajas materiales. Porque siento y pienso de muy diverso modo, estoy aquí abusando de vuestra indulgencia. Sí, yo pienso, por lo contrario, que la indiferencia y el excepticismo podrán ser de buen tono, pero son, al mismo tiempo, síntomas evidentes de una enfermedad moral desastrosa que consiste en que todo ideal se apague en la conciencia, todo entusiasmo noble se enfríe, todo impulso artístico se malogre, todo valor se abata, y seamos al cabo como piara de bestias y como rebaño de siervos, por añadidura. Yo no me asusto de que hubiera discordias y localismos en la guerra centroamericana y no suscribo por eso la tesis absoluta de la incapacidad política y social de Centro América, porque con la historia en la mano, estoy dispuesto á demostrar que esas son desdichas humanas que en las más grandes ocasiones y en las naciones

más ilustres han acaecido, y que no indican mal alguno irremediable, ni son motivos de desesperación definitiva. Yo no me siento impulsado á reirme de vuestra guerra, por pequeña, como no se siente impulsado ningún suizo á reirse de las pequeñas campañas que forman la historia de su independencia nacional. Yo no considero que la guerra de 1856 ha de tenerse por cosa baladí, gloriosa sólo, como algunos dicen, para el intrépido Wálker y para los aventureros que con él pelearon. Yo estoy, por lo contrario, impaciente de que se recojan los datos preciosos que aun existen, y que pueden perderse, y de que se escriba el libro que falta, *Costa Rica en la campaña contra el filibustero*, que será de grande enseñanza y de gloria indiscutible para el país. Yo estoy seguro de que muchos que desdeñan estos sucesos no hubieran sabido caer como el capitán Quirós en Santa Rosa, diciendo, con sus últimas palabras, á los que lo seguían: *Entren ustedes*; no hubieran peleado á pecho descubierto el 11 de abril atravesando las calles de Rivas en que la lluvia de las balas semejaba un tupido aguacero; no hubieran demostrado la impavidez sublime de aquellos héroes del combate naval con el *Granada*, marinos de guerra improvisados que combatían en el agua y con el enemigo en un barco devorado por el incendio; no hubieran ido sobre las balsas que se deshacían y los botes que se volcaban á apoderarse de los vapores en el Atlántico, después de derrotar á los que estaban en el camino de su empresa; yo no conozco en las grandes guerras y en los países famosos títulos de mejor derecho que los de vuestros héroes á la gratitud de los propios, al respeto de los extraños y á la inmortalidad de la historia. Yo no admito que haya en las anécdotas legendarias de un Guillermo Tell, que han dado tema á los poetas más nobles del mundo, mayores elementos de grandeza épica que otros que en vuestra campaña puede



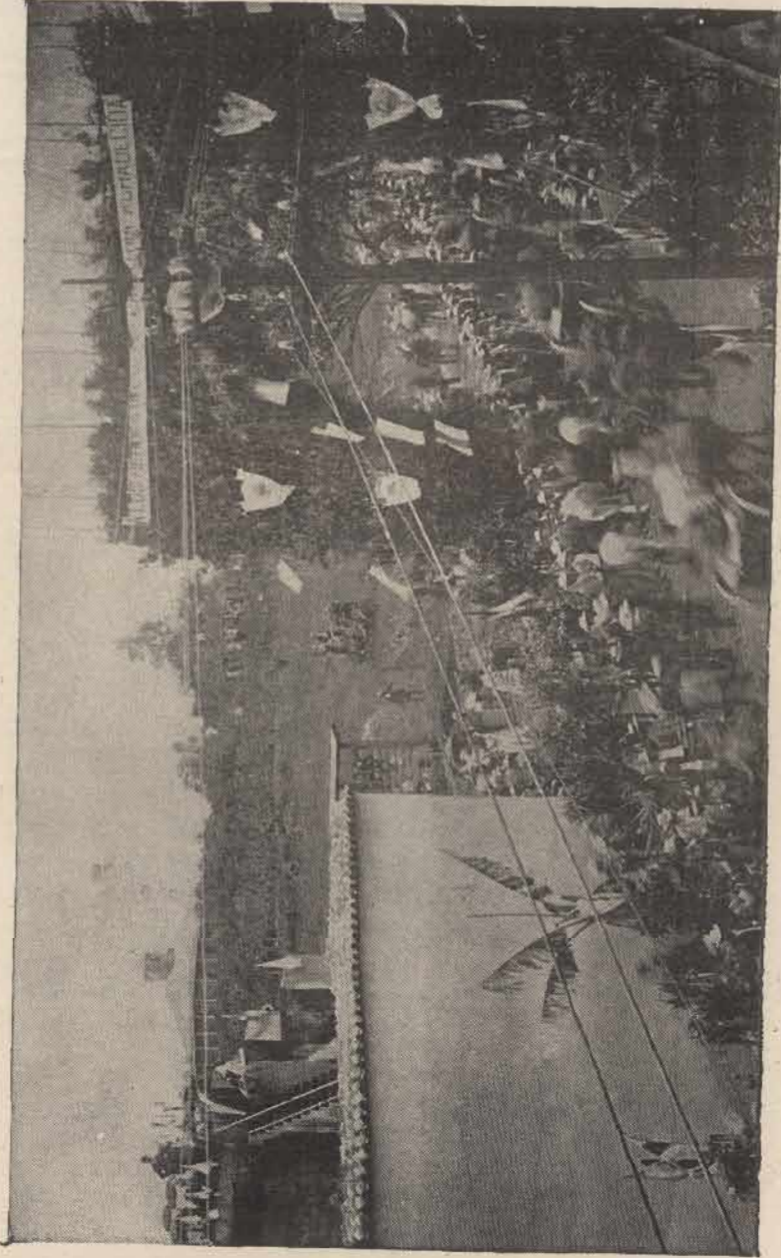
encontrar la Musa de la historia; yo no estoy dispuesto á ser cómplice del desdén injusto con que suelen mirarnos europeos y norteamericanos, explicable, con frecuencia, por su profunda ignorancia acerca de nuestra vida y nuestra historia. Lo que la experiencia proclama es que gente sin costumbre de pelear, sin noción práctica de la guerra, es fácilmente derrotada por los que están familiarizados con el fusil y con la pólvora; que en todas partes unos cuantos soldados ponen en fuga á una multitud por el simple efecto del uniforme y la disciplina, y que para los bisoños costarricenses, aquellos americanos rifleros con quienes iban á encontrarse debían asumir los caracteres de verdaderos dragones mitológicos; que hubiera sido natural y justificable que les inspiraran un terror invencible; lo que nos cuenta la tradición es que, con no pocos motivos para el error, aquí se creía al declarar la guerra que esta podía ser en el fondo contra un enemigo apoyado, en secreto por la inmensa fuerza de la federación norteamericana y que fué audacia casi sobrehumana alistarse en esas condiciones para la pelea; lo que nos cuenta la tradición es que no pelearon sólo los vuestros, como han solido hacerlo los héroes de las grandes resistencias populares defendiendo la casa y la familia, en la patria pequeña, sino que fuisteis á tierra extraña, para defender la patria grande; que el cólera cayó sobre vosotros sin apagar vuestro ardimiento; que en vuestra sencilla y compacta democracia, la guerra no fué pretexto de tiranías, ni manto de peculados ni origen de trastornos; lo que la conciencia dice es que hubiera equivocado á una castración ignominiosa para nuestra raza el dejar romper sus títulos de posesión en América, el dejarse explotar y suprimir á la manera de la raza primitiva; lo que la filosofía de la historia recuerda es que el triunfo de aquella piratería hubiera producido el desconcierto incurable del de-

recho de gentes en este continente espléndido, teatro entonces para lo futuro de la rapiña y el asalto. Pero he indicado ya,—é insisto ahora en ello,—consecuencia más grave para la derrota. Confieso que dudaba mucho, que tenía por mal averiguado antes del estudio hondo que ha inspirado esta conferencia, que fuera Wálker un agente de los esclavistas, pero aseguro asimismo que nadie que estudie el asunto puede abrigar la menor duda en la materia. Ahora bien, señores, ¿habrá tema más interesante para el historiador, motivo de mayor contemplación para el filósofo, de mayor inspiración para el poeta, que este de que os hablo? La esclavitud del negro, y más tarde, por la fuerza de gravedad de los sucesos, por la pendiente y el declive natural de los humanos extravíos, más tarde, probablemente, la esclavitud del chino y la esclavitud del indígena, extendiéndose como una úlcera colosal, como una gangrena pestilente, por estas tierras, las más bellas del planeta, el látigo de la servidumbre y el gemido de la víctima sonando más en nuestros bosques que sus árboles y sus aguas, la explotación de una riqueza infame, constituyendo aquí, con la esclavitud política que habría de ser su insuperable compañera, el régimen de la vida pública y privada, una barbarie nueva, con timbres y colores de civilización, espaciándose, como resurrecto imperio romano por estas democracias nacientes é inespertas, que tropiezan, que caen, pero que marchan de seguro á la conquista del derecho y á la realización de los más altos ideales, y por contragolpe, por el efecto de una avalancha irresistible de moral miseria, por *la podredumbre del aire, por el contagio inevitable, la federación norteamericana convertida en un gran bazar de esclavos y en una gran factoría de comercio; la cuna de Wáshington, la patria de Franklin, la tierra de Jefferson y Hámilton, la nación de Lincoln, por el triunfo del esclavismo, para quien*

quiera que sea lógico, por la victoria de los planes de Wálker inexcusable, corrompida hasta el hueso, entregada, sin defensa posible, al monstruo de la esclavocracia, que, sin que Wálker venciera, sin que sus planes se coronaran con el éxito, estuvo á punto de triunfar, resistió con gigantescas convulsiones el asalto del abolicionismo; que no fué vencido sin estremecimiento de terremoto, sin crugido semejante al que produciría la ruptura del territorio norteamericano en dos porciones distintas, mediante una catástrofe geológica, pero que merced á una serie de victorias de las que la que hoy conmemoramos es factor y antecedente, hundióse para siempre en el polvo; para que pudieran repetirse, á pleno pulmón y con la frente enhiesta, aquellas palabras, Patria y Libertad, que las espadas de Wáshington y Bolívar hicieron resonar con entusiasmo, de tierra en tierra, de un extremo á otro, en todo el continente americano.

Y si todo hombre de buena voluntad ha de tenerlos, vosotros tenéis motivos especiales para esta conmemoración solemne. No fué sólo vuestro el esfuerzo: en todo Centro América hay memorias santas y recuerdos gloriosos de la lucha. No estuvisteis solos, que grandes y generosas simpatías consolaron vuestros dolores y estimularon vuestro empuje,—y no me refiero á la tímida é interesada simpatía de Inglaterra: el Perú generoso, Colombia fraternal, manifestaron los nobles sentimientos que los animaban: el Cónsul de Chile don Eduardo Béeche dió prendas de su entusiasmo por vuestra causa; franceses y españoles os prestaron servicios de importancia; la colonia alemana observó conducta tan cortés y cariñosa que todavía está viva la gratitud que en los buenos costarricenses hubo de despertar la magnanimidad y el acuerdo con que pusieron aquellos huéspedes su persona y sus bienes á vuestra orden para la salvación de la República; pero si, ni estuvisteis solos ni fuis-

teis los únicos soldados de la patria centroamericana, tengo placer en declarar como hombre que no ha adulado una vez en su vida á un hombre ni á un pueblo, que fué singularmente bello vuestro papel en la campaña; que disteis las victorias más cumplidas y los héroes más altos al común esfuerzo; que vuestro Cañas es una figura seductora, que recuerda al Hoche de los franceses y al Sucre de los suramericanos; que vuestro José Joaquín Mora, si no famoso por grandes talentos militares, que no había tenido oportunidad de cultivar, lució condiciones distinguidísimas de inteligencia y de carácter, capaces de llevarlo con prestigio, y con prestigio conservarlo desde su nombramiento hasta los últimos días de la guerra, al frente de todo el ejército centroamericano; que vuestro Presidente de entonces, el ínclito don Juan Rafael Mora, se destaca en medio de la crisis como símbolo perfecto de aquella democracia purísima, como centinela desvelado de la Patria, guardador integérrimo de la confianza en él por vuestro pueblo depositada, como Magistrado modelo de los que llevan el timón con previsora prudencia si la mar está quieta, y con arrojo obstinado si los vientos hierven y se alborota el océano; que fué, ya lo dije, pero me complazco en repetirlo, símbolo cabal,—y no cabe elogio más envidiable y merecido,—de aquella Costa Rica sufrida, resuelta, heroica, generosa, que si ni en aquella época, ni ahora, gusta de arrebatos líricos para expresar la fraternidad centroamericana, dió en aquel momento extraordinario, como ha dado en otros muy recientes, testimonio bien elocuente de sentirla: un símbolo cuyos merecimientos claman por alguno de la gratitud pública en que se ostente su memoria; un símbolo, pero no el único: tuvo otro vuestro pueblo, otro símbolo de grandeza tal, que tanta reverencia inspira, que tan reservado parece para los mármoles y los metales de la fama, para la palabra de los grandes orado-



Yendo para la Inauguración

res, para los poetas que con pluma de cóndor trazan sus estrofas, que, lo confieso, mi voz desmaya al tener que recordarlo, y prescindiría yo, por respeto, de toda indicación á su persona, si fuera dable, sin sacrilegio incomprensible, hablar de la campaña del 56 sin mencionar al soldado de bronce, levantado ya en Alajuela, por la perpetuidad del cincel, sobre las aras de la religión cívica y del popular entusiasmo. Aquel hombre es, á mis ojos,—podrá ser que las simpatías los deslumbre,—la encarnación de vuestro pueblo. Antes que por hombre extraordinario, antes que por personaje rarísimo, de aquellos de quienes se apodera la leyenda, de los que el arte idealiza, de los que la mitología transforma, de los que la fantasía dilata,—me encanta por lo que tiene de ordinario, por lo que tiene de común, por lo que, por lo mismo, tiene de simbólico; no es hombre educado aparte, producto de la herencia, resultado de un linaje de batalladores, nacido sobre el escudo, criado entre la lanza y el mosquete, que, con la sangre del padre ó por el trato de camaradas de clase distinta á la suya, recibió los bríos; es fruto espontáneo de vuestra común familia, expresión de vuestro pueblo sencillo, robusto, animoso; es cuando más resumen y compendio de esta vuestra gente de brazo fuerte, de pecho bravo y de empuje tremendo; no es un accidente peregrino, es un tipo; no es un fenómeno anormal, es un dechado; pero aun cuando me equivocara en este juicio, haberlo producido es ya timbre bastante para que no volváis la vista con indiferencia, y para que no, por incuria, dejéis de volverla periódicamente hacia la época á que he dedicado este humildísimo esfuerzo oratorio en testimonio de mi cariño por vuestra tierra y de mi entusiasmo por las empresas generosas. Ante el valor, en efecto, que consiste sólo en destruir con pujanza magna al enemigo, la historia admira;

ante el que envuelve el sacrificio entero de sí mismo, la historia bendice y adora; eso es lo que coloca la espina del martirio sobre todas las lanzas victoriosas; desafiar la muerte para destruir con mano segura al opresor, al adversario de la justicia y de la patria, eso es bello; transformarse en la hostia del deber, en la víctima propiciatoria que la abnegación demanda, dar su carne y su sangre por su causa, eso es sublime; hay en la temeridad del que pelea con riesgo y sale triunfante del peligro, algo que mueve el pecho al entusiasmo y hace batir las palmas; hay en la obstinación del que entra en la sirte del peligro cierto de que no ha de salir de ella, pero con la esperanza de salvar á los otros, algo que hace doblar las rodillas y bajar la cabeza; una batalla ganada, un trofeo conseguido en medio de las balas, un cañón arrancado á la contraria hueste, una plaza conquistada ó recobrada ¡qué gloria! —el cádaver de un mártir envuelto entre los pliegues de su bandera ¡qué inmortalidad para la patria! Esos muertos radiosos siguen, en efecto, por su memoria, conduciendo, excitando, haciendo invencibles sus falanges; esas sombras son una protección; ese fantasma de vida perenne es un paladión. *El Mesón* era en Rivas una fortaleza, de donde, refugiado el enemigo, lanzaba con certera puntería el estrago sobre los soldados de Costa Rica; sin desalojarlo de allí es excusado pensar en la victoria; desalojarlo no es imposible; los materiales de que está hecha aquella fortaleza son fáciles de inflamar; reducido á cenizas *El Mesón*, el adversario queda sin la ventaja que lo hace inexpugnable.—¿Hay un soldado que vaya á quemar *El Mesón*? pregunta el Jefe; un hombre se adelanta; para cumplir esa comisión, es preciso que sea el blanco de todos los tiros, á corta distancia, sin salvación posible; para cumplir esa comisión, es preciso que muera; lo sabe muy bien; lo único que le inquieta, acaso, es morir antes de cumplirla; va por

entre las balas; antes de partir, dice á sus compañeros: *Acuerdense de mi madre*—fuera del de Jesús, no hay en la historia testamento más augusto; va por entre las balas; se acerca al *Mesón*, una bala atraviesa su brazo derecho; toma la tea con la mano del izquierdo; está junto al *Mesón*; lo matan, pero antes de morir, tiene tiempo de aplicar el incendio á la fortaleza. Es una historia muy corta: no hay adorno posible para ella: era impropio cerrar este discurso sin repetirla: es como una oración, como un amuleto, como una fórmula mágica para evocar el patriotismo. No era posible que terminara este discurso sin consagrar un recuerdo sencillo, grave, sin dibujo, sin color, sin arte, un recuerdo serio, solemne, como religioso, á Juan Santamaría, al soldado inmortal de Costa Rica.

HE DICHO

DOCUMENTOS ANEXOS

Nº 2

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA,

Siendo necesaria la inmediata deliberación de la Representación nacional en objetos de mucha gravedad que pesan hoy en la consideración del Poder Ejecutivo, de conformidad con la facultad 19ª, art. 77 de la Constitución,

DECRETO:

Art. 1º.—Se convoca extraordinariamente al Excelentísimo Congreso Constitucional para que, reunido en sesiones á las doce del día de mañana, se sirva ocuparse de los negocios con que se le dará cuenta.

Art. 2º.—El Ministro de lo Interior es encargado del cumplimiento de este decreto.

Dado en el Palacio Nacional, en San José, á los veinticinco días del mes de febrero de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

El Ministro de Estado en el despacho de Gobernación,
JOAQUÍN BERNARDO CALVO.

Nº 1

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA,

Por cuanto el Excelentísimo Congreso Nacional ha decretado lo siguiente:

El Excelentísimo Congreso Nacional de la República de Costa Rica,

Para satisfacer el interesante objeto de la convocatoria extraordinaria dictada por el Supremo Poder Ejecutivo de la República en 26 del corriente,

DECRETA:

Artículo único.—Se autoriza omnímodamente al Supremo Poder Ejecutivo: 1º, para que por sí, ó en unión de las fuerzas aliadas de los demás Gobiernos de Centro América, lleve sus armas á la República de Nicaragua para defender á sus habitantes de la ominosa opresión de los filibusteros, y arrojar á éstos del suelo de toda la América Central; 2º, para que, en consecuencia, dicte todas las providencias que estén á su alcance, con el objeto indicado.

Al Poder Ejecutivo

Dado en el Salón de Sesiones en San José, á los veintisiete días del mes de febrero de mil ochocientos cincuenta y seis.—Francisco María Oreamuno, Presidente.—Nazario Toledo, Secretario.—Manuel Joaquín Gutiérrez, Secretario.

Por tanto: *Ejecútese*.—Palacio Nacional, San José, febrero veintisiete de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

El Ministro de Estado en el despacho de Gobernación,
JOAQUÍN BERNARDO CALVO.

Nº I

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA,

CONSIDERANDO:

Que la integridad nacional amenazada reclama de todos los buenos costarricenses el acudir á la defensa de la patria;

Que cuando los hijos de San José, Cartago y Moracia se alistan gozosamente para tan noble objeto, sería injusto que sus dignos y valientes hermanos de Alajuela y Heredia no participaran del honor de lidiar por tan santa causa;

Y que es forzoso aumentar el ejército nacional para poder atender eficazmente á cuantas emergencias puedan presentarse en el interior y el exterior de la República,

DECRETO:

Artículo único.—El ejército nacional se eleva á 9,000 hombres de todas armas, y con este fin en cada una de las provincias de Alajuela y Heredia se organizará inmediata-

mente una división de mil soldados con sus correspondientes jefes y oficiales.

Dado en el Palacio Nacional, en San José, á los veintisiete días del mes de febrero de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

El Ministro de Estado en el despacho de Hacienda y Guerra,—MANUEL J. CARAZO.

EL PRESIDENTE

de la República de Costa Rica á todos sus habitantes

COMPATRIOTAS

A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos á Nicaragua á destruir esa falange impía que la ha reducido á la más oprobiosa esclavitud; marchemos á combatir por la libertad de nuestros hermanos.

Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente é intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas. Corramos á romper las de nuestros hermanos y á exterminar hasta el último de sus verdugos.

No vamos á lidiar por un pedazo de tierra, no por adquirir efímeros poderes, no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. No. Vamos á luchar por redimir á nuestros hermanos todos de la más inicua tiranía, vamos á ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración, vamos á decirles:—*Hermanos de Nicaragua, levantaos; aniquilad á vuestros opresores. Aquí venimos á pelear á vuestro lado, por vuestra libertad, por vuestra patria! Unión, nicaragüenses, unión! Inmolad para siempre vuestros enconos. No más partidos, no más discordias fratricidas!*

Paz, justicia y libertad para todos! Guerra sólo á los filibusteros!

A la lid, pues, costarricenses. Yo marchó al frente del ejército nacional. Yo que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanas é hijas os animan. Sus patrióticas virtudes os harán invencibles. Al pelear por la salvación de nuestros hermanos, combatiremos también por ellas, por su honor, por su existencia, por su patria idolatrada y la independencia hispanoamericana.

Todos los leales hijos de Guatemala, San Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa; el triunfo seguro. Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la gran familia centroamericana.

JUAN R. MORA

San José, 1º de marzo de 1856.

Nº 3

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA,

CONSIDERANDO:

Que según todos los antecedentes, comunicaciones y noticias que existen en el Despacho del Gobierno, está próximamente amenazada la independencia de esta República y la de las otras de Centro América, por la horda de filibusteros que se ha apoderado ya de los pueblos de Nicaragua; y

Que es de la más apremiante necesidad no sólo defender los derechos patrios aquí, sino arrojar de Nicaragua al enemigo común, y cooperar con los Gobiernos aliados á sostener la independencia absoluta de la América Central y la integridad de su territorio; en uso de las facultades omnímodas de que estoy investido, declaro y

DECRETO:

Art. 1º.—La República de Costa Rica no reconoce misión alguna legítima en el que actualmente se llama Gobier-

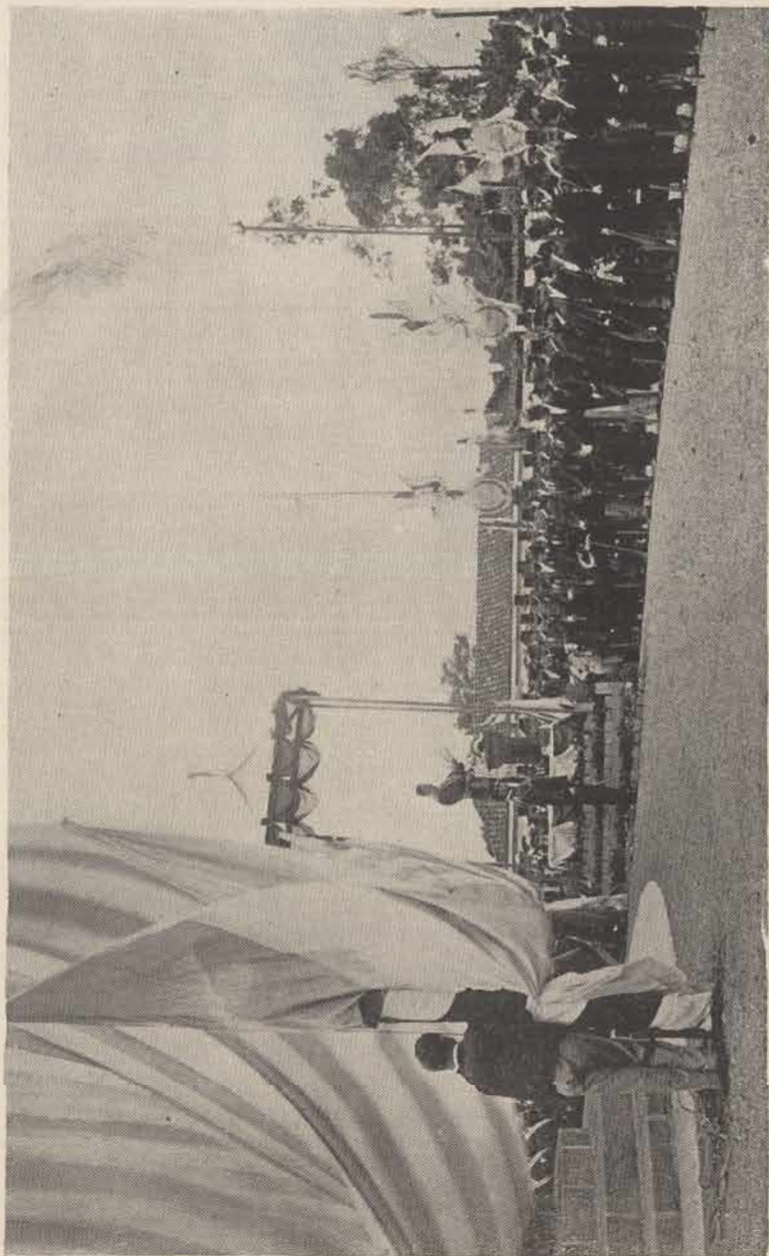
no provisorio de Nicaragua, creado allí por los aventureros que le dominan, y antes bien tomará las armas para defender á los nacionales de aquella República, hermana y vecina de ésta, de la ominosa opresión y servidumbre en que los tienen nuestros enemigos, hasta arrojar á éstos del suelo nicaragüense y del de toda la América Central.

Art. 2—Con tan importante fin se pondrá inmediatamente en acción el ejército de la República, y tanto los costarricenses como los centroamericanos que residen en ella, están obligados á tomar las armas en las presentes circunstancias y á dar todos los auxilios que se necesiten hasta restablecer la nacionalidad de Nicaragua y afianzar la independencia de la América Central.

Art. 3—Toda persona que directa ó indirectamente auxiliare al enemigo con víveres, caballos, armas ó cualquiera otro elemento, ó se pusiese en comunicación con él, dándole noticias, circulando especies falsas ó que de cualquiera otra manera perjudiquen la acción del Ejército ó de alguna de sus Divisiones, ó negare á las autoridades alguno de los recursos que necesite el Gobierno para la campaña, incurrirá en las penas que las leyes imponen á semejantes delitos y por el mismo hecho quedará sujeto al rigor de las ordenanzas militares.

Art. 4—Todas las autoridades de las provincias, cantones y distritos tienen obligación estrecha de proveer de los recursos que necesite el Gobierno para sostener el ejército en la campaña que se prepara, y los pueblos deben proporcionar sin demora las provisiones que se les pidan, cualesquiera que sean.

Art. 5—Por lo demás, continuarán en el ejercicio libre de sus funciones con arreglo á las leyes, tanto las autorida-



Lectura del discurso oficial

des Supremas de la República, como los Tribunales, Corporaciones y empleados superiores y subalternos.

Dado en el Palacio Nacional, en San José, á los veintiocho días del mes de febrero de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

El Ministro de Relaciones y Gobernación, —JOAQUÍN BERNARDO CALVO.

El Ministro de Hacienda y Guerra, —MANUEL J. CARAZO.

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA,

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO,

A LOS PUEBLOS DE NICARAGUA

NICARAGÜENSES

Desde el seno de nuestras pacíficas montañas he oído vuestros congojosos lamentos.

Mutuos errores y una guerra fratricida os han entregado al fiero albedrío de una horda de forajidos, que, llamados incautamente como amigos auxiliares de unos, se han convertido en déspotas de todos.

Hoy yacéis aún aterrorizados bajo el yugo acerado de un ejército compuesto de las heces corrompidas que arrojan de sí todas las sociedades. ¿Qué sois vosotros en vuestro propio país? ¿Qué es el esclavizado nicaragüense que llaman por befa Presidente? ¿Cuál es vuestra suerte hoy y la más fátal que con tan cruentos amos os espera? Vosotros lo sabéis más que yo; vosotros que la sufrís y deploráis con lágrimas de sangre!

Habéis llamado á vuestros hermanos. Vuestros hermanos todos rodean vuestras fronteras y avanzan para libertaros de esa falange traidora. Combatimos por vuestra salva-

ción. Después del triunfo, paz, unión, justicia y libertad para vosotros y para todos.

Harto conocéis á los pacíficos costarricenses. También los han conocido en Santa Rosa los cobardes filibusteros. Siempre neutrales en vuestras discordias, hemos acogido con igual hospitalidad á todos los nicaragüenses. Para nosotros no existen ni existirán jamás distinciones ni partidos. Sea lo mismo para vosotros. Que una sola bandera, una causa y un grito de concordia y progreso nos reuna á todos como católicos, como hijos de una misma patria, como verdaderos hermanos!

Cese ya tanta postración, tanta iniquidad y servidumbre. ¿Toleráis por un instante más tanta esclavitud, oprobio y tiranía? ¿No lidiaréis todos unidos, siempre unidos, por conquistar la libertad que os han robado? Sí, valerosos nicaragüenses. Uníos, alzaos y combatid con aquel ardiente coraje que habéis mostrado en tantas nefandas luchas. Arrojemus unidos á esa pestífera canalla: no quede uno solo de esos asesinos sobre la tierra privilegiada que os concedió la Providencia; y de entre esos montones de cadáveres y ruinas que han acumulado tantos desvaríos y maldades, levantemos juntos una Patria más unida, más fuerte, más venturosa y más grande.

¡Paz y libertad á Nicaragua y Costa Rica, independientes y unidas como hermanas! ¡Gloria á las fuerzas aliadas libertadoras de la América Central!

JUAN RAFAEL MORA

Sapoá, 29 de marzo de 1856,

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Cuartel General.—Rivas, 21 de abril de 1856.

H. SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA

El Teniente Coronel Barillier es una excelente adquisición para el ejército costarricense. Se hace apreciar cada día por conocimientos y cualidades militares que nos son de la mayor utilidad. Llegó oportunamente la víspera de la jornada del 11 de abril, y tuvo la ocasión de desplegar en ese día una inteligencia y actividad que contribuyeron eficazmente á la seguridad de nuestras tropas. Gracias á sus buenas indicaciones y á su cooperación personal, Rivas se halla hoy en condiciones de defensa que nos permiten aguardar sin temor al enemigo y escarmentarle para siempre, si puede aún alzar cabeza después de la lección del 11.

En consecuencia, no puedo prescindir de manifestar á V. mi satisfacción por el acierto de que dió prueba el Gobierno al aceptar los servicios de un Oficial que ha justificado

plenamente sus honrosos precedentes y se ha grangeado la estimación de los Jefes del Ejército.

Dios guarde á V.,

JUAN R. MORA

INFORME

pedido á un Oficial del Ejército por S. E. el General
en Jefe de las tropas costarricenses

SEÑOR PRESIDENTE

Tengo el honor de dirigir á V. E. el informe que me ha pedido sobre el combate del 11 de abril y sus consecuencias. Al atacar á nuestro Ejército, de improviso y con fuerzas iguales, el llamado General Wálker se había colocado en condiciones tanto más favorables cuanto que sus soldados conocían perfectamente el campo de batalla elegido por su caudillo, y que aun se les hacía fácil la defensiva en caso de un revés. El ímpetu con que se verificó el ataque, prueba que el mismo Jefe de los filibusteros entró en la ciudad á la cabeza de éstos. En un instante los cuatro lados de la plaza y uno de nuestros cañones cayeron en poder del enemigo: pudo creerse un momento que iba á dar el asalto á nuestro Cuartel General, pero presintió sin duda lo arduo de la empresa, y se encerró en el terreno que había ganado. Tan buen éxito, debido á tanta osadía, podía sembrar el espanto en nuestras filas; pero la actitud firme y resuelta, tanto de V. E. como del General D. J. J. Mora, inspiró á los oficiales y

soldados una confianza de buen agüero para el éxito de la lucha. Se presentaron al enemigo como si hubiesen ignorado su momentánea ventaja, y en la hora en que este enemigo victorioso tocaba las puertas de nuestras casas, nadie pensó en proponer medios de retirada. La resistencia, cuya inspiración se debía á la presencia de ánimo del General en Jefe del Ejército, hizo vacilar al General Wálker. A los primeros tiros el batallón de Santa Rosa volvió á toda prisa del reconocimiento que estaba haciendo en un punto opuesto al del ataque, y se llevó sobre el flanco derecho del enemigo, mientras el General Cañas, eficazmente secundado por otros Jefes, atacó el flanco izquierdo con aquella resolución que afianza la victoria. Hubo de ese lado sangrientos combates y luchas cuerpo á cuerpo, no muy comunes en la historia de las guerras. Principiado el combate á las ocho, el enemigo quedaba aún á las nueve en actitud de tomar la ofensiva en toda la línea; pero á las doce se sabía en el Cuartel General que había sido arrojado de varias casas. A eso de las cuatro el Comandante Alfaro llegó de la Virgen con su batallón y atacó resueltamente al enemigo, distinguiéndose del modo más brillante el Capitán Caracas. A las cinco el fuego disminuyó. Cada uno debió contar sus pérdidas y preparar los elementos de una nueva lucha. Esta especie de tregua táctica duró hasta muy adelante de la noche. Al anochecer nos ocupamos en levantar algunas trincheras con el objeto de poner al abrigo de una sorpresa al Cuartel General de V. E.

El enemigo inquietó poco á nuestros trabajadores, pero es probable que nuestras disposiciones defensivas no le hicieron augurar nada bueno para el día siguiente. Apurados por el incendio de las casas que ocupaban, algunos filibusteros atravesaron la plaza á eso de las dos de la mañana: una descarga general de aquellos soldados nuestros cuyo fuego

alcanzaba ese lado de la plaza, acogió este primer movimiento de retirada, y hubo de dar al enemigo un golpe mortal, porque una hora después se resignaba á una retirada definitiva. No omitiré decir á V. E. que inmediatamente después del toque de diana, los gritos de *victoria y mueran los filibusteros* proferidos por nuestras tropas, contribuyeron á sembrar el terror entre los contrarios. No obstante, no fué sino al despuntar el día, cuando nuestros soldados, con una carga á la bayoneta, deshicieron á los últimos filibusteros y empezaron á recoger sus trofeos. Dos tambores, más de trescientas armas de fuego y algunas armas blancas se encontraron en el mismo teatro del combate; pero lo que indicó más que todo el desorden de la retirada del enemigo fué el abandono de quince ó veinte heridos que cayeron en nuestro poder. Los informes conseguidos después de la victoria tienden á probar que el ejército del llamado General Wálker ha sufrido entre muertos y heridos pérdidas superiores á las nuestras.

Este es, señor Presidente, un resultado que importa conste después de los inmensos sacrificios que nos fué preciso hacer para arrancar al enemigo una victoria en la que pudo creer durante una hora. Así es que, tanto en razón de las primeras ventajas de los filibusteros como de las dificultades vencidas, el combate del 11 de abril hace el mayor honor á las tropas de V. E., siendo uno de aquellos que aseguran el porvenir de una campaña. Es evidente que nuestra victoria nos abría las puertas de Granada, al mismo tiempo que difunde hasta hoy el terror entre nuestros enemigos ya muy distantes; pero creo que fué muy prudente no perseguir á éstos. No fué sino muy tarde y poco á poco que pudieron obtenerse datos precisos acerca de la situación. Tanto la hu-

manidad, como las reglas de la guerra, nos obligaban á permanecer en la Plaza de Rivas. Al alejarnos de una ciudad que contenía nuestros heridos y cuya posición estratégica es tan importante, ¿no era indispensable dejar en ella fuerzas imponentes? ¿Y no sería imprudente dividir nuestro Ejército en presencia de un enemigo reducido á la desesperación y que dispone de medios de trasportes tan rápidos y eficaces? Siento, señor Presidente, no haber podido dar aquí más lugar á los héroes de tan sangrienta lucha; la abnegación del General Quirós, del Comandante Corral y del Capitán Alvarado; la decisión del Comandante Alfaro, la intrepidez de los Capitanes Caracas, Zenón Mayorga y Joaquín Fernández, y, en general, el valor á toda prueba de la oficialidad casi entera, son para el ejército costarricense recuerdos imperecederos de gloria; y ¡cuánto celo y acierto en los inteligentes cuidados prodigados á nuestros numerosos heridos por el señor Cirujano en Jefe Doctor Carlos Hoffman! Tal es, señor Presidente, el aspecto bajo el cual se me han presentado los últimos sucesos de esta guerra. V. E. advertirá que he procurado dar á mi informe tal carácter de veracidad que el mismo enemigo no puede contradecirle. No es un Boletín de Ejército sino un bosquejo histórico. Con la seguridad de que he llenado un deber y cumplido con las intenciones de V. E., os suplico, señor Presidente, aceptar la expresión del profundo respeto con que tengo el honor de ser de V. E. muy humilde y obsecuente servidor,

PEDRO BARILLIER

SITUACION DEL EJERCITO

Recién llegados de Rivas, nos es grato poder dar una idea exacta del estado del Ejército y calmar, en parte, la ansiedad general.

A nuestra salida el 21 gozaba de salubridad. El número de enfermos era mínimo y aunque personas asustadizas se complacen en ver en cada enfermedad un síntoma epidémico, podemos asegurar con toda verdad que sólo enfermedades muy comunes aquejaban á quince ó veinte soldados, no obstante el inconsiderado abuso que hacen devorando las exquisitas y abundantes frutas de Nicaragua.

El 23 por la tarde visitamos el hospital de heridos. Imposible parece que en tan corto tiempo hayan mejorado tanto de sus graves heridas y contusiones; muchos están levantados y se pasean aun por la calle, y puede afirmarse que, á no ser un caso extraordinario, no queda uno solo de peligro. Sus semblantes han recobrado el color y sus labios la sonrisa. Allí como en medio del fuego han mostrado su valor, su resignación; ni una queja, ni un grito de desesperación. Ocasión es esta de que tributemos un merecidísimo homenaje á la consagración, á la actividad, á la abnegación y genio del señor Doctor don Carlos Hoffman. Su habilidad y esmero

han salvado muchas vidas y la patria debe estarle agradecida.

Reina en las filas, como es de suponerse y tan natural, el vivo deseo de volver á la patria querida, al pacífico hogar doméstico donde residen en angustiosa duda tantos seres amados; pero en todos, desde el digno Jefe de la República hasta el último soldado, se posponen aquellos sentimientos y anhelos á la firme decisión de salvar á Centro América de la falange filibustera y mantener ileso el honor nacional, laureado ya con las gloriosas acciones de Santa Rosa y Rivas.

La posición del Ejército en esta última ciudad no puede ser más favorable. La sorpresa de que fueron víctimas tantos valientes el 11 de abril, y de que sólo una abnegación sin límites, un valor heroico y la visible protección de Dios, nos salvó, dando un terrible escarmiento á los filibusteros, nos ha hecho cautos y vigilantes. Por todas las inmediaciones recorren los campos nuestras escoltas y vijías. Las calles, las plazas, los cuarteles y casas de Rivas están convertidos en inespugnables fortificaciones, sobre las cuales velan nuestros oficiales y soldados, y podemos estar persuadidos de que si, no obstante las mil contrariedades que tuvimos el 11, nuestros valientes triunfaron de la ventajosísima posición de un enemigo igual ó mayor en número, hoy podemos rechazar y vencer un ejército diez veces mayor.

Además, los habitantes de aquel Departamento que, desalentados, exánimes por tan prolongadas y sangrientas guerras civiles, permánecían aterrorizados por la fiera de los filibusteros, han cobrado brío con el triunfo de nuestras tropas; muchos se unen á ellas, el movimiento va generalizándose, con aquellas dificultades naturales en un pueblo tan despedazado; pero que sin duda contribuirá eficazmente al triunfo de nuestra santa causa,

Sábase semioficialmente que el leal Coronel Martínez se hallaba con 600 soldados matagalpas en Tipitapa, á ocho leguas de Granada. El departamento de Chontales se había pronunciado resueltamente contra los filibusteros y por todas partes cunde ya una animación que augura un levantamiento más serio y decisivo.

Anunciábase que la vanguardia salvadoreña había salido de San Miguel, marchando á su cabeza el señor Guzmán, según unos, el señor Belloso, según otros.

También se aseguraba que los Generales López y Xatruch estaban próximos á la frontera de Nicaragua con fuerzas hondureñas.

Wálker se hallaba en Granada con unos seiscientos filibusteros extranjeros, y algunos soldados nicaragüenses. Aun era dueño de los dos vaporcitos que existen en el lago, dándole una ventajosísima superioridad en las comunicaciones. No es imposible que ésta se convierta en desventaja. Nuestros Jefes trabajan en silencio y se aguardan prósperos resultados. D. Patricio Rivas y sus Ministros estaban en León.

El 24 no habían aún llegado nuestros refuerzos, enviados por mar á San Juan del Sur. El 28 por la mañana encontramos la última división en Puntarenas, embarcándose en el *Tres Amigos*. Marcha alegre, entusiasmada á reforzar el ejército nacional.

Réstanos hacer algunas ligeras observaciones.

Ha llegado á esta capital la noticia de que 750 filibusteros, muy bien armados, habían subido el San Juan para engrosar el ejército de Wálker. ¿Puede creerse como fidedigna? Las personas que la comunican son muy dignas de crédito, pero ¿cómo podríamos explicarnos esto? ¿Será creíble que las autoridades de la Unión hayan podido ser burladas de tal modo? ¿Podríamos creer que un número tan cre-

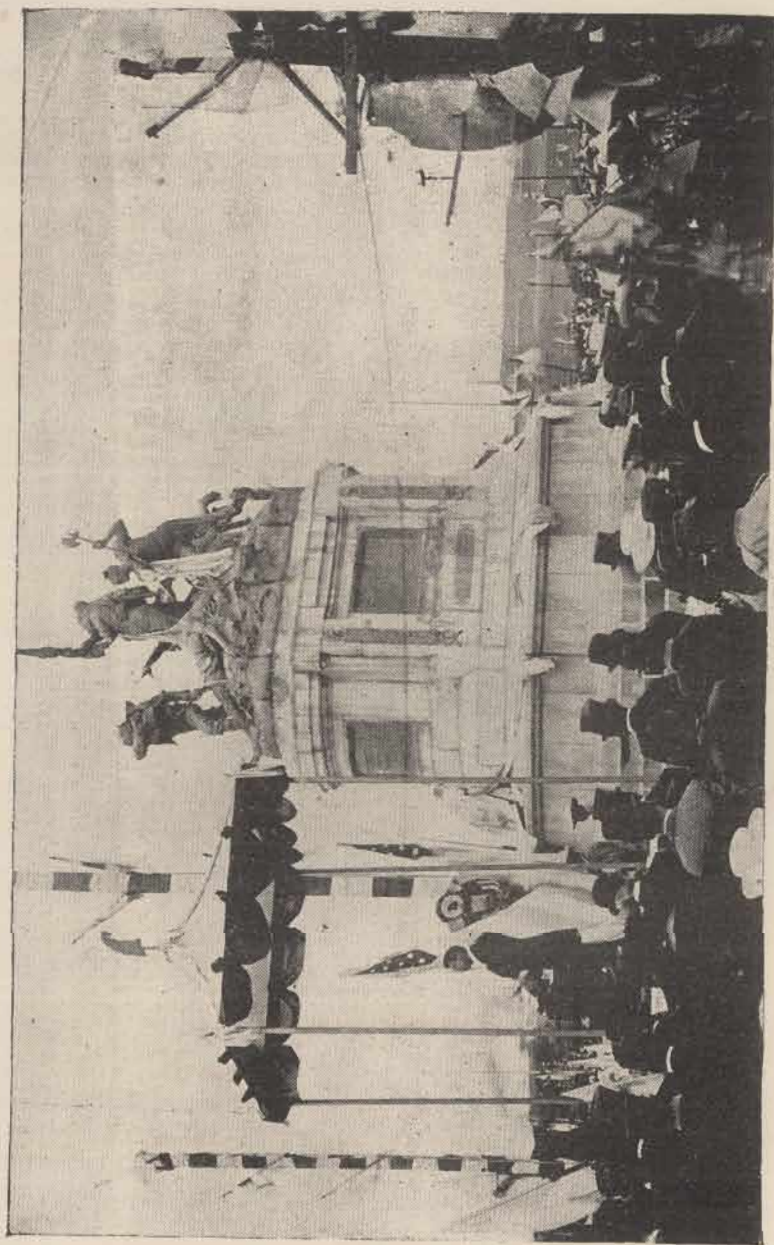
cido, como el que se dice, además de ese, haya sido reunido, organizado militarmente, embarcado en los vapores á la vista de todos, y que el Gobierno de la Unión lo haya permitido ó ignorado? No sabemos que respondernos. Pero ese refuerzo que parece tan numeroso, pronto será disminuído. Ese refuerzo que aumentará instantáneamente el ejército que acaudilla Wálker, aumentará también el número de sus enemigos y acabará de decidir á moverse y operar con energía á los que, por una inconcebible causa ó desconocimiento de la situación, no han secundado á tiempo el brillante arranque y las victorias de nuestro Ejército.

Esta lucha no es sólo nacional, es una guerra de hombres honrados contra bandidos, vagos y ladrones: limitada hoy al territorio nicaragüense, ella tiene relación con todo el continente hispanoamericano, pues en el demente orgullo de los filibusteros sueñan con conquistar á Cuba, á México y á Panamá, después de posesionarse de Centro América. Aunque tan quiméricos proyectos tengan más de ridículos que de temibles, ¿á qué gobierno hispanoamericano puede ocultarse que si se deja establecer á esa audaz falange en Nicaragua, si se le permite cobrar brío y poder á ese ejército de bandidos, será un peligro y una amenaza perpetua para muchos pueblos hispanoamericanos? ¿Ignoramos que el espíritu de anexión y conquista ha cundido en una inmensa mayoría no ya sólo del pueblo angloamericano, sino de los millares de inmigrantes hambrientos y pervertidos que se refugian en los Estados Unidos? ¿Ignoramos que la vigilancia de sus gobernantes es insuficiente para contener ese desborde inicuo, que condenan unánimemente los buenos hijos de Wáshington, pero que crece y se derrama por todas partes?

No, no hay ya nadie que se haga ilusiones. Los pueblos centroamericanos exterminarán esa horda salvaje; de esa

guerra nacerá tal vez su unión, tan necesaria, tan natural, tan justa,—y nosotros esperamos que esa guerra de tan reducidas dimensiones, puede muy pronto contribuir á realizar una confederación, una alianza salvadora, entre todos los hijos de la América Española.

(Del *Boletín Oficial* n^o 188 de 30 de abril de 1856)



Discurso del Delegado de Guatemala

EL COLERA EN RIVAS

Las desgracias ocurridas después que S. E. el General Presidente dispuso el regreso del ejército á la frontera y el interior, han comprobado, por desdicha, de cuán imperiosa necesidad ha sido el suspender la campaña y emprender con presteza la retirada.

El valiente Coronel don Juan Alfaro Ruiz, los Oficiales don Zenón Mayorga, don Julián Rojas, don Anastasio Calderón y otros dignos defensores de la Patria, á quienes había respetado el alevoso plomo filibustero, no obstante haberse hallado en lo más recio y sangriento del combate, han sido víctimas de la cruel epidemia.

Forzoso ha sido apresurar, aun más de lo que se había pensado, esa contramarcha en que, si nuestro ejército mantiene ileso su buen nombre, si no se amenguan los honores de sus triunfos repetidos, pierde la feliz y ya próxima ocasión de dar el último golpe á los advenedizos dominadores de Nicaragua.

(Del *Boletín Oficial* n.º 190 de 7 de mayo de 1856.)

A ULTIMA HORA

Correo del Ejército

San José, 7 de mayo de 1856

Son las doce y acabamos de recibir noticias del Ejército. El 4 había llegado á Bagaces y marchaba apresuradamente hacia el interior.

Tenemos que deplorar dolorosísimas pérdidas. Entre otras la del hábil político y escritor que con tanta consagración se había dedicado incesantemente á trabajar en pro de su patria adoptiva, así aquí como en el extranjero; del que apenas restablecido de una grave enfermedad contraída en su rápido viaje desde París hasta Liberia, corrió á Rivas por participar de los peligros de nuestros compatriotas y ser útil en todo á la República. El señor don Adolfo Marie, Subsecretario de Relaciones Exteriores, murió el 4, á las diez de la mañana, en la ciudad de Liberia.

El Ejército llegará muy pronto al interior en su mayoría, dejando bien guardada la frontera y establecido un rígu-

roso cordón sanitario. Todo el que intente atravesar la línea, de ida ó vuelta, será fusilado.

Nuestros valientes que han logrado salvarse de la fatal epidemia vuelven. Su retirada de Nicaragua se ha hecho en orden perfecto. El General don José María Cañas ha coronado de esta vez sus prolongados, sus utilísimos servicios á la República. No ha permitido salir de aquel contagiadísimo territorio hasta que remitió embarcados ó por tierra todos los heridos, hasta que vió desfilar el último soldado y en marcha todos nuestros pertrechos de guerra, guardando él la retaguardia.

Los que nos enorgullecemos con la amistad del señor General Cañas, los que conocemos sus preciosos servicios, los que le hemos visto en esta penosa campaña, atendiendo á todo con infatigable perseverancia y el 11 de abril en medio del fuego con la sonrisa en los labios guiando y animando á nuestros valientes, no cesaremos de alabar sus méritos y tenerlo en la más alta estimación.

El muy digno Jefe del Ejército, Presidente de la República, no ha querido separarse de sus soldados y permaneció el 4 por la noche en Bagaces. Sólo las repetidísimas instancias del mismo General Cañas, la justa confianza que en éste tiene y las súplicas de muchas personas, le obligaron á separarse de Liberia el 4 por la mañana. Nuestro Presidente, los dignos jefes y el Ejército entero han pasado los más crueles días de prueba desde el momento en que se desarrolló el cólera en Rivas. Todos merecen la gratitud nacional.

(Del *Boletín Oficial* n.º 190 de 7 de mayo de 1856)

ALOCUCION

del Ilustrísimo señor Obispo
á las tropas del ejército expedicionario

Compelido del deber, esfuerzo hoy entre vosotros mi débil voz para insinuaros la estrecha obligación que, como cristianos y ciudadanos, habéis contraído de defender los derechos de vuestra patria, que amenazada hoy más que nunca por hombres llenos de ambición y codicia, intentan despojarnos de los mayores bienes que disfrutamos, hollar nuestra religión santa, arrebatarnos lo que con tantos sudores habéis adquirido, derrocar al Gobierno benéfico que con tanto tino os dirige, y sujetaros á una porción de foragidos que sin patria intentan apropiarse la ajena y esclavizarla.

Al indicar estas desgracias que juntamente debemos temer, no es el odio quien me anima, ni una presunción gratuita, es la realidad de los hechos la que me obliga. Aunque Wálker y sus corifeos se jacten de que el deseo del bien los ha traído á Centro América, los hechos le contradicen. ¿No sabemos las persecuciones y las muertes que injustamente han inferido? ¿Ignoramos que la mayor parte de los propietarios de Granada, á fuer de contribuciones exorbitantes, están reducidos á la indigencia? Pero lo que es más, vosotros sabéis como una verdad de fe católica que el vínculo del ma-

trimonio es tan sagrado que no hay poder que pueda disolverlo, y, sin embargo, han tenido la insolencia de apropiarse la mujer ajena, entregándosela á un adúltero y prohibiendo severamente al legítimo esposo hasta el pasar por su propia casa.

No permita el Dios de las misericordias que caigamos en manos de tales enemigos. Contamos con la justicia de nuestra causa, con la protección del cielo y con vuestras valientes tropas que antes quieran morir con gloria y honor que ver conculcada la religión santa, profanados los templos y sumergida su patria en un abismo de males. Todo anuncia vuestro triunfo: su número es muy poco, y debéis contar con que vuestros hermanos los nicaragüenses harán con vosotros causa común para sacudir las cadenas que los oprimen.

Jefes militares, sed vosotros los primeros en dar ejemplo de vuestra obediencia al Supremo Gobierno, que exige el sacrificio de las comodidades que dejáis en vuestras casas, y enseñad al soldado con vuestro ejemplo á arrostrar los peligros, poniendo vuestra confianza en el Dios de las batallas que deshará á vuestra vista sus enemigos y los vuestros. Mas tened presente, que así como cumplís con un deber destruyendo al enemigo en la lucha, vencido ya, es vuestro hermano y le debéis todos los oficios de la caridad y clemencia.

Soldados todos, os he elegido seis sacerdotes del Altísimo que os acompañen, y para que si os toca en suerte morir en el combate puedan dirigir vuestras almas á la mansión de la dicha por medio de los sacramentos. Os exhorto á que antes procuréis disponeros al combate por medio del sacramento de la penitencia para que, libres del pecado, tengáis por defensor á aquel Señor á cuyo poder nada resiste. Id, pues, llenos de confianza en que vuestro triunfo será seguro;

mientras tanto los que quedamos acompañando á vuestras familias dirigimos nuestras súplicas por vuestro buen éxito al Dios de las misericordias.

(Del *Boletín Oficial* nº 177 de 8 de marzo de 1856)

LA ACCION DEL SARDINAL

Fué trasmitida oficialmente á todas las Provincias la plausible noticia del triunfo de nuestras armas, al mando del General don Florentino Alfaro, en el puerto del Estero del Sardinal de Sarapiquí, y habiéndose recibido casi á un tiempo la de que el ejército expedicionario había ocupado los puertos de San Juan y la Virgen de Nicaragua, las capitales de provincia, por un impulso simultáneo de placer y de júbilo, han celebrado el 13 último, en el día y en la noche, tan marcados sucesos, victoriando constantemente la fuerza de Sarapiquí y la que se halla ya en posesión de la ciudad de Rivas. Todo consta de comunicaciones oficiales recibidas en el Ministerio de Gobernación.

Si los costarricenses han manifestado júbilo y entusiasmo por los triunfos obtenidos en Santa Rosa, San Juan y la Virgen, como también por la honrosa ocupación de Rivas, no han hecho menos ovaciones á los héroes del Sardinal. ¿Y cómo había de olvidarse que lanzaron á pique una piragua enemiga con más de veinticinco filibusteros? ¿Cómo no había de tenerse presente que sus armas hicieron que otra embar-



AL EXCMO. PRESIDENTE

DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA SEÑOR DON JUAN R. MORA

Los abajo firmados, alemanes, se aprovechan de la ocasión para manifestar á V. E. sus simpatías y deseos de cooperar por Costa Rica en la guerra actual contra los filibusteros. Si V. E. nos halla útiles en alguna cosa, disponga V. E. con franqueza y confianza de sus atentos servidores,

Guillermo Nanne.—Dr. Francisco Ellendorff.—Juan Braun, M. D.—C. W. Luthmer.—Rohrmoser Martin Flutsch. Carlos Bulow.—Fischer.—Carl Pauly.—Carlos Johanning.—Alberto Johanning.—Eduardo Johanning.—Gustavo Froelich.—J. H. Gólcher.—H. Ellerbrock.—Carlos S. Sohwaterl. Eduardo Gellert.—Valenthin Lempke.—G. Schuller.—H. Luttechannig.—Julian Carniol.—Julian Carniol juar.—Loper.—Dr. Carlos Hoffmann.—Otto Von Schröter.—Philippe Daum. Agustine Pieper.—Carlos C. Pape.—H. Screwe.—Francisco Kurtze.—J. M. Backer.—Enrique Reichet.—Fernando Hermann.—F. Mathes.—Juan Jochs.

San José, 1º de marzo de 1856.

cación quedase sola en poder de Hipp, quien manejándola por sí huyó para salvarse?

No es menos digno de eterna memoria el gran número de muertos y heridos de los filibusteros, que los mismos agresores tuvieron necesidad de arrojar al agua para ponerse á cubierto del valor y bravura de la fuerza de Alajuela, que los despedazaba con bizarría.

Los vencedores del Sardinal han evitado que el Ejército triunfante en Nicaragua tenga una disminución, regresando una parte á cubrir los puntos del territorio que pudieran estar débiles; han llenado de confianza á S. E. el General Presidente y han aumentado el honor de su nombre y de su Patria.

(Del *Boletín Oficial* nº 184 de 17 de abril de 1856)

EL NICARAGUENSE

Pocos días ha que el periódico oficial de Nicaragua colmaba de injurias á Costa Rica y su Gobierno. No ha mucho tiempo que los partidarios de Wálker presentaban á nuestros soldados como hombres débiles y miserables y hoy, sin embargo, el pabellón de Costa Rica flamea en los lugares que Wálker juzgó más inexpugnables. Esto nos hace recordar lo que el *Moniteur* de París dijo cuando el Gran Napoleón salió de la isla de Elba. Entonces, bajo la influencia borbónica, aquel periódico dió la noticia del modo siguiente.— Primer aviso.—“Marzo 1815. El monstruo ha osado salir de la Isla de Elba. 2º—El dragón corso ha desembarcado en San Juan. 3º—El tigre ha llegado á Gasp: las tropas avanzan por todas partes á contener su marcha. Acabará su miserable aventura como un salteador de caminos; no puede humanamente escaparse. 4º—El monstruo ha podido llegar á Grenoble; no sabemos á qué traición atribuirlo. 5º—El tirano está hoy en Lyon; miedo y terror infunde por donde pasa. 6º—El usurpador se ha atrevido á acercarse á sesenta horas de París. 7º—Bonaparte avanza á marchas forzadas; pero es imposible que llegue á París. 8º—Mañana llegará

Napoleón á París. 9º—El Emperador Napoleón está en Fontainebleau. 10—Ayer por la tarde S. M. el Emperador hizo su entrada pública en París y llegó á las Tullerías, en medio del entusiasmo universal.”

(Del *Boletín Oficial* nº 184 de 17 de abril de 1856)

CONTESTACION

Señores don Guillermo Nanne y don Horacio Lutchanning y sus connacionales

Acepto la noble oferta que VV. me hacen. En el momento oportuno la aprovecharé en favor de la causa nacional. Doy á VV. y á ellos las gracias en mi nombre y en el de mi Patria.

Dios guarde á VV.,

JUAN RAFAEL MORA

San José, 21 de abril de 1856

EXCMO. SEÑOR

Al congratularme con V. E. por el triunfo que han obtenido las armas de Costa Rica bajo la dirección del digno Presidente de la República, tomo también parte con todo mi corazón en el justo pesar que sienten los ciudadanos costarricenses por la pérdida de los nobles defensores de la Patria que han muerto gloriosamente en el combate.

Desco contribuir en lo poco que puedo al alivio de las familias que se hallen más necesitadas á consecuencia de la pérdida de sus deudos, y con este objeto mi Secretario entregará junto con esta carta quinientos pesos para que sean distribuídos del modo que á V. E. le parezca, esperando el favor de que sea aceptada esa pequeñísima, pero muy ingenua demostración de mi simpatía por las familias desgraciadas de las heroicas víctimas.

En un pequeño recinto de Centro América están ocurriendo en este momento hechos grandes y gloriosos que merecen la admiración de las naciones poderosas. El pueblo de Costa Rica, modesto, laborioso, honrado é inofensivo con los que no le hacen mal, se levanta de repente como un coloso, vence y aterra á las orgullosas legiones de hombres feroces que lo amenazan y da la mano al pueblo vecino para que recobre su libertad. ¡Ojalá que este ejemplo de sublime pa-

triotismo sea apreciado y proclamado como merece en toda la América Española! ¡Ojalá que los gobernantes imiten en iguales circunstancias al virtuoso Presidente de Costa Rica, temible como Wáshington en la guerra, magnánimo como Wáshington en la paz!

Soy de V. E. con respeto y aprecio muy atento y obsecuente servidor,

P. A. HERRÁN

*Excmo. señor don Manuel Carazo, Ministro
de Guerra de la República de Costa Rica*

CONTESTACION

REPÚBLICA DE COSTA RICA. MINIS-
TERIO DE HACIENDA Y GUERRA

Palacio Nacional. San José, 22 de abril de 1856

EXCMO. SEÑOR

He tenido la honra de recibir la muy apreciable carta oficial de V. E., del día de ayer, por la que congratulándose conmigo por el triunfo que han adquirido las armas de Costa Rica sobre el enemigo de la libertad é independencia de

Centro América, manifiesta la sinceridad con que toma parte en el justo sentimiento de los costarricenses por la pérdida de los valientes que sacrificaron su existencia en defensa de su Patria y del honor nacional.

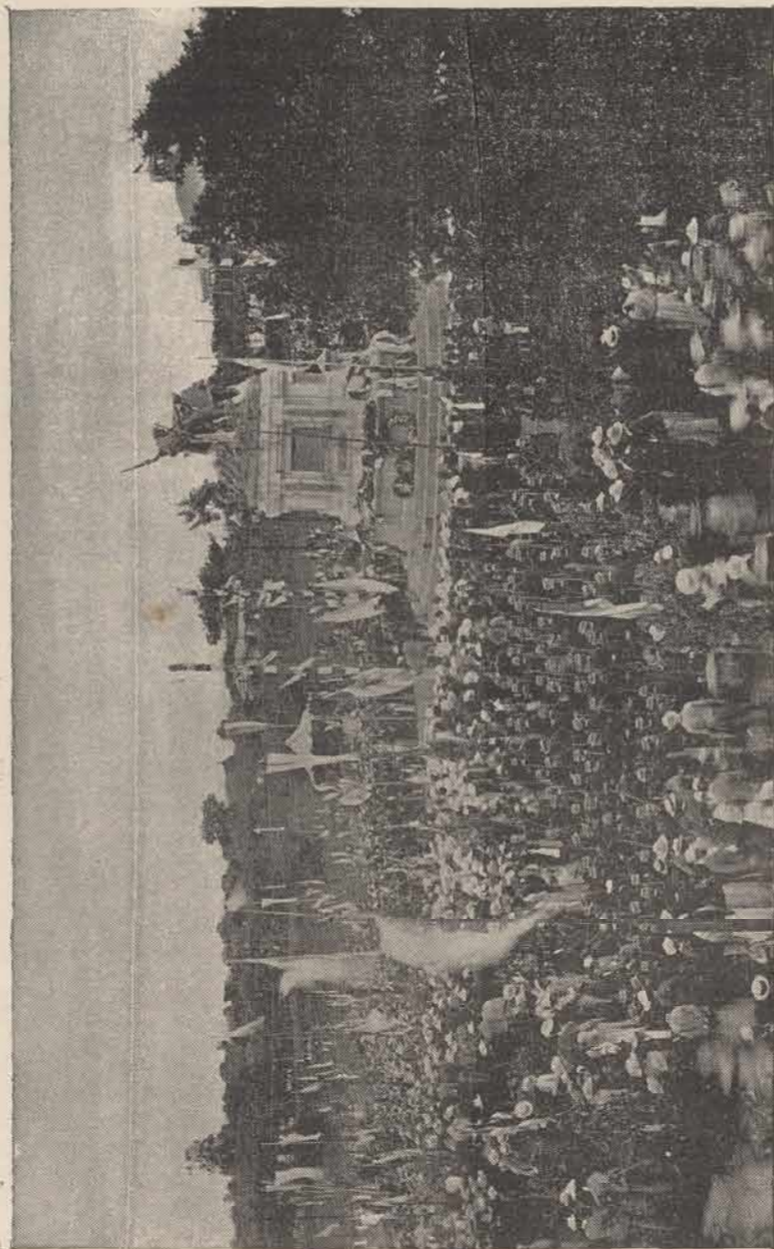
Séame permitido dar á V. E. las más expresivas gracias en nombre del Gobierno y de la República por su adhesión á la causa santa que sostenemos y por las bien marcadas pruebas que V. E. se sirve dar de simpatías y de amor á este venturoso país; y al aceptar con la mayor complacencia el generoso obsequio con que V. E. quiere favorecer á las familias más necesitadas que han perdido sus deudos en la campaña, me hago el deber de consagrar á V. E. un voto afectuoso del más profundo reconocimiento, asegurando asimismo que la piadosa voluntad de V. E. será puntual y escrupulosamente cumplida.

Permítaseme también significar que no será indiferente á la Nación el concepto que V. E. forma del digno Presidente que la rige, quien, arrojando toda clase de peligros, se halla á la cabeza del Ejército expedicionario, vencedor y triunfante en todas partes.

Acepte V. E. las seguridades de la distinguida consideración y alto aprecio con que me firmo su atento obsecuente servidor,

MANUEL J. CARAZO

Excmo. señor General don Pedro A. Herrán, Ministro Plenipotenciario de la República de la Nueva Granada en la de Costa Rica



En el acto de la condecoración

SEÑORA DOÑA BEATRIZ FLÓREZ DE QUIRÓS

Rivas, 17 de abril de 1856

SEÑORA

El General Quirós ha encontrado en la jornada del 11 una gloriosa muerte, cumpliendo con una orden que le mandé ejecutar. Al asociarme á la justa pena que le haya causado á V. tan sensible pérdida, deseo le sirva de consuelo la circunstancia de haber su esposo terminado noblemente su carrera entre las filas de un Ejército que cumple con la heroica misión de libertar á Centro América de sus invasores. Tan honroso título de honor para los hijos del General, constituye para la Patria una deuda sagrada que sabrá satisfacer.

Ruego á V. acepte las seguridades de la respetuosa consideración con que tengo el honor de ser de V., señora, muy atento y obsecuente servidor,

Q. B. S. P.,

JUAN R. MORA

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Cuartel General.—Rivas, 15 de abril de 1856

H. SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA

He dado parte ya de la gloriosa jornada del 11, y lo repito ahora detallado, aunque sucinto, pues nunca acabaría de recopilar justamente los heroicos hechos de mi valiente tropa. A las siete de la mañana, y á consecuencia de las astutas maniobras del jefe filibustero W. Wálker, mandé una columna de 400 hombres al mando del Mayor don Clodomiro Escalante, con dirección al pueblecito de Potosí, por cuyo lado nos llamaba la atención el enemigo. Un cuarto de hora habría pasado apenas después de la salida de dicha columna, cuando Wálker, escondido sin duda de antemano en las cercanías de esta ciudad, abierta y rodeada por todos lados de espesos platanares y cacaotales, la invadió como un torrente por el lado opuesto al del camino que había tomado la columna del Mayor Escalante, apoderándose de la plaza y llegando muy cerca de las casas del Cuartel General y depósito de pólvora, situado al frente de él, y ambos á dos cuadras de distancia de la plaza. El primer momento fué terrible. Nues-

tra gente y posiciones fueron de improviso flanqueadas, ceñidas casi de un círculo de fuego y de balas. Todos empuñamos las armas y acudimos á la defensa. El Coronel don Lorenzo Salazar apoyó este cuartel con un puñado de gente que tenía y rechazó al enemigo, dando tiempo á que la columna que había salido de la ciudad entrara de nuevo y fuera ocupando puestos ventajosos, hasta llegar casi á cambiar la defensa en ataque, obligando á los enemigos á ampararse á las casas. Un cañoncito avanzado hacia la plaza y defendido por cuatro artilleros solamente, nos había sido tomado por los filibusteros en su primera carga y por un inconsiderado empeño de honor en recobrarlo, perdimos alguna gente. Tres veces salieron nuestros soldados de la esquina en que está situado este cuartel (casa de don José María Hurtado), corriendo hacia el cañón, colocado á dos cuadras de distancia y tres veces sufrieron la descarga de metralla y el mortífero fuego del enemigo situado en la plaza, mesones del cabildo y de guerra (en el cual estaba Wálker con lo mejor de su gente) en la Iglesia, su campanario y la casa de la señora Abarca, llamada por los nuestros *del Dr. Colle*. A las once del día ocupaban los filibusteros la plaza como queda dicho, y todas las avenidas del lado de la iglesia. Desde la cuadra atrás del mesón de guerra, la ciudad era nuestra hacia el Noreste; teníamos libres los caminos de la Virgen y San Juan. La situación había mejorado, pero faltaba aún vencer. Órdenes terminantes partieron de este cuartel simultáneamente. Mi deseo era reunir á determinados mandos la gente que peleaba aislada. Primero organizar, después estrechar al enemigo, desalojarle, echarle fuera de Rivas. Un piquete de dragones fué estacionado en la puerta del cuartel con el sólo objeto de pasar las órdenes escritas y se intimó á todos los Jefes que me pasaran partes momentáneos de la situación. Hice que el

parque almacenado en la casa del frente se trasportara aquí, y pasé aviso á todos los Jefes para que acudieran á municionarse abundantemente. A las nueve de la mañana había pedido un refuerzo de cien hombres á la Virgen. En seguida mandé correos para que las guarniciones de dicho punto y de San Juan se concentraran á Rivas. Desde este momento el cambio progresivo en nuestro favor se mostró decisivo. Los nuestros habían incendiado un ángulo del mesón de guerra y el fuego iba flanqueando ó encerrando ya á los enemigos. A media tarde llegaron los Comandantes don Juan Alfaro Ruiz y don Daniel Escalante con la gente de la Virgen; esta tropa ocupó una parte del mesón á la derecha de la Iglesia y continuó estrechando al enemigo, hasta apoderarse en la noche de la casa del Dr. Colle, última de este costado de la plaza. A media noche llegó el Coronel don Salvador Mora, con la gente de San Juan del Sur. Aunque los filibusteros estaban ya encerrados, esta fuerza completó la seguridad de nuestras posiciones. Los fuegos habían cesado casi, sólo se oían las descargas que de tiempo en tiempo hacía nuestra gente á las partidas de enemigos que huían y los alegres vivas de aquélla á la República y á sus Jefes.

Don Juan Alfaro Ruiz estrechaba la Iglesia y se preparaba á asaltarla al rayar el día, cuando nuestros soldados invadieron por todas partes la plaza y no hallando ya más enemigos que los encerrados en el templo, entraron y acabaron á bayonetazos con ellos. Inmediatamente mandé piquetes por todas direcciones para perseguir á los fugitivos. Grande ha sido este triunfo, realzado por la bien meditada sorpresa del filibustero; y sin embargo, tanta gloria se ha mezclado con doloroso llanto y triste luto. Hemos perdido á los valientes militares General don José Manuel Quirós, Mayor don Juan Francisco Corral, Capitanes don Carlos Alvarado y don Mi-

guel Granados, Tenientes don Florencio Quirós, don Pedro Dengo y don Juan Ureña, Subtenientes don Pablo Valverde y don Ramón Portugués y el Sargento graduado de Subteniente don Jerónimo Jiménez. Murió también el valiente Capitán don Vicente Valverde. Contábamos 260 heridos, entre ellos varios Jefes notables. Mi primer cuidado fué preparar el hospital, hacer enterrar los muertos y organizar nuevamente el Ejército. La derrota de Wálker es mayor de lo que pensé. Hemos cogido un gran número de fusiles, espadas, pistolas, más de 50 bestias ensilladas y muchos otros objetos que han presentado nuestras gentes; no se sabe cuántos más habrán ocultado los habitantes de las cercanías de la ciudad. A cada momento llegan prisioneros, sanos y heridos. Hasta el día se han fusilado 17. En resumen, nuestra pérdida, contando los heridos que puedan morir, no pasará de ciento diez hombres incluso los Jefes. La del enemigo no baja de doscientos con los fusilados. Como en Moracia, cuando la acción de Santa Rosa, sus heridos vagan por los campos y muchos morirán por falta de descanso y cuidados. Entre la multitud de partes y noticias que he tenido, lo más seguro es que Wálker entró antenoche en Granada con trescientos hombres, entre los cuales veinticinco ó treinta iban heridos. Se han distinguido en esta jornada todos los oficiales y soldados del Ejército, especialmente el General don José María Cañas, Coroneles don Lorenzo Salazar y don Manuel Argüello, Teniente Coronel don Juan Alfaro Ruiz, los Capitanes don Santiago Millet y don Román Rivas. Según el examen minucioso de las diversas relaciones que se me han hecho, la fuerza con que Wálker atacó fué de mil doscientos á mil trescientos hombres, en ocasión en que yo, debilitado por la dispersión de gente para las guarniciones de la Virgen, San Juan del Sur y varios destacamentos, contaba con igual ó quizá menor nú-

mero de soldados. Hubiera perseguido al enemigo sin darle descanso; pero todos habíamos pasado treinta horas sin tomar alimento y catorce de mortandad y fatigas. Era mi primer deber atender á los heridos y ahora me preparo á seguir esta campaña lisongeándome con la esperanza de poder decir á V. muy pronto que el filibusterismo no existe.

Dios guarde á V.,

JUAN R. MORA

San José, 24 de mayo de 1856

En medio de las tribulaciones en que nos ha sumido la mortífera epidemia del cólera, las entusiastas felicitaciones de nuestros hermanos de Guatemala, San Salvador y Honduras vienen á recordarnos las simpatías conquistadas por nuestros valientes en los combates de Santa Rosa y Rivas; lo honroso de la campaña con tan feliz suceso comenzada, lo cruel, lo deplorabilísimo de la fatalidad que nos ha obligado á retroceder. Diez días más y el filibusterismo hubiera sucumbido del todo; diez días más y una última victoria rápida y decisiva hubiera coronado nuestros patrióticos esfuerzos.

Nuestro sacrificio se consumó, sí, porque ha sido un sacrificio el contramarchar la víspera del día en que íbamos á ver acorralado ó muerto al alevoso caudillo de los filibusteros; la víspera en que un nuevo ansiado combate hubiera dado el golpe mortal á la canalla invasora, libertad á Nicaragua y lauros inmarcesibles á Costa Rica.

Pero si debemos deplorar las calamidades que la Providencia ha permitido pesen sobre nosotros con la funesta peste, no por eso debemos dudar del triunfo de nuestra noble causa. La falange filibustera, esa ponderada falange con que se intentó conquistarnos, con que en la demente soberbia de su caudillo soñaba imponer su sacrílego yugo á Centro América, ha sido rota, deshecha, pulverizada en pocos días por el desnudo de nuestros valientes. ¿Qué resta hoy de esa canalla? Cien hombres en Granada y unos trescientos repartidos

entre el Castillo, la Virgen, Rivas y San Juan. En todos estos lugares los diezman las fiebres y el cólera, en todos van disminuyendo en número y altivez, en todos perecen de miseria y despecho, y si pudieran implorarían y aceptarían con ansia el perdón generoso de los mismos que creían poder esclavizar tan fácilmente. Muchos de ellos lo han solicitado y obtenido.

Sensible es que las lentísimas y complicadas combinaciones de la diplomacia no hayan permitido á los demás Estados moverse con la celeridad que lo hizo el nuestro; lamentable el que cuando el enemigo volaba por todas partes, intrigando, mintiendo y hostilizando de mil modos á los pueblos centroamericanos, la mayoría de ellos se haya visto forzada á permanecer en la inacción; ingrato para nosotros el haber estado dos meses aguardando á las cien veces anunciadas fuerzas aliadas para obrar con más vigor y seguridad; pero no todo se ha perdido. Costa Rica ha dado un bello ejemplo: el filibusterismo está postrado, aterrorizado, exánime y nuestros valientes hermanos de Guatemala, San Salvador y Honduras, que han avanzado ya sobre ellos, tendrán la gloria de concluir de exterminar á esa canalla proterva y consolidar la unión é independencia de la América Central.

(Del *Boletín Oficial* nº 195 de 24 de mayo de 1856)

LA EPIDEMIA

El Excmo. señor Vicepresidente de la República, don Francisco María Oreamuno, ha fallecido en esta ciudad ayer á las once de la noche.

¡Cuántos estragos, cuántas pérdidas preciosas tenemos que lamentar! El cólera ha sido un cruel azote para nuestro victorioso ejército, un enemigo mil y mil veces más asolador que las balas y metralla de los filibusteros, una plaga mortal para nuestras poblaciones. ¡Época fatal para nuestra patria, pero época en que á la vez que la desgracia ha pesado sobre nuestros conciudadanos, ha hecho brillar más y más sus virtudes! La caridad ha resaltado en todos, el afecto fraternal de los que deben enorgullecerse con el dictado de *hermaníticos* y un sentimiento religioso, arraigado en las almas, lleno de fe y esperanza en la misericordia divina.

Ese sagrado sentimiento no se limitaba ni limita, como muy generalmente sucede, al bello sexo, no, las mujeres tal vez daban y dan el ejemplo de su fervor cristiano, pero los hombres han dado inequívocas pruebas de cuánto los anima la santa doctrina de Jesucristo. Cuando nuestros soldados marchaban á combatir á los filibusteros, la misma divisa lle-

vaban unos y otros en sus sombreros. ¿Qué los distinguía de sus enemigos? ¿Su traje, sus costumbres, su valor? Sí, todo esto; pero más que todo la fe en la justicia de su causa, la esperanza en la protección del Omnipotente y una cruz, *una cruz de palma*, símbolo bendito de nuestra redención, que la mayoría había colocado sobre las rojas fajas de sus sombreros. Era una santa cruzada. Era la manifestación de sus patrióticos sentimientos consagrados por el mágico fervor que inspira la más augusta de las religiones.

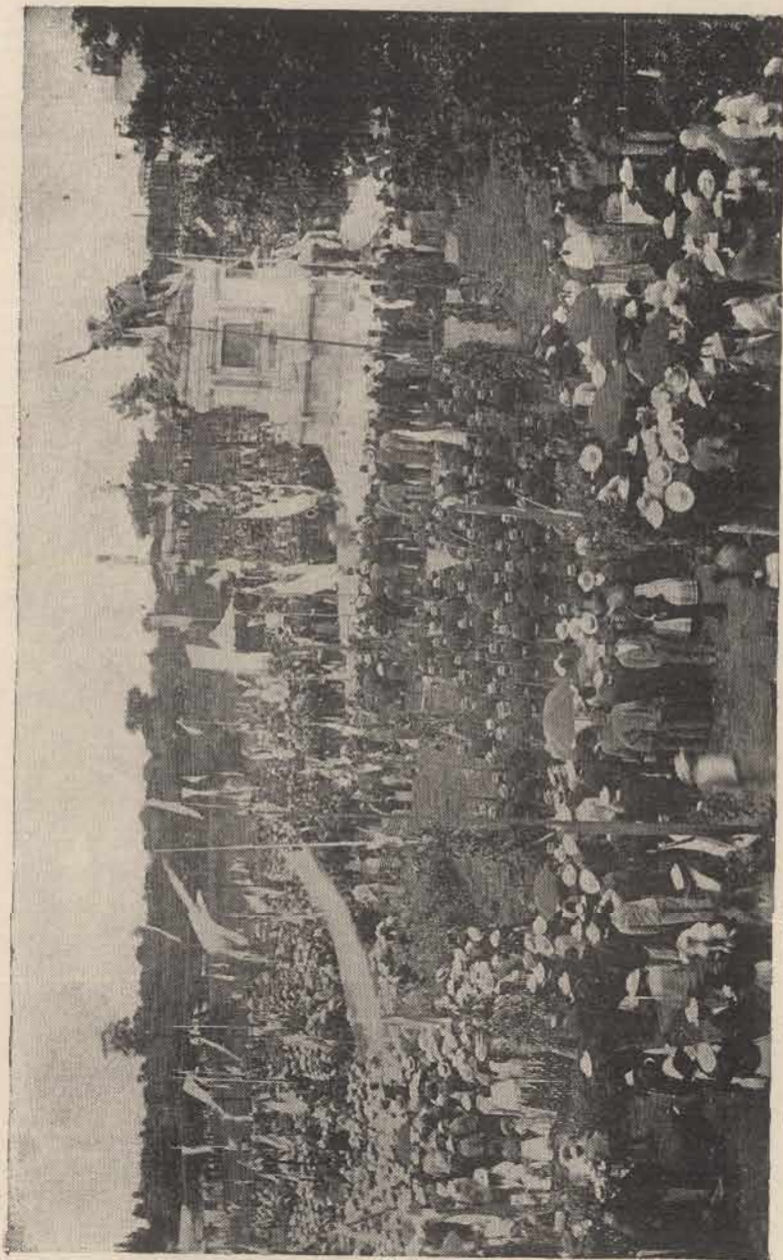
Hoy la epidemia va calmando por todas partes y si los casos pueden presentarse iguales en número, de ningún modo en su peligrosa violencia. Esta ha decaído hasta el extremo de que aun las personas más pusilánimes van reanimando su espíritu abatido y desechando sus temores.

En Alajuela casi ha terminado. En Esparza, en Puntarenas y en Liberia ha desaparecido el cólera del todo.

Ya que hemos citado á esta última ciudad, no queremos dejar de tributar un débil homenaje, que más bien que del entendimiento parte de lo íntimo del corazón. En ningún punto se ha desarrollado la mortífera epidemia como en Liberia: en poquísimos días ha segado centenares de vidas, en un breve espacio ha amontonado víctimas sin cuento del Ejército y de los habitantes. En medio de aquel cuadro de agonia y muerte ha permanecido el General Cañas acompañado de sus Edecanes y del estimable Gobernador don Antonio Carrillo, socorriendo á todos los desgraciados, exponiendo cien y cien veces sus existencias por salvar la de tantos infelices. Y al lado de ellos, acudiendo á todos, con valerosísima abnegación, con infatigable constancia, con apostólica piedad, se ha visto á un joven Sacerdote que, de día y de noche, sin dormir, sin alimentarse, olvidándose de sí mismo por atender á los desgraciados que la enfermedad postraba ó que Dios

llamaba á la mansión del eterno descanso, corría á prodigarles los últimos consuelos que ofrece nuestra augusta religión, las últimas palabras de fe y esperanza que hacen bella la muerte al pensar en la bienaventuranza celeste y la misericordia divina. Ese sacerdote es el modesto y virtuoso joven don Eduardo Pereira. Ah! Nada hay más bello, nada más digno de alabanza y veneración que el Sacerdote que cumple tan dignamente su espinosa misión sobre la tierra. ¿Quién más acreedor de una corona en el cielo?

(Del *Boletín Oficial* n^o 195 de 24 de mayo de 1856)



Ceremonia de Condoración

EL GENERAL CAÑAS—Este distinguido patriota marchó en la noche del 25 de Puntarenas hacia la frontera, para ponerse al frente de la columna de observación. Bien conocidos son su activo celo y la confianza que sabe inspirar á los pueblos y á sus tropas. Por desgracia el cólera aun no desaparece completamente de Liberia. Ayer se nos anuncia la súbita muerte del señor don Benito Carrillo, hermano del actual Gobernador de aquella Provincia, víctima del funesto azote.

EL COLERA—Apenas se presentan en las poblaciones del interior algunos casos aislados. La epidemia ha degenerado en pequeños colerines y disenterías. El pánico va desapareciendo; pero aun es imposible reponer las pérdidas sufridas ni menos enjugar tantas lágrimas. Los trabajos comienzan á reanimarse á pesar de la crudeza del invierno.

(Del *Boletín Oficial* n.º 200 de 28 de junio de 1856)

NUESTRO SILENCIO

Ha tiempo que se interpreta variamente nuestro silencio.

Un año ha que dijimos: "La época de hablar ha pasado: obras son las que se necesitan."

Desde entonces hasta que nuestros soldados triunfaban en Santa Rosa y Rivas no abandonamos la cuestión. Perseveramos en ella y perseveraremos.

Pero no es con palabras ni miserables bravatas con lo que se combate á un enemigo: el cólera y el más crudo invierno han venido á interrumpir nuestras operaciones militares; ¿para qué dar rienda suelta á la lengua ó á la pluma? El silencio cuadra mejor á nuestras circunstancias.

Nosotros no somos de los que creen que el filibusterismo sucumbirá por su propia impotencia y las influencias del clima de Nicaragua. Hemos creído que era necesario hacer patente á ese espíritu de latrocinio y anexión á todo trance que hierve en las poblaciones del Norte, que estamos resueltos á defender nuestra nacionalidad hasta el último instante, exterminando á la falange devastadora de Nicaragua y uniéndonos todos para el porvenir; así hemos pensado y obrado, así estamos resueltos á obrar en adelante.

Todos los pueblos han elogiado nuestra conducta, todos han aplaudido unísonamente al Ejército y Gobierno costarricenses, y no podemos ser inconsecuentes á nuestros principios ni apostatar de tan dignos precedentes. Hoy las tropas aliadas asedian á Wálker y su gavilla; Costa Rica sabrá en todo caso cumplir su deber.

Hablen las obras.

(Del *Boletín Oficial* nº 233 de 22 de octubre de 1856)

Nº 9

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA,

Empezada nuevamente la campaña interrumpida contra los advenedizos usurpadores de Nicaragua,

DECLARO:

Art. 1º—El puerto de San Juan del Sur queda bloqueado desde esta fecha en adelante.

Art. 2º—La navegación del río de San Juan del Norte es prohibida á toda clase de embarcaciones mientras duren las hostilidades contra los invasores del suelo centroamericano.

Art. 3º—Hallándose hoy los vapores que navegan el río de San Juan bajo el dominio absoluto del filibustero W. Wálker, siendo sus más activos auxiliares, serán apresados ó destruídos á todo trance.

Art. 4º—Los jefes y fuerzas militares de la República harán efectiva esta declaratoria usando de cuantos medios estén á su alcance.

Comuníquese á quienes corresponde y á todos los Ministros y agentes extranjeros y nacionales.

Dado en San José, en el Palacio Nacional, el primer día del mes de noviembre de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

El Ministro de Estado en el despacho de Guerra y Marina,—RAFAEL G. ESCALANTE.

CORREO DE LIBERIA

Nicaragua

El General Cañas con la división de vanguardia estará hoy posesionado de San Juan del Sur y del camino del tránsito. El 2 del corriente á las ocho de la mañana salió de Liberia en medio de los vivas más entusiastas á Costa Rica, al Presidente, á la unión y á la independencia centroamericana. Los soldados y el pueblo repetían con frenesí sus vítores al General Cañas, en quien tanta confianza tienen, los mueras á los filibusteros que tanto aborrecen.

El bergantín de guerra nacional *Once de Abril* saldrá en breve para reforzar á la columna de vanguardia con una división de voluntarios rifleros, parque y víveres.

(Del *Boletín Oficial* nº 238 de 8 de noviembre de 1856.)

Nº 10

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA.

POR CUANTO

La independencia nacional cada vez más amenazada por la injustísima y bárbara invasión de los filibusteros que lanzan sobre nuestra patria centroamericana los pueblos del Norte, reclama con imperio que todos sus hijos se levanten unánimemente para defender los santos derechos de honor, vida y libertad, que Dios, la humanidad y nuestros padres venerados nos han otorgado; en tan solemnes circunstancias y esperándolo todo de la justicia de nuestra causa y del patriotismo de los centroamericanos,

DECRETO:

Artículo 1º.— Todos los costarricenses y centroamericanos, desde la edad de 15 hasta 55 años, residentes en la Re-

pública, están obligados á acudir al primer llamamiento que se haga para empuñar las armas en el ejército libertador.

Art. 2º—Los alistados que no concurrieren, se oculten ó nieguen á ingresar en las filas al primer toque de generala, serán juzgados por el Consejo de Guerra como traidores á la patria.

Art. 3º—A todo individuo que sugiera ó propague noticias alarmantes que puedan infundir desaliento, que influya por cualquier medio para dificultar la prontitud de las operaciones, que contribuya directa ó indirectamente á ocultar á cualquiera de los comprendidos en los artículos anteriores ó que sabiendo el lugar donde está no le denuncie inmediatamente á los jefes de armas, le será impuesta una multa de cien pesos y será obligado á servir en el ejército expedicionario.

Art. 4º—Quedan exentos de tomar las armas, por ahora, todos los empleados eclesiásticos, civiles y municipales, que no pertenezcan al Ejército.

Art. 5º—El Comandante General y los Jefes que designe quedan encargados de la ejecución de este decreto bajo la más severa responsabilidad.

Dado en el Palacio Nacional, en San José, á los veintidós días del mes de noviembre de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

El Ministro de Hacienda y Guerra, —RAFAEL G. ESCALANTE.

H. SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA

Cuartel General en marcha.—Grecia, 16 de diciembre de 1856.

Son las doce del día y acabamos de llegar á esta población. El orden, la salud y el entusiasmo reinan siempre en las tropas.

Aunque al salir de Alajuela estaba el día lluvioso y triste, aclaró á la medianía del camino, continuando desde entonces su marcha la tropa dando alegres vivas á la República y el Excmo. señor Presidente.

De V. H. muy atento servidor,

JOSÉ J. MORA

COLUMNA EXPEDICIONARIA

La división de vanguardia salida de esta capital bajo el mando del Teniente Coronel Barillier á principios del mes, debía hallarse el día catorce posesionada de las riberas del San Juan, en la confluencia del San Carlos y la isleta de la Providencia.

El lunes 15 salió de esta ciudad la columna expedicionaria, compuesta de 500 plazas de diversas armas, que, unida á la división anterior, forma un total de 750 hombres que deben operar sobre el río de San Juan, dominando completamente su tránsito.

El señor General don José J. Mora manda esta fuerza que, llena de entusiasmo y brío, sin temor á las escabrosidades del camino, á la penosa estación y mucho menos á las balas enemigas, marcha á dar el último golpe al ya agonizante poder de Wálker.

S. E. el Presidente y multitud de ciudadanos acompañaron al General y á su división hasta la ciudad de Alajuela, donde pernoctaron el lunes, siendo recibidos por aquel vecindario con generosa hospitalidad y patriótica alegría. S. E. regresó anoche á la capital.

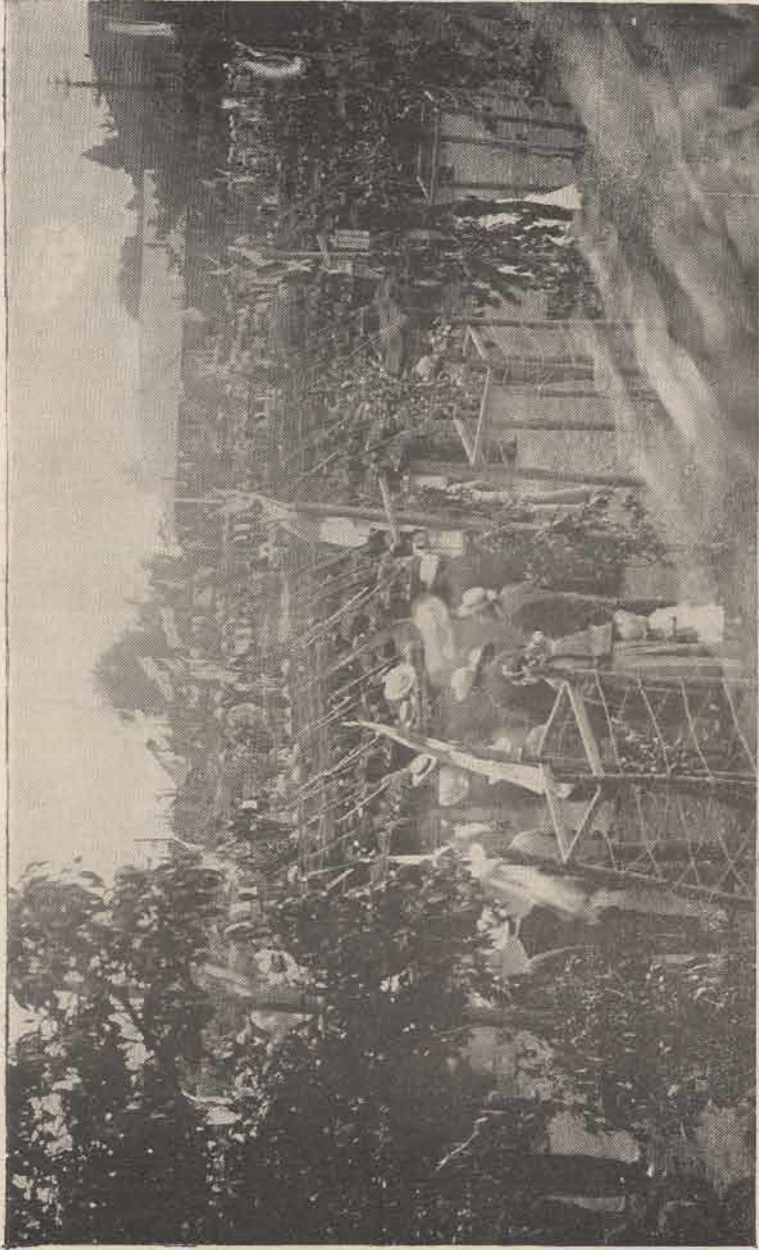
Ayer noche debieron dormir en Grecia y muy pronto, salvando los mil obstáculos que ofrece un intransitado y fragoso camino, llegarán al río de San Juan, donde enarbolado el pabellón costarricense, defensor de la nacionalidad centroamericana, y sostenido por valientes soldados, pondrá un dique insalvable á la irrupción pirática que sin cesar arrojan sobre nosotros las playas del Norte.

(Del *Boletín Oficial* nº 249 de 17 de diciembre de 1856)

CORREO DE SAN CARLOS

Ninguna novedad. Las fechas que tenemos alcanzan hasta el 21. A pesar de los mil obstáculos que se presentan, nuestro Ejército sigue avanzando hacia el San Juan en buen orden y salubridad.

(Del *Boletín Oficial* n° 251 de 24 de diciembre de 1856)



Alrededores del Parque Nacional en el acto de la Inauguración.

CORREO DEL EJÉRCITO

BOLETÍN EXTRAORDINARIO DEL 30 DE DICIEMBRE.—CUATRO VA-
PORES Y LOS PUNTOS MEJORES TOMADOS EN EL SAN JUAN

El río San Juan está dominado y en la Punta de Castilla ha ondeado el pabellón costarricense. Nuestra división es dueña del gran río y lo recorren los 4 vapores de que se ha apoderado, posesionada también hoy, á no dudarlo, del Castillo Viejo.

He aquí la rápida relación que nos hacen el Teniente Coronel don Joaquín Fernández y el Capitán don Rafael Camacho, que acaban de llegar expresamente á notificar tan faustos sucesos al Gobierno y á sus compatriotas.

El 14 de diciembre una descubierta baja el San Carlos en una canoa casi no concluída y recorre las orillas del San Juan.

El 15 empieza á bajar la primera división, en balsas y canoas improvisadas.

El 19 se reúnen todos en buenas posiciones en la confluencia de ambos ríos.

El 20 á las diez de la mañana unos 120 hombres recorren el San Juan.

El 23 asaltan al medio día el punto ó islote llamado de Hipp, defendido por 50 filibusteros mandados por el Capitán Thompson, que cae herido con dos bayonetazos y es tomado prisionero; 42 perecen ahogados y baleados, porque resisten ó se precipitan espantados en las aguas; seis escapan por las pantanosas orillas del San Juan, otro queda prisionero y al Capitán se le pone con él en generosa libertad.

Treinta hombres quedan custodiando el punto conquistado y los demás bajan inmediatamente en cuatro miserables canoas el San Juan.

El 24 á las dos y media de la mañana llegan á San Juan; á las cinco asaltan los vapores con sus frágiles canoas; los que los custodian resisten más aún de lo que querían, merced á intrigas y amenazas de algún agente oficial filibustero; pero al fin los nuestros se apoderan de los vapores *Wheeler, Morgan, Machuca* y *Bulwer* y el pendón costarricense flamea sobre la Punta de Castilla con alegres vivas, á la vista de la escuadra Británica y de la admirada población de San Juan del Norte, que no comprende aún aquel arrojado puñado de costarricenses.

El 25, adquiridos maquinistas y marineros, vuelven á subir el San Juan en los vapores y pernoctan en las cercanías del Sarapiquí, dejando allí dos, protegidos por la artillería bien colocada y dispuesta.

El 26 suben hasta el río San Carlos.

El 27, con el vapor *Morgan*, marcharon más fuerzas á

apoderarse del Castillo, que, según datos fidedignos, estaba enteramente solo.

El 28, el General don José J. Mora, su Estado Mayor y gran parte del resto de la división se embarcaron en el *Bulwer* desde el mismo muelle de San Carlos y se dirigen á tomar posesión del Castillo, que indudablemente será nuestro á estas horas, quedando así completamente dominado el tránsito, el enemigo sin vapores, sin tan fáciles esperanzas de obtener auxilios y el pabellón nacional flameando por doquiera con honor, merced á la valerosa conducta de nuestros soldados.

Unos ochocientos hombres operan hoy sobre el San Juan, resueltos á buscar y combatir á Wálker hasta en las mismas playas del lago, rechazando por la razón ó la fuerza cuantos auxilios le vengan de los Estados Unidos.

La lucha es ya más igual: cuatro de los vapores que han servido incesantemente para prolongarla, para sacrificar á tantos centroamericanos, trayendo millares de aventureros, recursos y elementos de guerra, están hoy en nuestro poder, en justa represalia del infinito mal que nos han causado, y ellos nos servirán para defendernos y acabar con nuestros inicuos y espontáneos enemigos. Nuestra causa es la más sagrada y nuestro objeto no es matar, sino tan sólo asegurar nuestra paz y nuestra independencia inhumanamente atacadas.

He aquí la proclama que el General en Jefe ha hecho

repartir por todas partes impresa en inglés, para que sea más fácil su conocimiento á los aventureros.

(Del *Boletín Oficial* n° 253 de 31 de diciembre de 1856)

EL PRESIDENTE

DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA Á LOS SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE WÁLKER

Firmemente convencido de que la mayoría de los extranjeros que hoy sirven en las filas del usurpador de Nicaragua, han sido engañados, conociendo ellos ahora que sólo sostienen una causa infame contra un pueblo que no les ha ofendido y que defiende con valor su patria, sus derechos, su libertad y sus hogares contra los inicuos ataques de un aventurero impío, que ultraja cuanto los hombres libres reverencian, y persuadidos de que sino todos, muchos de los que sostienen á ese azote de la humanidad abandonarían con júbilo su desacreditado servicio, si hallasen segura protección y fáciles medios para volver á su país;

Yo, el Presidente de la República de Costa Rica, bajo mi palabra de honor, ofrezco á cualquiera y á todos los oficiales y soldados del ejército de Wálker que se hallan en Nicaragua, un pasaje libre y seguro á San Juan del Norte y de allí, por vapor, á la ciudad de Nueva York.

Dado en el Palacio Nacional en San José á los diez días del mes de diciembre de mil ochocientos cincuenta y seis.

JUAN RAFAEL MORA

CORREO DE SAN CARLOS

(31 de diciembre)

Ninguna nueva oficial recibimos hoy. Una carta de un estimable oficial del ejército, dice con fecha 28:—“La salud es excelente; con los vapores y el movimiento han desaparecido todos los trabajos; el calor de la pelea vivifica, iremos al lago y hasta el infierno á concluir con Wálker; acaban de decirme que el valiente Máximo Blanco se ha apoderado del Castillo; todos están contentísimos, envidiando á los que han peleado; el triunfo es indudable.”

(Del *Boletín Oficial* n.º 253 de 31 de diciembre de 1856.)

CORREO DEL EJÉRCITO

Un triunfo más.

Adelante! La guerra toca á su fin. Las noticias recibidas hoy del San Juan y comunicadas por el señor General don José Joaquín Mora, son muy plausibles.

El 28 de diciembre nuestras tropas apresaron los dos vapores de los raudales del Toro y Machuca, tomaron el Castillo Viejo, que está sobre el río, y el excelente vapor *Virgen*, armado y lleno de pertrechos de guerra, obuses, cañones, rifles, pólvora, espadas, etc. etc. por valor de más de diez mil pesos.

El vapor *Virgen* había sido el más poderoso auxiliar de Wálker; con él recorría las aguas del lago y á mansalva descargaba rápidos y repetidos golpes en diversos puntos, desafiando la impotencia de los aliados que, privados de embarcaciones, se reducían á operar en tierra con fatigosas y dilatadas marchas. Ya no cuenta con ese motor poderosísimo con que ha burlado tantos ataques y con que ha podido girar rápidamente para donde ha querido.

Nuestras tropas cuentan hoy con siete vapores sobre el lago y el río de San Juan.

Los importantes puntos estratégicos de la Trinidad y el Castillo Viejo, sobre el río, están bien custodiados y han mejorado sus fortificaciones, se han reforzado sus guarniciones é inmediatamente se aumentarán para que permanezcan en un estado de perfecta defensa y seguridad.

El General Mora, precedido por una valerosa división, marchaba á apoderarse del fuerte de San Carlos sobre la laguna.

El único vapor que quedaba al bandido Wálker, el *San Carlos*, que fué gravemente dañado por las balas centroamericanas desde las playas de Granada, y debe también ser nuestro á estas horas.

Nuestro ejército, pues, surca las aguas del lago libre y absolutamente, sin duda, puesto en comunicaciones con el señor General Cañas y los Jefes del ejército aliado que están en Granada, Masaya y sus inmediaciones.

Tan felices operaciones no han necesitado balas ni sacrificios individuales: el valor, el arrojo y la sorpresa causada á los enemigos han triunfado de todos los obstáculos.

El ejército aliado unido y bien organizado se disponía á marchar sobre Wálker á fines de la semana anterior.

La desertión aumentaba entre los filibusteros; el hambre y la fiebre los aniquilaban y reducían á una mortífera inacción.

Dios protege visiblemente nuestra causa y muy pronto nos concederá el celebrar una absoluta victoria.

(Del *Boletín Oficial* n.º 255 de 7 de enero de 1857)

CORREO DEL EJÉRCITO

Son las seis de la tarde, acaba de llegar un expreso.
El fuerte de San Carlos sobre la laguna está tomado.
El General Mora escribe desde aquel punto el 1º de enero.

Un ardid militar ha bastado para apresar al Capitán que mandaba en el fuerte y después á los veintisiete aventureros que le defendían. Ni un tiro, ni una gota de sangre.

Se han hallado allí dos cañones de á 36 y cuatro de á 12, que el Jefe de nuestro ejército ha hecho concluir de montar para poner en perfecto estado de defensa un puesto de tan grande interés.

Las armas apresadas son muy buenas, numerosos rifles de Minié y revólveres de Colt, de excelente calidad, tres obuses, dos cañones de á 8, espadas y otros utensilios de guerra que, desconfiando Wálker de su situación sobre el continente, tenía á bordo y en los fuertes.

El vapor *Virgen* iba á marchar á Chontales para coleccionar víveres y notificar á los aliados el feliz suceso de nuestras operaciones.

La salubridad es inmejorable hasta hoy y el entusiasmo
y arrojo se duplica en nuestros soldados.

Todos cumplen su deber para con la patria.

(Del *Boletín Oficial* nº 255 de 7 de enero de 1857)

CORREO DEL EJÉRCITO

(Extractos de partes y documentos oficiales)

Después de veinte días de silencio y ansiedad hemos recibido, por fin, las noticias del Ejército que hemos publicado en los boletines extraordinarios del 2 y 3 del presente.

¿Por qué tan larga calma, por qué tan incomprensible inacción al frente de un enemigo vencido, pero tan activo, tan astuto, tan audaz y temerario?

Lo diremos, porque no creémos que se debe ocultar la verdad; por el contrario, se debe proclamar bien alta y nos debe servir de ejemplo para que evitemos siempre el llegar á la desunión, á la discordia intestina, que enjendra inevitablemente la ruina de todos los pueblos. Nicaragua debe ser, por desgracia, el cuadro vivo, ensangrentado, humeante, que Costa Rica ha de tener por largo tiempo ante los ojos, para amar más su paz, su existencia modesta y laboriosa, libre de malditos rencores de partidos, y para conservar, ante todo, la unión más vigorosa entre sus hijos.

El campo de los aliados centroamericanos ha estado á punto de presentar la imagen de otro campo de Agramante;

el espíritu de partido, lastimosas preferencias, desacuerdos repetidos, y, por último, la división fatal, disolvió los ejércitos, ya diezmados por las enfermedades y la guerra. Al llegar el General Cañas trabajó en cuanto pudo por restablecer la salvadora unidad de los jefes y las tropas y no fué poco lo que consiguió en el irritable y, al parecer, irreconciliable estado en que algunos se hallaban.

Los triunfos de Costa Rica sobre el San Juan vinieron por fin á reanimar los espíritus, á concentrar los pensamientos y á hacer olvidar las rencillas para no dar cabida más que al noble sentimiento de salvar la patria de alevosos y extraños enemigos.

Desde su llegada al fuerte de San Carlos, el señor General Mora trabajó con la actividad que le es tan característica, con resolución y acierto, llamando á los Jefes centroamericanos, escribiendo á los Generales y á todos aquellos que podían tener influencia para realizar una fusión potente que marchara á dar el golpe de gracia á los usurpadores.

Todo se ha conseguido felizmente, todos los Jefes han respondido con patriotismo y dignidad al llamamiento de los Generales costarricenses, que exentos del espíritu de partido, no han tenido ni pueden tener más pensamiento que el cumplimiento del deber para con su patria y el afianzamiento de la independencia centroamericana, libertándola hasta del último de sus perversos enemigos.

En tal situación, nada ha detenido ya el proseguir las operaciones que á esta hora deben haber llegado, tal vez, á un fin terrible para el enemigo y próspero para Centro América.

Rectificaremos ahora ligeramente las noticias que hemos comunicado por extraordinario.

“Wálker, ansioso por la tardanza de los vapores, hizo trasportar una hermosa lancha, del vapor *Sierra Nevada*, desde San Juan del Sur á la Virgen. No tenía más embarcaciones que esa, pues el pailebotillo que lleva su nombre está inutilizado por ahora.

El 15 de enero llegó la misma lancha al fuerte de San Carlos, con ocho filibusteros que llevaban órdenes terminantes para que el vapor *Virgen* volviera al puerto del mismo nombre, sin la menor demora. Lancha y tripulación cayeron prisioneros en poder de nuestros soldados.

Según sus declaraciones, Wálker se hallaba muy fortificado en Rivas y sus ochocientos hombres, entre sanos, heridos y enfermos, se encontraban en aquella ciudad, San Juan del Sur, la Virgen y San Jorge. El caudillo filibustero estaba muy impaciente y alarmado y una de las causas era el que á la vista de San Juan cruzaban dos buques que creía serían de las marinas del Perú y Chile, que venían á contribuir á nuestra defensa y su exterminio.

Probablemente eran los buques de los aliados centro-americanos.

El mismo 15 á las 12 de la noche, el General don José J. Mora, con 150 rifles, marchó en los vapores *Virgen* y *San Carlos* con dirección á Granada. A las 10 de la mañana se detuvo en Moyogalpa con el objeto de reunir á los valientes vecinos de Ometepe, obtener leña y víveres y darles armamentos. Es notablemente original la salutación que el muy valiente indígena Trigueros, que fué el que acaudilló la matanza de los filibusteros en Ometepe y que después quemó heroicamente la población llevándose las reses á los montes, dirigió á nuestro Jefe:—“Bien venido seas, dijo, invicto General costarricense. Yo os saludo de nuevo á nombre de la patria, por el distinguido triunfo que habéis adquirido en

el hermoso lago de Nicaragua, loor eterno á vuestros valientes tropas, que con tanta bravura han sabido dar el certero golpe y entonar el himno de victoria. La patria, dignos héroes, vivirá eternamente reconocida y yo, á nombre de ella, os tributo el más profundo homenaje", y termina diciendo que necesitaba cincuenta fusiles y su correspondiente parque. Esto es muy natural en un indígena que ha mostrado tanta bravura, y muy expresivo, por más que parezca exagerado. El Presbítero don Rafael Brenes arengó dignamente á la población de Moyogalpa y el General invitó á los habitantes á continuar sus labores en plena seguridad, á unirse y contribuir al triunfo decisivo de nuestra causa.

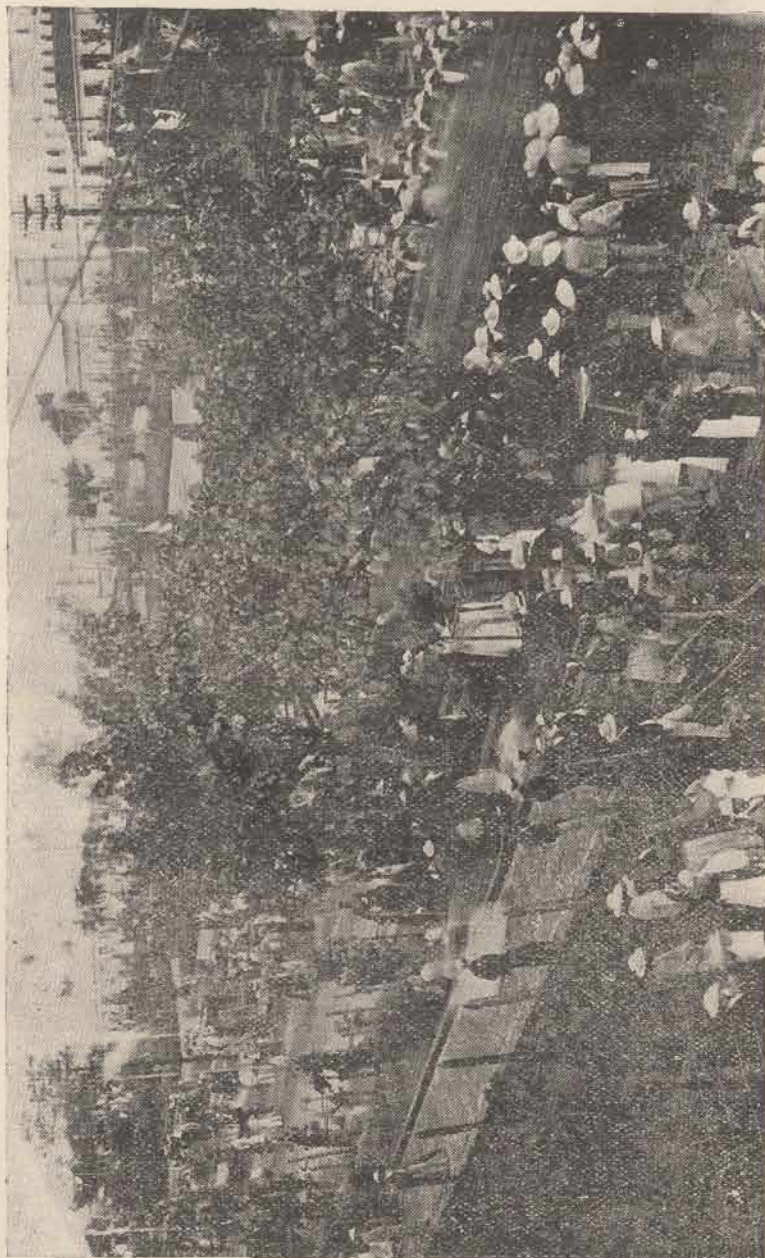
El General Mora llegó á las siete y media de la noche al puerto de Granada, donde no quiso desembarcar, pues la vista de la destruída ciudad es horrorosa y los miasmas que exhalan los pestíferos cadáveres insepultos y tantas materias pútridas hacinadas son muy nocivas.

El 17 á las 10 de la mañana fué visitado por el General don Fernando Chamorro. A las 2 de la tarde tuvo la gran satisfacción de ver llegar á bordo de su vapor á su digno hermano el General Cañas y al Brigadier don José V. Zavala, procedentes de Masaya, los cuales comieron en su compañía en el propio vapor *San Carlos*.

El mismo día fué también á bordo el General don Tomás Martínez y todos unidos invitaron con interés al General Mora á que tomara el mando en Jefe del Ejército centroamericano. El General Mora no aceptó, pero propuso un plan de operaciones que fué aprobado con entusiasmo y que inmediatamente iba á ejecutarse.

El 18 volvió el General Mora con sus rifleros y vapores al fuerte de San Carlos.

El 19 despachó el *Virgen* con 150 rifleros y 5,000 ti-



5' Avenida — Regreso de la inauguración

ros, que debían llegar el 20 á Granada y el 21 reunirse en Nandaime con las divisiones de los Generales Cañas, Xatruch y Zavala, que, unidas, ascendían á unos 2,000 hombres.

El 22 debían ocupar en masa á San Jorge. Los dos vapores armados con cañones de largo alcance, con el General Mora y otra división de rifleros, debían alternativamente llamar la atención desde San Jorge á la Virgen, amagando un desembarco y apoyando al ejército que operaba en tierra.

Ocupado San Jorge, repartidas entre el enemigo las proclamas en que S. E. les concede indulto y pasaje libre á los Estados Unidos, los aliados debían proteger la deserción de los aventureros y resolver sus operaciones inmediatas, que debían ser prontas y decisivas á todo trance.

El entusiasmo había renacido en todos los aliados con los triunfos de Costa Rica en el San Juan, y celebraban con júbilo extremo el éxito de nuestras armas, *"como el único, dice el General Belloso, que puede poner un término favorable á la lucha que con los filibusteros sostiene Centro América por su independencia y libertad."*

(Del Boletín Oficial nº 263 de 4 de febrero de 1857)

FUERTE DE LA TRINIDAD

(Ligero ataque de los filibusteros el 28)

Desde que nuestros soldados se apoderaron con tanto arrojo de ese punto importante en la confluencia del Sarapiquí y el San Juan, se ocuparon en trasformarle en una bien fortificada posición militar, abriendo al mismo tiempo una vereda al interior, por la cual les han llegado ya ganado y víveres.

El 4 del pasado tuvieron noticia de que los filibusteros que se hallaban en San Juan se reunían para atacarles; consecutivamente los avisos se han repetido y el 20 les llegó un bote, bien cargado de bastimentos, con la noticia de que el abandonado vapor *Clayton*, ya recompuesto, iba á ser probado en la bahía al día siguiente y que con él y con diez y seis ó veinte embarcaciones grandes y pequeñas, para efectuar un desembarque rápido por distintos puntos, los venían á atacar unos 200 filibusteros patrocinados por Scott, Thompson y otros. Además, el mismo amigo anunciaba que de los Estados del Norte, ya declarados contra el filibusterismo, no

les vendrían auxilios; pero que los del Sur los protegían y que aguardaban el 27 grandes refuerzos [hasta 500 hombres] de Nueva Orleáns.

Útiles avisos que debemos agradecer y que prueban que contamos con las simpatías de los hombres honrados en todas partes.

El vaporcillo *Clayton*, la flotilla sutil filibustera y los ya organizados aventureros, hicieron sus pruebas y simulacros de guerra en la bahía de San Juan, según nos escriben, donde permanece la escuadra británica guardando una estricta neutralidad para proteger á sus conciudadanos y á la monarquía Mosquitia.

Anteriormente, el Teniente Coronel Barillier ha perfeccionado la fortificación de la Trinidad y habiéndole llamado el General en Jefe, quedó en su lugar el Mayor don Máximo Blanco como Comandante de aquel punto importante, con doscientos hombres bien armados y resueltos. El 26 llegaron allí el Coronel Bosque, el Capitán Spéncer y el joven Médico don Carlos Moya.

Todos aguardaban con ansiedad un ataque, los soldados mostraban un deseo vivísimo de pelear y probar no sólo su puntería, sino el temple de sus aguzadas bayonetas.

Por fin el 28 se percibió á lo lejos al enemigo. He aquí el parte del Comandante Blanco:

H. SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA

La Trinidad, 29 de enero de 1857

Ayer á las nueve de la mañana fué vista la columna de humo que despedía un vapor que venía de San Juan del

Norte hacia nosotros. En el momento nuestro corneta dió á la tropa la señal de alarma y fueron dispuestos los oficiales con sus guerrillas en orden de combate. Sin que hubiésemos visto más que el humo de dicho vapor, nos mandó un cañonazo, á éste siguieron dos, pero bien á cubierto de una punta de montaña llamada Cortés. Entonces nosotros, por calentar y disponer nuestros cañones, les contestamos con otros tres, y concluyó el ataque, porque el tal vapor se retiró, sin habernos hecho más heridos que un rancho. Yo aguardo hoy ú otro día el resultado de este reconocimiento, asegurando á V. que si reconoció algo fué muy poco, porque no tuvo valor de asomarse.

De V. etc.,

M. BLANCO

Ignórase si el vapor, siendo tan viejo, sufriría algo al descargar sus cañones ó si recibiría alguna de las balas que con un cañón de largo alcance y dos más pequeños le enviaron los nuestros. Ello es que un bote bajó á recorrer el río y no lo distinguió por ninguna parte. Es muy probable que vuelva, tanto más si el 27 recibieron los refuerzos que esperaban; pero es probable que de un instante á otro tendrán un escarmiento tan fuerte como justo.

Se asegura que al publicarse en San Juan que bajaba una división nuestra á atacarlos, fueron más de 100 los que se desbandaron.

Según anuncia el Comandante del muelle de Sarapiquí, el tiempo, que ha sido fatalísimo, presenta ya un aspecto bueno, cesan las lluvias, el río baja, el camino estará muy

presto en mejor estado y las comunicaciones para los víveres, gente y armamento, serán más cómodas y rápidas.

Las últimas noticias del General Mora alcanzan al 22 de enero, fuerte de San Carlos sobre el lago. La salud, la disciplina y la unión fraternal de nuestros soldados eran admirables.

En el Castillo Viejo se trabaja sin cesar por asearle y ponerle en perfecto estado. La corta población extranjera que allí existe, fraterniza con nuestras tropas y las atiende con generoso interés.

(Del *Boletín Oficial* n° 263 de 4 de febrero de 1857.)

MANIFIESTO

de los Generales á los centroamericanos

Las circunstancias excepcionales en que se abrió la campaña contra el filibustero Wálker y la violencia con que fué preciso iniciarla, impidieron que se tratase de antemano el plan fijo de las operaciones militares tan indispensables para el buen éxito de la guerra. Mas ahora que otras circunstancias y el progreso de nuestras armas lo permiten, animados del deseo de remediar el mal que causa la falta de esta condición tan importante, nos hemos constituido en esta ciudad con objeto de discutir ante el Supremo Gobierno de Nicaragua, y con su aprobación y garantía, los puntos en que debe estribar el indicado plan.

También hemos tenido en mira mostrar á los nicaragüenses y á los centroamericanos todos, que entre nosotros existe la mayor armonía y buena correspondencia, á despecho de enemigos infatigables que, fingiendo especies que jamás han existido, labran no solamente para nosotros, sino también para sí mismos, la más completa ruina.

Ambos propósitos los hemos conseguido ayer, mediante una conferencia franca y amistosa, en presencia de S. E.

el señor Presidente de la República, que tuvo la más viva complacencia al ver allanadas las dificultades que se creía encontrar.

Al enviarnos nuestros respectivos Gobiernos al campo del honor, tuvieron en mira manifestar mutuamente la más sincera unión, así como la identidad de sentimientos por la conservación de la independencia del país, gravemente amenazada por aventureros inicuos, que no sólo roban é incendian nuestras poblaciones, sino que intentan despojarnos de nuestra santa religión, de nuestra libertad, de nuestra vida y propiedades. Y ¿qué sería de nosotros, qué de la suerte de Centro América, si dando oído á la astuta malevolencia de los enconos de partido nos dividiésemos y presentásemos en detal nuestro poder al enemigo? Seríamos responsables ante Dios, ánte nuestros Gobiernos, ante el mundo, ante la posteridad, si por nimiedades que deben apagarse en el seno de la fraternidad y del amor patrio, superior á todo sentimiento, no uniésemos nuestros esfuerzos para romper la cadena que un bandido quiere remachar á Centro América.

Nos hemos hecho garantes de la unión verdadera y de la fusión práctica de los partidos, y en tal concepto, un castigo severo ofrecido por el Gobierno y por nosotros mismos bajo nuestra palabra de honor, será el premio de los provocadores malignos que indisponen los ánimos para mantener la discordia. Nicaragüenses, estos son vuestros peores enemigos y los amigos más decididos del incendiario Wálker; conocedlos. Están ya descubiertas sus miras y nuestra unión se ha consolidado al pasar por esa prueba á que la sometieron los enemigos interiores de nuestra nacionalidad.

León, 25 de diciembre de 1856.

(Del *Boletín Oficial* n.º 265 de 11 de febrero de 1857)

Parte oficial recibido el 11 de febrero, sobre los combates del Obraje y San Jorge.

SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA
DEL GOBIERNO DE COSTA RICA

San Jorge, 31 de enero de 1857

*Del General en Jefe de la División aliada
de Costa Rica, el Salvador y Nicaragua*

Tengo el honor de dirigirme á V. con el objeto de informarle de los acontecimientos que se han verificado desde el 25 del que finaliza, en cuya fecha el Ejército aliado marchó del pueblo de Nandaime, que fué el lugar designado para reunir las fuerzas destinadas á esta expedición.

El 26 llegó el Ejército al pueblo del Obraje y al amanecer del día siguiente fuimos atacados por el enemigo, quien dirigió todas sus cargas sobre los puestos que ocupaba una parte de la división aliada de Costa Rica, el Salvador y Nicaragua que tengo el honor de mandar, la que al cabo de dos horas de combate le rechazaron completamente. En seguida se dispuso perseguir su retirada y así se verificó, llegando la columna que recibió esta orden hasta la hacienda llamada



Buena Vista, distante un cuarto de legua, que se hallaba fortificada y sirviendo de centro de operaciones á los filibusteros. Repitieron éstos su carga como á las cuatro de la tarde sobre los mismos puntos expresados antes, y repelidos que fueron de igual manera que por la mañana, se retiraron al favor de la noche, hasta reconcentrarse á la plaza de Rivas.

La debilidad de estos ataques fué tal que casi fueron sostenidos por una sola compañía de los batallones de Nicaragua, reforzada por un piquete de rifleros; pero los datos ciertos que después se han reunido manifiestan que se ejecutaron por una fuerza considerable, la que sufrió entre muertos y heridos una baja que generalmente se calcula como de 50 hombres; contándose entre los muertos algunos oficiales de importancia en las filas de los aventureros y entre los heridos al Coronel O'nil y un Capitán de nombradía ayudante de campo del General Henningsen, que era el Jefe de la expedición. De nuestra parte no hubo un solo muerto y únicamente fueron heridos el Comandante Opelen, de la artillería de Guatemala, un Capitán y cinco soldados de los batallones de Nicaragua.

El 28 marchamos sobre San Jorge, á donde llegamos al anochecer. Al siguiente día, á las diez de la mañana, fuimos de nuevo atacados por todo el grueso de la fuerza filibustera al mando del expresado General Henningsen, habiendo quedado Wálker en Rivas sólo con unos cuantos que llaman *ciudadanos* y los enfermos de sus filas. Sucesivamente acometieron por varios puntos de nuestra línea con esfuerzos *considerables*; pero fueron rechazados con energía en término de dos horas, obligándolos á retirarse á cierta distancia, fuera de la población. Entretanto, se había dispuesto una ligera maniobra sobre el flanco izquierdo del enemigo con una columna á las órdenes del Comandante del batallón de Libe-

ría, Teniente Coronel don Tomás Guardia; y pareciéndome que este Jefe, llevado de su natural arrojo, se hubiese tal vez empeñado más de lo que convenía, marché en persona á observar y dirigir su movimiento y encontré que conforme mis instrucciones ejecutaba ya su reconcentración á este campamento; pero, por desgracia, en el encuentro que tuvo, fué herido de alguna gravedad, como también el Coronel de Estado Mayor don José Bermúdez, que poco antes había acudido á reforzarle.

A continuación emprendió el enemigo una nueva y más rigurosa carga, cesando el ataque á la entrada de la noche, durante la cual ejecutó su retirada á Rivas.

En toda esta refriega sabemos, así por el resultado de la exploración del campo como por informes fidedignos, que las pérdidas que han sufrido los aventureros son de bastante consideración; los que han quedado fuera de combate entre muertos y heridos no bajan de cien hombres, entre ellos muchos oficiales y, según se asegura, dos Jefes de importancia. Por nuestra parte, el número de muertos y heridos es mucho menor, siendo la mayor parte de ellos de la división de mi mando.

Tengo la satisfacción de poder informar á V. que todos mis subalternos han llenado en estos dos lances de armas sus respectivos deberes con valor y puntualidad; pero es digno de especial recomendación el señor Teniente Coronel don Tomás Guardia, por el denuedo con que se mostró en la operación de que antes se ha hecho referencia.

Espero que el señor Ministro se sirva elevar lo expuesto al conocimiento de S. E. el señor Presidente de la República y aceptar los respetos con que me suscribo su atento servidor,

JOSÉ M. CAÑAS

JUAN RAFAEL MORA,

Á LOS DIGNOS DEFENSORES DE LA AMÉRICA CENTRAL

Jefes, oficiales y soldados todos de las fuerzas aliadas de Centro América:

Costa Rica os saluda, Costa Rica os felicita por vuestro noble comportamiento. Yo os doy en su nombre las más fervientes gracias por el honroso triunfo que unidos habéis conquistado. Que esa unión, ese amor á la Patria y á sus santos derechos, crezcan y sean fecundos para todos.

Os habéis abrazado sobre el campo de batalla, permanezcamos siempre así y Centro América verá extinguirse las revoluciones que la han despedazado y disiparse los peligros que aun la rodean.

Veneración á los que rindieron su vida en tan cruenta como santa lucha. ¡Loor perpetuo á vosotros!

San José, 7 de mayo de 1857.

JUAN RAFAEL MORA

JUAN RAFAEL MORA,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, Á LOS PUEBLOS COSTARRICENSES

COMPATRIOTAS

La guerra ha concluído. La amada paz vuelve á nosotros con los vencedores del filibusterismo. Hemos lidiado largo tiempo por los más santos derechos con *unión y constancia*. Dios nos ha concedido la victoria.

Ya no hay filibusteros en Centro América. Los centenares que existen, inermes y rendidos, están bajo el sagrado de nuestra protección y clemencia.

Libre de sus fieros invasores, Nicaragua vuelve á quedar bajo la justa voluntad de sus hijos. ¡Que el Sér Supremo los inspire y úna como hermanos! Hasta su completa reorganización, nuestros fieles aliados de Guatemala, San Salvador y Honduras permanecerán en el continente, mientras nuestras guarniciones custodian los vapores y fortalezas de la línea que se extiende desde las aguas del gran lago de Nicaragua, hasta la bahía de San Juan sobre el Atlántico.

Costa Rica no patrocinará jamás partidos fratricidas, usurpadores vandálicos. Exigirá garantías de paz, de integridad, de unión centroamericana; procurará que se extinga ese espíritu revolucionario que ha sido el mayor de nuestros

enemigos; que se sostengan las autoridades legalmente constituidas y en todo caso cumplirá su deber nacional.

Permanezcamos armados, fortifiquémonos más y más, para avanzar con denuedo al porvenir.

Ya vuelven nuestros hermanos á sus familias, á sus pacíficos hogares que con tanto tesón han sabido defender.

Hijos de la capital, de Cartago, Heredia, Alajuela, Liberia y Puntarenas, de toda la República, regocijaos, reuníos á mí para recibirlos cual merecen. Cuento con vuestra generosidad, con vuestro civismo, con vuestros espontáneos donativos para pagar sin demora á esos valientes los sueldos que tan heroicamente han ganado. Preparemos todos nuestro tributo para socorrer las necesidades, para atenuar los padecimientos, para premiar las virtudes de esos nobles hijos de la Patria que todo lo han sacrificado en sus aras veneradas. Que nuestra fecunda *unión* no se altere jamás y que su ejemplo se imite siempre que sea preciso combatir por el honor y la independencia de Costa Rica.

San José, 8 de mayo de 1857.

JUAN RAFAEL MORA

GUERRA DE NICARAGUA

El filibusterismo ha sucumbido en Centro América. El siete del presente al medio día ciento y un cañonazos han anunciado á los pueblos costarricenses que nuestras tropas habían tomado pacífica posesión de la plaza de Rivas el 1º de mayo.

¡El 1º de mayo será, de hoy más, el día memorable de la Patria!

Después de cuarenta días de asedio, en que las tropas han luchado con dificultades de todo género; en que por algunos se han visto condenadas á una vigilante expectativa, por muchos de esos sucesos tan comunes en todas las guerras, el 26 de abril llegaron más parque, pertrechos y elementos bélicos á nuestro campamento. El 27 el General Mora hizo abrir nuevamente los fuegos de sus cañones de sitio, y en el mismo día el pánico se apoderaba del enemigo que veía empezar á caer demolidas sus fortificaciones, acogiéndose á nuestra clemencia. Titus, siete ú ocho Jefes más y setenta soldados filibusteros.

El 28, el cañoneo continuó vigorosamente y el 29 aumentó con éxito feliz.

Wálker se hallaba, pues, reducido á unos seiscientos defensores de su inicua causa; pero el hambre, la miseria y la deserción le colocaban en la agonía. El asedio no disminuía; sus trincheras caían destrozadas; nuevas y numerosas fuerzas se aguardaban, con cuyo auxilio hubiera sido obra de un instante el triunfo decisivo y el exterminio absoluto de los aventureros que aun se sostenían en Rivas. Fué entonces cuando el señor Carlos Enrique Davis, comandante de la corbeta de guerra norteamericana *Santa María*, fondeada en San Juan del Sur, se presentó en el campamento y solicitó una entrevista del General Mora, Jefe del Ejército aliado.

El señor Davis manifestó á nuestro General el más vivo deseo de que no se derramase más sangre en tan deplorable lucha; de que hubiese un generoso perdón para los que se hallaban encerrados en la plaza y se economizase el sacrificio de más vidas de honrados centroamericanos en más cruentos combates, y se empeñó con nuestro General para que le permitiese interponer sus humanitarios oficios á fin de que Wálker entregase la plaza con todos los elementos de guerra, solicitando respetuosamente garantías para aquel malhadado aventurero y para todos los que habían tenido la deshonra de acompañarle.

El señor General Mora, después de consultar detenidamente la cuestión, quiso probar al Capitán Davis su filantropía y cuánto estimaba su solicitud y, á pesar de que le era fácil concluir la lucha por medio de las armas, contando con la seguridad de acabar con los enemigos, accedió á la mediación del honorable marino, que inmediatamente trabajó con actividad hasta obtener la absoluta rendición del enemigo.

Obligado Wálker á rendirse á discreción con todos los

suyos, fué embarcado en el mismo día, como prisionero, á bordo de la corbeta de guerra norteamericana *Santa María*, bajo la custodia, vigilancia y responsabilidad del mismo Capitán Davis, quedando por esta razón el Gobierno de los Estados Unidos garante de su conducta posterior.

El Ejército aliado tomó plena posesión de la plaza y todos los pertrechos de guerra del enemigo, cuyo mayor número, acogido á la clemencia de nuestro General, deberá sin duda embarcarse al instante para el exterior.

El Mayor Estrada ha debido posesionarse del buquecillo *San José* y sus armamentos, según anuncia el General Mora el 3 desde Tortuga.

Así ha concluído esta odiosa lucha, á los catorce meses de que el Presidente de Costa Rica llamara á los pueblos á las armas y emprendiera el primero la guerra nacional. Más de diez mil aventureros han invadido desde entonces á Nicaragua, á pesar de los mil obstáculos y enemigos que han hallado. ¿Qué hubiera sucedido si Costa Rica no se hubiera lanzado sola desde entonces á la pelea? ¿Si su Presidente, doblegándose á cobardes consejos, á estériles simpatías, á tardíos auxilios, á pérfidas intrigas, no hubiera perseverado hasta conseguir la desaparición del último filibustero del suelo centroamericano?

No somos nosotros los que debemos hacer una apreciación de esos hechos, más alabados por los extraños que por los propios.

La guerra ha concluído á pesar de la miseria, de las distancias, de las pestes, de las contrariedades y peligros que nuestros soldados han arrostrado. Gratitud á ellos, á esos valientes defensores de la patria centroamericana; *pero gratitud demostrada con hechos* que compensen las pérdidas que han sufrido, las penalidades de que han sido presa, los

infinitos riesgos que han arrojado con frente altiva y patriótica esfuerzo.

Honor á los Generales Mora, Cañas, Zavala, Jerez, Xatruch, Martínez y Chamorro. Honor y gratitud á todos los que han sabido cumplir tan brillantemente su deber de leales patricios. ¡Veneración eterna á los que sucumbieron en esta lucha gloriosa!

El señor General Mora, olvidándose de sí mismo, recomienda la noble conducta del honorable marino norteamericano Mr. C. H. Davis. Alabemos, hoy que lo merece, su conducta, y ojalá todos los agentes de la grande unión llenaran siempre sus deberes de lealtad y justicia tan dignamente como él en esta ocasión, para que un pueblo tan poderoso y digno de admiración no se atrajera más que el agradecimiento y la simpatía de los hispanoamericanos.

Hay quien deplora que Wálker haya salvado la vida después de cometer tantos crímenes; de hacer inmolar tantas inocentes víctimas por su insana ambición; de amontonar tantas ruinas, tanta desolación, y de hacer derramar tantas lágrimas como sangre centroamericana en Nicaragua. Lo repetimos, la venida de Wálker ha sido providencial, de enseñanza, expiación y castigo. ¡Ojalá aprendan los pueblos la terrible lección que han recibido!

Debemos estar satisfechos con el fin que ha tenido la guerra, pues si algo se nos puede enrostrar es un exceso de generosidad de que debemos enorgullecernos, un exceso de clemencia para con los que, con fusil y tea en mano, pretendían ser nuestros civilizadores.

A nosotros no nos devora la sed de sangre, vemos que un criminal se libra hoy de las manos de la justicia humana; pero preguntaremos: ¿creéis que si á ese hombre le resta una fibra de sentimiento en el alma no llegará para él un

día de horribles remordimientos, de tremendo castigo é insoportables tormentos? ¿Creéis que porque hoy se libra de la muerte, que, si castiga y afrenta, atrae la compasión hasta sobre los seres más protervos, granjea las simpatías y aun la alabanza y convierte en mártires hasta los verdugos, ese desgraciado puede ser ya libre y feliz? ¿Creéis que al fin no llegará un día de tremebunda expiación para ese hombre mil veces criminal? Pues entonces dudáis, negáis á Dios, porque si él permite que el delincuente se salve de la justicia humana, la justicia divina le espera y le condena á la expiación, al martirio de una inexorable eternidad!

No recordemos ya á ese hombre funesto, sino para estar siempre alerta y armados, para persuadirnos más que en la paz, en el orden, en el progreso y, sobre todo, en la UNIÓN de los pueblos, estriba nuestra existencia, nuestra libertad y nuestra siempre codiciada nacionalidad.

Preparémonos á recibir dignamente á nuestros hermanos que regresan del Ejército; que ellos penetren en su patria adorada y agradecida bajo arcos triunfales, al son de mil vivas, salvas é himnos entusiastas; que nuestros brazos todos y nuestros corazones se abran para estrechar con efusión á los valientes defensores de la Patria.

(De la *Crónica de Costa Rica* nº 11 de 9 de mayo de 1857)

El 1º de mayo de 1857 será un día memorable para toda la América Central; pero Costa Rica conservará del 13 un recuerdo imperecedero.

Libre Nicaragua de sus verdugos; cubiertos aún sus salvadores con el polvo sangriento del combate, aun no cicatrizadas sus heridas, se dan el abrazo entusiasta del triunfo, se despiden fraternalmente, y los principales Jefes, con el grueso de sus fuerzas, regresan á sus Estados, confiando al patriotismo del General Cañas y del pueblo nicaragüense la reorganización de aquel país infortunado, el afianzamiento de la paz y la concordia entre sus hijos.

El General don José J. Mora salió de Rivas el 3 con una división costarricense de quinientos hombres, llegando rápidamente á Liberia y en seguida á Puntarenas, acompañado en su tránsito de las felicitaciones más fervientes de los pueblos; el 12 llegó al Río Grande donde el Excmo. señor Presidente de la República, en unión de multitud de personas, le recibió en sus brazos, saludando paternalmente á la columna vencedora. El 13 llegaron muy temprano á la capital, seguidos de un inmenso acompañamiento. Los principales vecinos de Heredia, de Alajuela, de Cartago y la capital los rodeaban á caballo, y el pueblo los aclamaba y vitoreaba con gritos de júbilo y entusiasmo patrio.

Solemne y conmovedora recepción. Los soldados ya no marchaban á pie. Siendo la mayoría propietarios, sus familias les habían llevado caballos para que descansaran de la

fatiga del camino, los habían obsequiado, y millares de personas los seguían y agasajaban.

La carretera estaba adornada desde media legua antes de entrar á la capital con arcos, palmas, árboles improvisados, flores y banderas. Las calles cubiertas con el Ejército nacional tendido en la carrera, desde la entrada hasta la plaza principal, se veían llenas de arcos, de letreros alegóricos, de adornos pintorescos, flotando por donde quiera el pabellón nacional,—ese pabellón más hermoso y querido hoy á nuestros ojos,—cuajadas de una multitud de gente, de un pueblo que saludaba con viva emoción á sus hermanos vencedores. Todo, todo presentaba un espectáculo brillante y conmovedor.

Al llegar al arco de Palacio, señoras y niñas, graciosamente vestidas, arrojaron desde los balcones mil flores, ramilletes y coronas sobre el General en Jefe y sus valientes soldados. Los gritos de ¡Viva el Presidente! ¡Viva el General Mora! ¡Viva el General Cañas! ¡Vivan Costa Rica y sus valientes hijos! se repetían y se confundían con los vítores á los generales aliados y á la unión, á la paz y libertad de Centro América.

Millares de banderas con letreros y adornos con inscripciones, manifestaban que si el pueblo costarricense celebraba los triunfos de sus hijos, no olvidaba á sus dignos aliados y hermanos de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

El ardiente anhelo de la paz, de la unión de los pueblos centroamericanos, se revelaba en todas las leyendas y aclamaciones. Ni faltaba tampoco un recuerdo de veneración á los mártires que sucumbieron en defensa de tan santa causa y algunos de sus nombres se leían en un magnífico cuadro alegórico dedicado á la *virtud* y *valor* de los vencedores.

El clamoreo de las campanas; el estampido del cañón; el ruido de los fuegos artificiales; los vivas sonoros; las músicas marciales; las salutations generales y particulares, en que las sonrisas se mezclaban con dulces lágrimas de júbilo, y aun con el llanto de dolorosos recuerdos; las oleadas de un pueblo inmenso reunido en la capital espontáneamente, siguieron á los Jefes y al Ejército hasta la Santa Iglesia Catedral vistosamente adornada y en cuyo frente se leía:

“Vencedores! Rendid la espada ante vuestro Dios y Señor, y alabadle entonando *Te Déum laudamus.*”

S. E. el General Mora, todas las autoridades, la división vencedora y una infinidad de personas llenaron la iglesia, donde se elevó un himno de gratitud al Sér Supremo.

Allí, como en todas partes, se veía á las madres, á las esposas, á las hermanas, hijas y demás deudos de los vencedores, que los saludaban con los ojos arrasados en llanto, mientras que el pueblo lleno de fe y contrición elevaba sus paces en acción de gracias por el triunfo y el restablecimiento de la paz.

La augusta ceremonia fué coronada por una *Salve* cantada por muchas señoritas: admirable cántico que imponía un recogimiento solemne, que penetraba en todos los corazones, que conmovía, que extasiaba el alma, y que, sin duda, llegó puro y gratísimo á los pies del Creador.

Terminada la cristiana función, todos se dirigieron, al son de los vivas y de las bandas marciales, al anchuroso edificio de la Universidad, hermosamente preparado para recibir á los vencedores.

En el salón principal se hallaba una mesa abundantemente cubierta para ciento cincuenta personas, y los claustros contenían mesas suficientes para la división vencedora,

con viandas y licores en profusión, obsequiados por el vecindario de San José.

Jefes, autoridades, ciudadanos y soldados, confundidos, se entregaron en el mayor orden y armonía á los placeres de la mesa, á una animada conversación y brindis entusiastas. Las demostraciones de alegría resaltaban en todas las fisonomías, en todas las palabras y en todos los ángulos de la Universidad.

En la sala principal del edificio se veía, entre otras, una bella alegoría. Costa Rica, representada por una preciosa niña, reposaba sobre un blanco pedestal en que se leían en letras de oro los nombres de los principales combates; una bandera con leyendas de oro trebolaba en una lanza sostenida por su mano derecha, y á sus pies se veía un tigre postrado, humillado, vencido por aquel ángel de paz y libertad.

Al concluir el banquete, S. E. el Presidente, acompañado de otras personas, se colocó en el centro del gran patio donde estaban ya formados los vencedores, y dijo:

“Soldados, brindo por los gobiernos y pueblos aliados de la América Central; por sus dignos Jefes y soldados; por mis hermanos los Generales Cañas y Mora; por la santa memoria de los que murieron por salvarnos, y, en fin, por vosotros, por vosotros, mis queridos soldados, honor, escudo de la patria. ¡Viva Costa Rica!”

Un grito unánime, ferviente, conmovedor, respondió á S. E., é inmediatamente todos se retiraron en la mayor confraternidad y alegría.

Por la tarde hubo paseos y en la noche no faltaron bailes y reuniones muy llenas de júbilo. Los soldados que habían recibido el día anterior un vestido completo, recibieron, además, una cuarta y un rollo de tabaco cada uno, y por la tarde volvieron á sus casas á reposar de cinco meses

de fatigas, de peligros, de penalidades, de combates y de gloria.

Pero en medio de esas muchedumbres alegres, pululaban infinidad de grupos que formaban el más singular contraste; unos trescientos tilibusteros habían entrado en la capital un momento antes que nuestras tropas: todos andaban en libertad, por todas partes se veían, se mezclaban con los naturales, que ni aun en ese día de exaltación les dirigían la más leve ofensa. Al contrario, los agasajaban, los mismos soldados les daban una parte de su pan, de su comida, bebían y brindaban con ellos, y les probaban una vez más que los que con más coraje habían sabido lanzarse á combatirlos, sabían perdonarlos, haciendo un noble alarde de la generosidad del pueblo costarricense.

El día 13 y su noche concluyeron en medio de la alegría más general sin que hubiese que reprimir ningún desorden ni castigar la más leve falta.

(De la *Crónica de Costa Rica* n.º 12 de 16 de mayo de 1857)

—FIN—